

JOSE LINO MOLINA

ENNOBLEZCAMOS
LA ESCUELA PRIMARIA

LO REQUIERE LA REDENCION
DE ESTOS PUEBLOS



SEGUNDA EDICION

San Salvador. - Imprenta Nacional
1922

RETRATOS E ILUSTRACIONES

□ □ □ □ □

Como un testimonio de gratitud publicamos los retratos que aparecen: son de personas que en alguna forma han intervenido en nuestro trabajo.

Llamamos la atención hacia las láminas ilustrativas que exornan el texto, tomadas del MANUAL DE LA ESCUELAS DE PUERTO RICO, citado repetidas veces en la obra; ellas revelan algo de lo mucho que puede intentar entre nosotros para mejorar la condición de la Escuela Primaria, que es el gran objetivo que nos ha guiado en toda nuestra labor.



DON JORGE MELÉNDEZ
Presidente de la República.

ENNOBLEZCAMOS LA ESCUELA PRIMARIA

LO REQUIERE LA REDENCION DE ESTOS PUEBLOS

POR JOSE LINO MOLINA



SAN SALVADOR,
IMPRENTA NACIONAL
1922

A MIS HIJOS,

**Lucinda, Concepción Alicia y Victoria;
Abelardo, José Lino y Miguel.**

El hombre tiene cerca de sus hijos funciones indeclinables, que no cesan sino cuando la desintegración de su todo empuja la materia hacia la huesa y el espíritu entra en las tenebrosidades del misterio.

Se me ha de disculpar la amorosa debilidad de consignar los nombres de mis hijos en los liminares de este volumen, no como tributo obligado, mas si por un movimiento nacido en el corazón, ya que este trabajo y todos los míos, ha recibido el empuje inicial en el curso de mis labores para ellos.

EL AUTOR

AL SEÑOR

Dn. Román Mayorga Rivas,

Director del *DIARIO DEL SALVADOR*.

Publicado este trabajo en el folletín del «Diario del Salvador», en fecha reciente, al reproducirlo, perfectamente revisado y con algunas ampliaciones, presento al señor don Román Mayorga Rivas, meritísimo Director de aquel importante órgano de la prensa salvadoreña, mi más vivo agradecimiento por tan señalada honra y por los benévolos conceptos que al anunciarlo a sus cultos y numerosos lectores tuvo para mí.

EL AUTOR.

A LOS DOCTORES

Hermógenes Alvarado h. y
Arturo Argüello Loucel,←

Subsecretario Encargado del Despacho
de Instrucción Pública y Ministro de
Gobernación, Fomento y Agricultura,
respectivamente.

Un sentimiento de sincera gratitud me induce a estampar en esta página los nombres de estos esclarecidos funcionarios públicos. Su deferencia para la publicación de esta obrita, ha sido eficaz y decisiva.

Quisiera que, como el grano de maíz cultivado con afán por el labriego, se convirtiera, al conjuro de una buena aceptación ciudadana, en abundosa y proficua cosecha.

Ello satisfaría mis ansias de modesto obrero de la cultura y testimoniaría que su atención estaba bien empleada.

Minerva, ha de querer que así sea.

EL AUTOR.



INTRODUCCION

Arquímedes solicitaba una palanca y un punto de apoyo y ofrecía mover el mundo; si alguien hubiera sido poderoso a darle el fenomenal instrumento, señalándole lugar para fijarlo, habría realizado lo prometido; pero pedía un absurdo, ya que nadie podía satisfacerlo.

Nosotros apuntamos que para civilizar, en el sentido general de cultivar el corazón y proporcionar elementos para una vida intensa, de concordia, de paz, de buena armonía, se necesita de la Escuela Primaria y parodiando al sabio, podemos gritar: *dadme buenas escuelas primarias y regeneraré el mundo.*

*
* *

La Escuela Primaria que necesitamos debe contar con buenos maestros y niños bien nutridos, de inteligencia abierta a todas las preceptuadas inculcaciones; con sitios adecuados, es decir, casas fabricadas especial y exclusivamente para su servicio; con elementos auxiliares abundantes y además de todo eso, con la cooperación sincera y constante de autoridades supremas y subalternas, de padres y madres de familia, y, en una palabra, de todas las personas.

*
* *

El municipio, la autoridad matriz de los pueblos que, parte integrante del conglomerado, palpa de cerca las necesidades ambientales, es el llamado primeramente a cooperar en la tarea de *Ennoblecera la Escuela Primaria*.

Los Maestros, por la naturaleza de su cargo, tienen el deber de acuerpar las obras a tal finalidad, en el lugar en que rinden su tributo a la civilización.

Los vecinos todos, por su amor a la patria

chica, no han de negar su valiosísimo contingente en los múltiples trabajos, ya que no pueden rechazar el progreso y el embellecimiento de aquélla.

Y las autoridades supremas no han de querer que se retarde esta manifestación de su anhelo por el bien de sus administrados e iniciarán los trabajos de encauzamiento y de preparación, convencidas de que tarde o temprano se tendrá que principiar por allí y no han de desear que otros se llenen de una gloria con que ellas se podrían cubrir para ante la posteridad.

*
* *

Este libro lleva la misión de demandar para los asuntos escolares el favor general, difundiendo las ideas que les son inherentes entre moradores de la ciudad y del campo; entre hombres y mujeres; entre niños y ancianos; entre letrados y analfabetos.

Si se sigue postergando este asunto, si no se toma en serio lo que insinuamos, si se le cree irrealizable y se le ve con indiferencia, no habrá a quien culpar de la incipiente circundante y, como Moisés, viviremos al margen, contemplando de lejos, sólo de lejos, la tierra prometida.



Acápites desprendidos del Diario del Salvador

LA OBRA DEL PROFESOR JOSE LINO MOLINA

La obra sobre educación que ese ilustrado DIARIO DEL SALVADOR está publicando como folletín, del conocido institutor don José Lino Molina, ha gustado muchísimo. Sus observaciones pedagógicas, sus consejos persuasivos, el estilo claro y conciso que emplea su autor, hacen que sea aquilatada como una producción digna de ser leída por todos los amantes de la instrucción.

(Corresponsal, — Usulután)



NUESTRO FOLLETIN

ENNOBLEZCAMOS LA ENSEÑANZA PRIMARIA

Del profesor salvadoreño don José Lino Molina es la obra que hoy empieza el DIARIO DEL SALVADOR a publicar en su folletín. Ha permanecido inédita hasta hoy, y su autor ha tenido la gentileza de dárnosla para nuestro periódico.

Trata de asuntos relacionados con la escuela primaria. Es un estudio hecho con esmerada inteligencia y noble patriotismo. Lo recomendamos al público, y particularmente a los preceptores.

La obra del señor Molina tendrá de epílogo una sustanciosa carta de Alberto Masferrer.



DON JOSE LINO MOLINA ES HONDUREÑO

PERO TIENE POR PATRIA EL SALVADOR

Don José Lino Molina, autor de la importante obra sobre instrucción primaria que está publicando en su folletín el «DIARIO

DEL SALVADOR», dijimos ayer que era profesor salvadoreño. Y lo es, ciertamente, puesto que en esta República es en donde por más de un cuarto de siglo ha dedicado su vida al servicio de la enseñanza primaria. Pero es hondureño de origen. Y no hace diferencia entre las dos patrias, que para él no son más que una, y sirviendo a la salvadoreña fervorosamente, honra de digna manera a la hondureña.





(Finca de los señores Dutriz, Directores de "La Prensa")

DON ALBERTO MASFERRER

San Salvador, 23 de enero de 1922.

SR. PROFESOR DON JOSÉ LINO MOLINA,

ESTIMADO AMIGO:

He leído con gusto su trabajo sobre *cómo se podría entre nosotros ennoblecer la Escuela Primaria*.

Me han interesado especialmente, los capítulos 6, 9, 15 y 16, en los cuales se muestra Ud. como verdadero conocedor de la cuestión: como uno que *ha visto y ha reflexionado*.

La lectura de este librito suyo abrirá horizontes a muchos que nada saben sobre la trascendencia de la Escuela; sobre su eficacia, mediocre en nuestro país; sobre lo mucho que se trabaja y sobre los escasos resultados de ese trabajo. Lo más importante es que Ud. nos dice qué hay que hacer y cómo debe hacerse.

encuentro provecho ninguno en enseñar a los niños esos refinamientos prematuros.

Tome nota de que lo único que no me atrae en el libro de Ud. es lo que cita de autores que pasan como autoridades.

De lo propio de Ud., una sola cosa me inquieta, es el presupuesto que deberíamos pagar, cuando llegara la Nueva Era que Ud. nos pinta con vivos colores y con toda la eficacia de sus consecuencias. Si asignamos 904,800 (2) pesos anuales a los maestros de San Salvador ¿a cuánto ascendería el presupuesto escolar de toda la nación? A más de 13 millones, solamente para la enseñanza primaria. Lo cual significaría un presupuesto general de unos 80 millones de pesos anuales. No lo veremos, creo yo, antes de que el país tenga unos cinco millones de habitantes. Por supuesto, no discuto la justicia que habría en asignar a los maestros muy buenos sueldos. También sería bondad y justicia pagar muy bien a los sirvientes, a las lavanderas y a los peones del tren de aseo. Sin embargo, no ocurre así. Hasta me imagino que nunca llegará a ocurrir.

Hasta hoy, según lo que yo he visto, eso del maestro bien remunerado es, simplemente un buen deseo. En todos los paí-

ses de que tengo noticia los maestros de escuela ganan sueldos escasos, cuando bien les va; generalmente son sueldos mezquinos. En Estados Unidos, hace dos años, cuando se les pagaba a los peones ocho dólares diarios, sucedió que gran número de maestros se retiró del magisterio para ir a buscar la vida en labores más lucrativas; debiendo ser sustituidos por mujeres; que se contentaban con los pequeños sueldos que aquéllos ya no querían más. En ese mismo año, en el Estado de Nueva York, llegaron a contarse mil escuelas, cerradas por falta de personal. Recuerdo que mi profesora en la Escuela Nocturna, trabajaba de noche porque no le alcanzaba para vivir modestamente su sueldo de maestra diurna.

Si ésto ocurre en el país del dólar, ¿qué no sucederá en los pueblos de los francos, los marcos, las liras y las pesetas?

¿Qué deduzco de aquí? Nada. Expongo hechos, simplemente. Pero si se me exigiera declarar algo más, insinuaría, recordando una frase del profesor García Monge, que *yo concibo el magisterio como una hermandad laica*; que toda hermandad está sujeta a llevar vida estrecha: que la sociedad, en homenaje a ese desinterés y por justicia, debería empeñarse en que la escasa asig-

nación que se paga a los maestros no se redujera nunca hasta parar en mezquindad. Esto último si es ya un hecho en todo pueblo culto, como también respetar y honrar al maestro.

Aparte estas leves objeciones, no hallo en su interesante libro sino motivos de aplauso. En él ha dado Ud. pruebas de un fino espíritu de observación, de la atención seria y constante con que estudia estos asuntos, y de su evidente capacidad para comprenderlos y resolverlos.

Por todo, enhorabuena de su afectísimo,

ALBERTO MASFERRER.

*
* *

NOTAS A LAS OBSERVACIONES DEL SEÑOR
MASFERRER

(1) Tiene razón el señor Masferrer, las *casas-palacios* para escuela resultarían una imposibilidad entre nosotros y aunque las deseamos no las apadrinamos, citando lo que se preconiza al respecto y que sin duda es un deseo plausible de adquirir esa importante mejora social, únicamente en un sentido ilustrativo, para que se vea hasta

donde se puede llegar en esta importantísima materia.

La ornamentación de las casas de escuela es útil, pero no indispensable, y, por de pronto, como entre nosotros todo está por emprenderse, no queremos que se abarque más de lo que se puede apretar en la previsión de no anticipar el fracaso.

Considera posible el señor Masferrer la fabricación de casas que por término medio costaran unos cinco mil colones, y en ese entendimiento en el capítulo VI de este libro incluyo un cuadro que expresa las varias clases de casas escolares que necesitamos y que no sobrepasan el término medio señalado.

Tal inclusión la llevé a cabo motivada precisamente en la observación a que se alude, y fué mi deseo que el señor Masferrer se enterara tanto de ese agregado como de otros que hice con posterioridad a su lectura, pero no me fué posible.

La salud del autor de *Leer y Escribir*, hondamente quebrantada, no le permite sino por deferencia muy especial atender a todos los que le asedian en busca de consulta, aunque él lo quiera, y cuando llegué a su residencia, si bien fuí recibido amablemente, no creí oportuno hablarle de nada

que no se rozara con su estado delicado, agravado, desgraciadamente con una dolencia que aquejaba a su muy apreciable señora, en aquel día, dolencia que le siguió hasta el grado de ser necesario, poco tiempo después, ejecutarle una peligrosa operación quirúrgica, que se le hizo con muy buen éxito.

(2) Debí ser más explícito sobre el punto que motiva esta observación y al ampliar introduje algunas modificaciones que resolvían mejor mi objeto. El cuadro que el señor Masferrer tuvo a la vista es el siguiente: en lo que toca a gastos de personal y otras dependencias de la Escuela Primaria, según la preconizamos: «Dos directores con C. 200 cada uno, 400; dos subdirectores, con 150 cada uno, C. 300; 24 auxiliares, con 100 cada uno, C. 2,400; 1 médico, C. 200; 4 ayudantes del médico, con C. 50 cada uno, C. 200; 2 intendentes con C. 50 cada uno, C. 100; 4 sirvientes con C. 30 cada uno, 120; 1 encargado del botiquín, C. 50; total: C. 3,770, que es lo que consume la educación de mil niños en un mes,—decía yo explicando el cuadro que precede. Y continuaba: por consiguiente, en los 20 establecimientos de que hemos hablado, se invierten en el mismo tiempo,

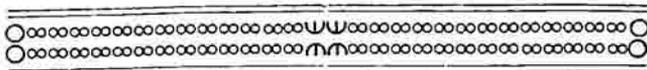
o sea un mes, C. 75,000, lo que para un año sumaría C. 892,800, invertidos en la educación de *veinte mil niños* de la población escolar capitalina.» Véase el texto en la parte correspondiente.

Llevando a su término este cálculo se ve que con la considerable suma de *novecientos cuatro mil ochocientos colones* se educarían *veinte mil niños*, y correspondería a cada uno de éstos *cuarenta y cinco colones y setenta y siete centavos al año*, o sean *tres colones y setenta y siete centavos por mes*, que no resulta caro.

En la actualidad se gastan mensualmente más de *cuatro colones* por niño matriculado pero sólo concurre un pequeño porcentaje alas aulas. Con las faltas esa suma se eleva al doble.

Suponiendo que la población total de la República ascendiera a un millón quinientos mil habitantes, como rezan las últimas estadísticas, la escolar no bajaría de unos *trescientos mil sujetos*, dando a éstos 20% de aquélla.

El recargo del presupuesto no es, pues, debido tanto al aumento de sueldo a los Maestros de Escuela, sino a que se han creado nuevos utilísimos servicios y ningún niño de la población escolar se queda sin asistir, en el tiempo oportuno, a las aulas.



I

LA ESCUELA PRIMARIA

La Escuela Primaria, sujeta a las leyes de la evolución, puesto que en ella es donde más se reflejan los destellos del progreso, ha llegado a ser, en los tiempos modernos, la institución educadora de mayor eficiencia en los pueblos bien organizados de la tierra.

Asume la responsabilidad de la preparación integral de la niñez y de la juventud para los menesteres ordinarios de la vida, encargándose de inculcar a los sujetos hábiles de la absoluta comprensión del Estado, los conocimientos enciclopédicos, teóricos y prácticos, que una previsión consciente acota en Planes y Programas lectivos, considerándolos suficientes al comercio social y a

despertar las vocaciones o lo que por tal se tiene.

El Instituto de Segunda Enseñanza, hace unos cuantos lustros, cuando la Escuela de Primeras Letras se reducía apenas a inculcaciones de lectura, escritura y ligerísimas nociones de otros ramos, que dejaban al niño casi analfabeto, se empeñaba en ese cometido con muchas restricciones, no siendo la menos grave que a él no concurrían sino en una pequeña minoría los que por la edad se hallaban posibilitados, pues la selección no hacía cuenta para nada de las capacidades individuales de los candidatos, sino de los recursos pecuniarios de sus progenitores, y, con este procedimiento, no siempre entre los escogidos figuraban los más aptos o más inteligentes, pues por esa ley misteriosa que todo lo gobierna y lo distribuye todo, el talento se alberga, las más veces, en la casa del pobre, como si la naturaleza, que no busca la condición social del individuo, quisiera desagrar a la humanidad de los golpes ciegos de la suerte o establecer un prudente equilibrio para la mejor conservación de las greyes.

El Instituto de Segunda Enseñanza, que perseguía en los tiempos pretéricos, como persigue ahora con mejores y más determi-

nadas orientaciones, mayores alcances, no era sino una etapa de la cultura, y sus nociones, no universales y demasiado intelectuales, calcadas en los moldes arcaicos del escolasticismo, que tuvo razón de ser en su oportunidad, merecieron el dictado un tanto despectivo de librecas, por alejarse en mucho de las necesidades reales cotidianas de la vida.

La Escuela Primaria, por el contrario, salida de los moldes tortuosos y estrechos que las épocas de ensayos le asignaban, se atempera en lo moderno a tales necesidades, éstas, como lo indica el axioma fisiológico, que la función crea el órgano, han sugerido a las sociedades en marcha los derroteros que han de seguir, y ya no es el centro torturador donde se atormentaba a los niños con exclusivas y luengas memorizaciones, que los obligaban a odiarla y que sin base racional olvidaban al dejar las aulas, sino campos de experimentación en donde caben todas las actividades, desde las que liman el espíritu y acercan a Dios hasta las que cultivan la tierra y nos brindan el sustento, y todas aquellas, en fin, que prometen al luchador del futuro, el modo honesto y humano de ganar la subsistencia.

La Universidad admite en sus claustros una reducida minoría de los que egresan del Instituto Secundario y de éstos pocos ascienden al pináculo, recibiendo el título de sus aspiraciones, de donde inferimos, que si se esperara que la Universidad diera la cultura general que el pueblo precisa, el pueblo estaría condenado, sin remisión, a la más absoluta y depresiva ignorancia.

El Instituto y la Universidad, por la naturaleza de sus disciplinas, reciben en sus aulas un número restringido de individuos, porque sus tendencias son parciales y se reducen, el primero a preparar los candidatos de la segunda y ésta a formar los facultativos que en tiempo dado se han de convertir en los directores de la sociedad, en los defensores de sus derechos, en los vigilantes de la salud pública, etc., y su porcentaje ha de ser bajo para evitar la pléthora y con ella las dificultades de una abundosa competencia, que desacreditaría, vulgarizándolas, las profesiones académicas.

La Escuela de Primeras Letras abre sus puertas a la universalidad de los niños de cada comprensión y no se propone la provisión de doctores ni otorga títulos de ninguna clase; pero, además del bien común que brinda a todos, revela las aptitudes

especiales de algunos, presentándoles la oportunidad feliz de manifestarse, y por ella es imposible que se queden en olvido los talentos de los humildes, y luego orienta a las muchedumbres y en su alta misión dirige los primeros pasos de la cultura de las sociedades, genera buenos hábitos, enfrena los instintos malévolos de muchos infelices, que nacidos con el estigma de la perdición, dejados a su arbitrio, crecerían, como se deseaba creciera el árbol de la libertad, fecundos, pero para el mal y labrarían la desgracia de sus familiares y la de los pueblos que habitaran.

La Escuela Primaria es reconocida unánimemente como una necesidad imperiosa de los núcleos civilizados y constituye, por tanto, uno de sus derechos más sagrados, hasta el extremo de creer que sin ella, en lo moderno, no se concibe la asociación sin desquiciamiento.

Y el interés que despierta en las unidades del conglomerado ciudadano es máximo y no se rehuye la atención que solicita, siendo otorgada por todos, y así sabemos que el estadista la anota con lápiz rojo en sus proyectos de grandes mejoras y que le da su apoyo y la impulsa con su acción cuando el caso es llegado; sabemos que la

prensa, el cuarto poder del Estado, nutre sus columnas con la sustanciosa información educativa y abre ancho campo a los pensadores, quienes, de tan alta tribuna, desparrraman su saber a los cuatro vientos y el director encuentra un venero inagotable para sus reformas y el docente la doctrina adecuada a sus ansias de culminación y todos pueden encaminar sus fuerzas anímicas hacia el ideal con un funcionamiento armónico; sabemos que tanto el labriego como el morador de la urbe se sienten ufanos y honrados cuando se les solicita su patrocinio para la labor que educa y mejora y que prestan su concurso oportuno y eficaz, sin que se les insinúe dos veces; y en fin, saltemos, que rinde sus cosechas para todos, con honra y provecho.

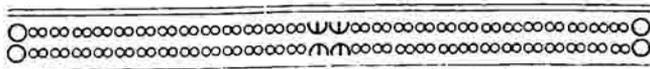




(Finca de don Miguel Pinto, Director del "Diario Latino")

DR. HERMÓGENES ALVARADO H.

Subsecretario Encargado del Despacho de Instrucción Pública



II

NUESTRA ESCUELA PRIMARIA NO LLENA EL IDEAL

Entre nosotros, sin embargo, la Escuela Primaria está encajada en un molde férreo, demasiado estrecho, determinista de un desdén general que la ha sumergido en un deplorable desprestigio, tan marcado como inmerecido, por la grandeza de sus fines, que ahoga en cierne todos los impulsos en pro de su levantamiento.

Sólo por escasez acentuada de recursos, por orfandad de influencias se la busca de mala gana; los que pueden vivir siquiera con reducciones la rehusan para sus hijos, a quienes llevan a un *Colegio*, de cuyo nombre se sirven como de un timbre pomposo que satisface *puntillos de sociedad*, pueriles

vanidades y no pocas veces se resienten de una explotación que bien merecen por su debilidad.

La fantasía de los de la clase media, integrada en su inmensa mayoría por intelectuales de las profesiones facultativas, por artesanos afortunados que han logrado poner taller y prosperar, por finqueros en pequeña escala, por empleados públicos y dependientes de comercio, salidos todos del *pueblo*, etc., etc., atribuye gratuitamente a los niños que asisten a la Escuela Primaria, defectos que bien pudieran tener, pero que no son de su uso exclusivo, si los poseen, y, en honor a la verdad, son cargos imaginarios, inventados para justificar su actitud con respecto a la humildad del centro educativo que no quieren ocupar, haciendo alardes de su posición social, de su desahogo pecuniario que los coloca en posibilidad de no valerse de un servicio gratuito y establecer como infranqueable barrera la *diferencia de clases* entre ellos y las gentes de puro pueblo.

Con este sistema de relegar la Escuela Primaria para el servicio de los menos afortunados, se puede observar que los que la frecuentan, en su absoluta mayoría, son niños descalzos, de humilde indumentaria, a veces mal nutridos, anémicos, de rostros

marchitos, en que se refleja la angustia que se padece en sus hogares, pero ello es consecuencia de la pobreza de sus padres, más la parte moral, sino mejor, porque no hay razón para ello, no es inferior a la de los pudientes, porque el medio vegetativo es el mismo para todos.

En efecto, los que repudian las aulas escolares de la comunidad, temerosos de que sus hijos contraigan vicios por la promiscuación, olvidan la presencia del Maestro, que garantiza suficientemente que los pasos de la niñez serán conducidos por los mejores senderos; olvidan que ellos mismos, en su vez, frecuentaron tales aulas, perteneciendo a esa clase que hoy rechazan y que no se resienten hondamente, ni superficialmente de la contaminación; olvidan los peligros que ofrecen los paseos públicos, las calles, los teatros con el cine y sus diarias exhibiciones de repugnantes luchas, de fáciles robos, de asesinatos continuos, de triunfos de la calumnia y de una trama urdida a vista y presencia del espectador con toda su asquerosa claridad; olvidan las reuniones populacheras, en las cuales todas las procacidades tienen su asiento; olvidan las que sus propios hijos, sin escogencia de sus compañías, celebran en diferentes sitios, fue-

ra de su vigilancia. No es eso sólo: muchos confían sin ninguna pena sus pequeños a niñeras y criados ineducados, de antecedentes desconocidos, que en los lugares por donde los llevan a distraerlos, fuman, vociferan denuestos sin excusarse de que los oigan, se aburren y para colmo, no pocas veces los abandonan a su albedrío a cambio de librarse del cuidado, para entregarse a quehaceres particulares.

No son los bancos de la Escuela, por su humildad, lugares peligrosos y, por tanto, deponiendo todo prejuicio y desembarazándonos de ese fardo pesado de las diferencias de clase, debemos querer que se conviertan en sitios propicios a cimentar la democracia que beneficie a todos los asociados, para que la igualdad civil y el espíritu de confraternidad, necesarios a la consolidación de la República, se abran paso en nuestras costumbres.



Seamos ecuanímenes y juzguemos serenamente, en persecución de una verdad positiva y luminosa y confesemos que la Escuela Primaria rinde, hasta donde sus ele-

mentos lo permiten, un fruto proficuo y acomodado al esfuerzo de que es objeto y que las limitaciones que se le anotan no residen en su naturaleza, sino en el despego con que algunos la ven, como desde el principio venimos sosteniendo; y es un hecho que si desprejuiciándose se le diera mayor acogida, el rendimiento se aumentaría hasta llenar las justas aspiraciones de todos.

Aceptamos que en la sociedad existe el convencionalismo y que se toleran ciertas manifiestas desnivelaciones, porque todos sentimos la propensión a ascender en la escala de las consideraciones públicas; aceptamos que sólo los fracasados y que por alguna circunstancia se tornan impotentes para luchar, son tenaces opositores de tales convenciones, y los eternos maldicientes que siempre están inconformes.

Es muy natural, es muy humano, es fatal, podemos afirmar, que busquemos el mejoramiento integral, porque en la vida en cuanto más se va subiendo más y más se va refinando la peculiaridad de cada uno, apartando poco a poco lo rudo de la materia en lo posible y entrando de grado en grado en los dominios del espíritu. Y los que a fuerza de lícitas especulaciones, coronando justos ideales, han ido ocupando puestos más

elevados en la pública consideración, no han de querer descender a título de altruismo y venir por mero gusto a sitios que habían desalojado. En tal concepto, no aconsejamos ni queremos que los de arriba se pongan al nivel de los de abajo; al contrario, lo que nos esforzamos por conseguir y que es objeto de todos los pormenores que exponemos, *es que se eleve, que se ennoblezca la Escuela Primaria* dignificándola y volviéndola asequible a la mayoría de los componentes de la sociedad y, por tanto, labrar en ella el instrumento de la cultura general. Queremos que se obtenga la persuasión de que es la redentora de la Patria, y cuando se la deje, sea porque los sujetos hayan adquirido ya toda la cultura que ella imparte, y que, ávidos de mayores luces, endilgan la proa hacia otros rumbos. Deseamos que se prescinda de la idea de que se puede pasar sin ella, porque en puridad de verdad no es así, pues si bien es cierto que algunos, muchos, están en habilidad de costear la primera educación de sus hijos, sin resentir otras atenciones del hogar doméstico, son más los que lo hacen con sacrificio y no pocos los que no lo pueden de ninguna suerte.

Si rasguñamos un poco en la superficie de los intereses creados y de los accidentes, que más que por el fondo nos rigen por su formalismo, notaremos que la película que los recubre es bien delgada. Aclaremos este aserto: La eficiencia de la enseñanza estriba en causas y subcausas de variada índole, y si el sitio en que se imparte entra por mucho, lo que al profesorado atañe, y otros detalles, no entra por menos.

Si de local se trata, desde luego resalta a la vista que los que ocupan los establecimientos privados, con excepciones muy pocas, pedagógicamente, higiénicamente hablando, adolecen de los mismos defectos que los ocupados por los oficiales, pues son casas particulares habilitadas en fuerza de la imperiosa necesidad, en centros docentes.

Si examinamos los medios auxiliares y material escolar, sin exageración podemos afirmar que los del Gobierno son los mejores sino los únicos, ya que en la mayoría de las veces, los que sirven en los centros particulares son provistos gratuitamente y a título de ayuda por el Almacén Escolar. No desechamos las excepciones, en cuanto a que no han salido del depósito nacional de útiles,

pero en cuanto a superioridad está indefectiblemente por la parte fiscal.

Si del profesorado se habla, el particular no es mejor ni peor que el oficial, por la sencilla razón que tanto para los centros nacionales como para los privados, se recluta de la misma manera y se le toma de la misma fuente, y las unidades docentes, según su propia conveniencia, se acomodan en unos o en otros, tal cual sus intereses se lo aconsejen.

Dicho lo anterior, estamos en la posibilidad de sostener que la calidad de la enseñanza en los centros oficiales y en los particulares, es, por lo menos, igual, y que nunca será mejor en éstos que en aquéllos, lo cual establecido nos da pie para acreditar que los que dejan los establecimientos oficiales por los particulares, lo único diferencial que persiguen, sin lograrlo, es mantener a sus niños separados de otros cuyo contacto rehuyen, con lo cual se remarca la idea de clases y se perpetúa la hostilidad que reina y que no debía reinar entre los que se cobijan bajo la misma bandera, que se sienten conmovidos a los acordes del mismo Himno Nacional y que están obligados a volar a la defensa de la Patria común al primer llamamiento que se les haga y que, en sín-

tesis, por estos refinamientos mal entendidos y peor practicados, no pueden llamarse hermanos, ya que unos menosprecian a otros.

Siendo el dinero, con la fuerza de sus recursos, el propulsor de ciertos movimientos ascendentes en la vida real, es un hecho que los hijos de los zapateros, de los hojalateros, de los herreros, de los curtidores, etc., que disponen de medios por la prosperidad de sus respectivas industrias, se codean en la mayoría de los Colegios fiscales o privados con los vástagos de los finqueros, de los comerciantes, de los intelectuales, de los profesionales facultativos, etc., y nadie se siente herido ni ofendido; los Directores de Colegios no rehusan la entrada a los que pueden pagar con puntualidad su cuota y no hay inquisición, cuyo contralor tenga mira distinta de la económica, de donde se deriva que la democracia impera en tales centros y es lo justo, pues los niños entre sí no se diferencian ni por el vestido ni por los modales.

Los padres no pudientes, que encuentran demasiado humilde la Escuela Primaria para sus hijos, solicitan y, algunas veces, obtienen beca del Estado, y la emulación cunde, todos quieren becas, pero éstas son limitadas y no las consiguen cuantos las piden.

En ocasiones el valor de una beca sería suficiente para el sostenimiento de una Escuela Rural, que podría reunir unos cuarenta niños, y, sin embargo, ésta no se funda.

La provisión de becas para impartir Instrucción Primaria es onerosa y de resultados exigüos y dudosos; nos explicamos el sostenimiento de Escuelas Normales, porque el Estado necesita Maestros; del Instituto de 2ª Enseñanza y de la Universidad, porque sin este patrocinio se carecería de Abogados, de Médicos, etc.; de Escuelas Industriales, de Nocturnas de Adultos, etc., pero la subvención a la Instrucción Primaria privada no encuentra la misma base, puesto que la carga de la oficial es pesada, reposa en lo absoluto en las posibilidades del Gobierno y hay faltas como las señaladas, a que atender, y no se atienden, por carencia de recursos, que se destinan a ese rumbo.

Lo que se debe hacer, pues, es ensanchar más los establecimientos oficiales, empleando sus recursos todos en la tarea y el esfuerzo privado debe aunarse con el gubernamental y el buen resultado no se hará esperar y habrá más lógica, más orden, más razón y más beneficio.

No se lesionarán intereses de nadie, ni aún los de los Directores de Colegios pri-

vados, porque, aparte de que ellos estarían en aptitud de regentear algunos públicos, si no lo quisieran, podrían montar los suyos, de acuerdo con las prescripciones que regirían para los primeros, con la ayuda de sus favorecedores que aun desecharan la Escuela Primaria fiscal. Entonces habría consecuencia y la congruencia que implica unidad de acción.

*
* *

Tiempo es ya de que, producto del esfuerzo común, sea la Escuela Primaria el centro civilizador dentro de cuyos muros quepan los hijos de todos los miembros hermanos que integran la sociedad: así el del peón caminero como el del artesano, el del empleado público o dependiente de comercio como el del intelectual.

Nuestra forma de gobierno y las costumbres que debemos fomentar, si sinceramente deseamos una civilización integral, si de veras comprendemos nuestro destino, no se avienen con esas diferenciaciones de clases que no pueden existir, que no deben subsistir y menos aún debe el Gobierno fomentar en ninguna forma, ya que adminis-

tra los intereses de la comunidad y no los de unos pocos privilegiados.

En la América Hispana no hay castas, no hay más que trabajadores afortunados que han amasado más o menos cuantiosos capitales, y trabajadores sin fortuna que no han logrado ese éxito; vagando entre ambos extremos hay los succionadores que viven de unos y otros; pero aquel abolengo que contra las leyes de la naturaleza decía que unos eran de sangre azul y otros de sangre roja, no aparece por ninguna parte. Entre los individuos que poseen mucho dinero y los que carecen de él hasta para los menesteres ordinarios de la vida no hay más distinción que la que se origina de alguna virtud, proveniente del talento o de la belleza, ¿a qué entonces, ahondar abismos y traer al suelo de la confraternidad y de la libertad las lacras de la vieja y gastada Europa?

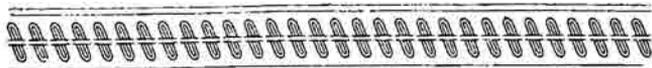
El menosprecio de que es víctima la Escuela Pública, sostenida con sacrificios por el Estado, con fondos del procomún, es altamente ofensivo y deprime a una gran parte de los asociados: ofende a la Patria, porque los que tal obran amenguan el prestigio que merecen los esfuerzos sinceros, leales y altruistas de los Directores de la

cosa pública, que todos hemos ascendido para que procuren nuestra felicidad por todos los medios; deprime y lastima a quienes la ocupan, porque con ello dan a conocer que se acogen a un servicio nacional gratuito porque son de baja estofa y no se resienten, por hallarse en su medio, de lo denigrante de su acción. Y en resumen ¿qué resulta? Que se vive como las arenas del mar, juntas pero separadas, sin cohesión y con la menor ráfaga de brisa se esparcen para juntarse con otros granos, en donde harán la misma vida.

Será muy satisfactorio gloriarse de enviar los hijos al extranjero a hacer carreras que muy bien podrían terminar en el país; pero ello es declararse indiferente al progreso nacional, y con mejor acuerdo sería más digno, más meritorio y sobre todo más provechoso invertir las ingentes sumas que cuestan los pensionados en mejorar las instituciones patrias para no necesitar de ese recurso, que es oneroso, para la familia y aun peligroso para los jóvenes ya que una dolorosa experiencia está gritando que fuera de la vigilancia paternal los inexpertos se descarrian con la mayor frecuencia. Con el proceder que censuramos, se hacen ricos los internados extranjeros, florecen las ins-

tituciones docentes extrañas y se condena a las del país a la miseria que acaba con el estímulo personal y produce estacionarismo perpetuo.





III

¿QUE HAREMOS PARA ENNOBLECER LA ESCUELA?

¿Qué debemos hacer para ennoblecer la Escuela Primaria, de modo que en vez de ser repudiada, como sucede ahora, sea buscada por todos y preferida a otros centros educativos?

El Gobierno, empujado por las necesidades siempre crecientes de la cultura, la ha fomentado desde que se tuvo la evidencia de que era indispensable para la biëndanza de los pueblos y todos somos testigos de que en su desarrollo ha empeñado de buen grado todos los recursos de que ha dispuesto, que en puridad de verdad, no han sido pocos.

Ciertamente que los encargados de mantenerla y hacerla prosperar en todo sentido,



DR. ARTURO ARGÜELLO LOUCEL
Ministro de Gobernación, Fomento y Agricultura.

llegado a la mayor edad y que, por consiguiente, es ya tiempo de proceder a andar solos, sin tutor, que se vayan abandonando los hábitos del árabe fatalista que en su vida de inacción, esclavo del destino todo lo resigna a la inercia de aquella frase simbólica: *estaba escrito*, y olvidando los dictados de su gran Profeta, espera que la montaña deje el sitio que Plutón le ha designado desde hace siglos y no se mueva nunca para ir él a la montaña.

Nosotros, imitándolo, seguimos a la expectativa de que el Gobierno nos acorra en todos nuestros conflictos, como niños vacilantes, para no caer; no miramos en nuestro contorno a los pueblos adelantados y no percibimos que son ellos los que impulsan la acción de su Gobierno, los que endilgan su opinión hacia puntos concretos y conceptuándolo una fuerza aprovechable, cual sucede con las naturales, el agua de los ríos y el vapor que de ella se desprende, los vientos del espacio, la potencia eléctrica, etc., etc. la aprovechan para las obras de utilidad general.

Pues bien, no queramos más que el Gobierno se constituya nuestro único proyectista y ejecutor de los proyectos, iniciemos nuestras mejoras y busquemos su ayuda

cuando sea demasiado preciso, no nos dispensemos de la obligación de ser forzosos contribuyentes de la bienandanza pública, de buscar el común adelanto, ya que él lleva involucrado el propio; nuestras fuerzas aisladamente serán débiles, pero sumadas serán bastantes a mover la máquina por pesada que parezca; en último caso no entorpecamos la acción gubernamental con oponernos y secundémosla con el auxilio que se nos pida.

Los elementos que informan el personal de una administración, son por fuerza heterogéneos y no todos son capaces de apreciar el valor de la obra que se les confía, no son de la misma índole progresista, de la propia y necesaria entereza, la suficiente probidad profesional, de una visión clara de las responsabilidades que se contraen con las generaciones venideras al aceptar un cargo y en una palabra, carecen del caudal de virtudes ciudadanas que estimulan al cumplimiento del deber por el deber mismo; las obras en sus manos se retrasan o no se emprenden, aunque el esfuerzo se efectúe; y a ello debido, pese a las buenas intenciones y a los altos anhelos de los directores, siempre hay mucho que dese-
ar.

Entonces es oportuna nuestra benévola intervención, pero antes urge una intención suprema y actuar en consecuencia para romper las mallas de la tradición, para manumitirnos de la perniciosa apatía que nos enclava al bastión de la impotencia y nos mantiene, *per vitam*, sumisos instrumentos que nada pueden reclamar porque niegan su ayuda y lo esperan todo de lo alto. Hagamos alguna vez aquella intención y con finalidad preconcebida actuemos, sacudamos la inmensa pesadumbre de indiferentismo que nos mata y así penetraremos, nos asistirá el derecho de esperarlo con fundamento, a la vía del vislumbrado y deseado progreso; si no, por más optimistas que nos vuelvan la inercia y la holganza en que vivimos tan perfectamente hallados y las comodidades que a algunos son posibles y nos hagamos sonrientes ilusiones, iremos siempre a la zaga de otros pueblos, siendo sus serviles y obligados tributarios, brillañdo con luz fosforescente de fuegos fatuos, vestidos de colorines y cintajos, *atildados por de fuera* y como los maniqués, *huecos por de dentro*, según decía el genial Quevedo.



Contestemos a la pregunta con que hemos encabezado este capítulo: Para ennoblecir nuestra Escuela Primaria y sacarla de la casi nulidad en que se encuentra, de esa minimidad repelente y tornarla la potencia máxima de nuestras ansias de resurgimiento, en la palanca que pedía Arquímedes, para promover la cultura paralela y que todos se vean precisados a buscarla, me parece que hay que abordar estos postulados:

«Salvar al Maestro, para hacer Magisterio, de las miserias que lo abrumen: miseria intelectual, miseria social, miseria por la carencia de bienes de fortuna y la miseria de su desánimo, que es la peor de todas, porque lo hace acomodarse a ser víctima sumisa del desprecio común;

«Pensar en el niño y sus padres en lo que se relaciona con los medios de subsistencia, poniendo al primero en condiciones de alternar decentemente con los demás, evitando el mal que la pobreza origina de que deserte de las aulas;

«Innovar los Planes de Estudio y reformar en consecuencia los Programas Escolares»

res, imponiendo asignaturas de utilidad práctica, como preparación a la vida ulterior del educando y futuro ciudadano;

«Emprender la EDIFICACION ESCOLAR, como desiderátum que resuelve los problemas aludidos, hasta hoy planteados y sin resolución;

«Perseverar en esta conducta, ser disciplinados y esperar en el *porvenir* el triunfo más justo, más provechoso y más bien ganado».

*
*
*

Para todo esto conviene *hacer nación*, formar un núcleo único, fuerte y por ello indisoluble; conspirar conjuntamente a darle una consistencia cierta, de modo que el extranjero al llegar a la tierra encuentre una unidad indivisible y compacta, la cual por *yuxta posición* sufre aumento, y que se dé buena cuenta que agregado al bloque y convertido en elemento coherente podrá vivir y que no intente el aislamiento si no quiere perecer. Pero los primeros a ejemplarizar somos los interesados más directamente, haciendo desaparecer las diferenciaciones. ¿No se logrará ésto? Hay que hacer el esfuerzo por conseguirlo. La Escuela Primaria debe ser el primer campo de acción y lo demás vendrá por añadidura.



IV

DIGNIFIQUEMOS AL MAESTRO DE ESCUELA

No es el Maestro de Escuela un sér pasivo, muy al contrario se supone en él una entidad activa, de la mayor conciencia y de un refinamiento intelectual no común; es más, siendo el Magisterio una misión cuasi divina, a quien la práctica se le constituye Apóstol y se piensa que está dotado de virtudes excepcionales que le permiten una abnegación continua y despojarse de las debilidades de los demás hombres y en consecuencia se le exige una perfección absurda, que no puede poseer, porque no es de mortales; de su talento cultivado y de sus cualidades de luchador se esperan los más bien sazónados frutos para las comunidades, como el agricultor prudente, opima producción de

las labores del experto a quien confía la labranza de sus tierras.

Embargadas, todas sus horas, todos sus minutos en sus faenas lectivas que asumen multitud de formas; absorbido, como por una idea fija, por las mil atingencias de su profesión, carece de tiempo que dedicar a la búsqueda de su mejoramiento social y allí lo tenemos enclaustrado dentro de los muros escolares soportando en un organismo debilitado el enorme peso de la Educación Popular, sin que sus recursos le permitan acudir a la renovación que su materia reclama y que pide su psique semiagotada.

Su vida está repartida en su totalidad en las labores de la Escuela; carece de vivienda, se viste mal, se nutre mal, y se encuentra inhibido por una timidez imponderable que lo torna medroso y misántropo. Su ocupación es excluyente, si aguza el ingenio para el mejor acierto en los métodos y la asimilación de doctrinas, para las luchas por la vida se encuentra inerte, pues sus potencias intelectuales se neutralizan, se embotan por la falta de ejercicio y se labra una vida incómoda, haciendo infeliz a su familia. El Maestro de Escuela, probo, de conciencia, se entrega tanto a su profesión que dentro y fuera del aula no piensa si-



DON ROMÁN MAYORGA RIVAS
Director del *Diario del Salvador*

no en las clases y en lo que reza con la enseñanza, y sus conversaciones, sin excluir a profanos, no salen del propio círculo, hasta volverse cansado.

El Estado cuida del militar y de los soldados, la feligresía del sacerdote y hasta el patrón de sus peones. El militar y el sacerdote encuentran un modo de vivir bastante aceptable, los acaricia la abundancia, los circunda el respeto, tal vez el cariño y las consideraciones de que son objeto, les compensan con creces las privaciones y la dependencia que les coarta obrar con toda libertad; cincuenta por ciento de las atenciones ordinarias de la vida se restan de las suyas y nunca entre sus cuidados se hallan los de la alimentación, el vestido, la habitación, que para ellos y sus familias son siempre seguros. El soldado no pasa una vida envidiable dentro del cuartel, pero guarecido bajo su techo, a la hora oportuna, le dan su rancho y va indumentado con el uniforme de rigor; el peón que vive en los predios de una hacienda, anda medio desnudo, pero halla aunque sea frijoles parados para comer y un cobertizo para dormir con su familia, donde hace discurrir una vida inexplicable por su espantosa miseria, todo ello deparado por su patrono, que ne-

cesita asegurase de sus energías para que no le falte en los trabajos de que saca el mil por nada ya que él no trabaja de ningún modo. El Maestro de Escuela, que previene las guerras con la educación que imparte, que ejerce un apostolado augusto sin perspectivas ultraterrenas, que desgasta su cerebro y atrofia sus pulmones y los órganos de la fonación en su ímproba tarea de estudiar y comunicar de viva voz las enseñanzas, atenido a un sueldo escaso, ilusorio frecuentemente, sujeto a las mayores privaciones, obligado a buscar sus elementos de vida a costa de un crédito fementido, no encuentra sino denuestos, menosprecio y así, desnutrido, desvigorizado se unce el pesado carro de ajenos intereses y hace una vida ascética, tirando por una carretera desolada, triste, polvorienta, hasta que, al fin, sin fuerzas para seguir cae doblado con el tortícolis liberador.

Ahora bien, la Enseñanza es la obligación máxima del Estado, el Maestro es el instrumento de que se vale para difundirla. Nadie que sea consecuente y previsor descuida las herramientas de que espera servirse, y los inexpertos que de ellas no se curan trabajan mucho y mal, y el rendimiento mísero es el castigo merecido. Olvidarse

del agente inmediato y más eficaz de la educación, destinándole a una posición desairada de intelectual, sin recursos para un vivir decente, víctima hasta de las burlas de los intonsos, es una inconsecuencia más grave de lo que se cree, pues no sólo padece el individuo, sino la profesión que ejerce; y el individuo no lo merece y si la profesión decae por causa suya no lo culpemos a él, pues en realidad no se puede exigir labor continua, levantada, noble de quien sufre el efecto del abandono y del menosprecio público. El Maestro de Escuela probo es digno por sí mismo, como ente social, de todo estímulo; paralelamente a su divina misión cumple la sublime de procrear, coadyuva con su potencia prolífica a la perpetuidad de la especie, funda hogar donde nuevos seres alientan para la vida futura, y ¿ese hogar está excomulgado y condenado a la miseria? ¿Por qué? No es su progenitor un servidor abnegado y forzado del bien público?

Antes de pasar adelante valga la explicación siguiente. Hablamos del Maestro, nos referimos a él en abstracto con la idea puesta en la misión que desempeña y comprendemos, es claro, a las nobles mujeres que la han abarcado, pues el Magisterio no es sólo

servido por hombres. Así, pues, cuando decimos el Maestro, nos referimos a todos los que ejercen, hombres y mujeres. No podríamos eliminar al sexo femenino de este apostolado, pero generalizamos lo más posible y lo que decimos lo aplicamos a ambos elementos.

*
* *

Hecha la explicación, continuemos:

¿Cómo se dignificará al Maestro de Escuela?

El Estado es quien debe dar el ejemplo y él dispone de múltiples medios para conseguirlo.

En primer lugar, procurándole una honesta independencia por la mediación de un sueldo decoroso, que, acomodado a sus necesidades y a las exigencias de una presentación constantemente pulcra, le permita alternar con todos los elementos sociales sin que su amor propio se vea mortificado jamás por una disparidad humillante, a la vez que dar ejemplo de compostura a sus educandos; no olvidándose de que puede estar al frente de una familia y ser jefe de un hogar y por tanto verse compelido a atender a todos los menesteres de su casa; en este concepto debe ha-

bilitársele para la ocupación de una vivienda higiénica donde la estrechez no impida el progreso moral y sea factible consagrar culto al arte en alguna de sus manifestaciones, donde haya flores que renueven los impulsos a una vida limpia y sin mácula en el orden material y en el orden espiritual, donde quepa sin aprietos y ahogamientos una familia que por fuerza ha de ser imitada en sus buenas costumbres, donde las distracciones cultas y las iniciativas felices tengan asiento y sea dable derramar estímulo a los demás hogares.

Ya se han hecho indicaciones por algunos justipreciadores de la ardua profesión Magisterial acerca del modo de brindar al Maestro la consideración que se le debe, pero nunca se ha llegado al terreno de la práctica, acogiendo tales iniciativas. Apuntamos que darle un puesto en todas las reuniones públicas sería un modo efectivo con que el Poder Gubernamental enseñaría a apreciarlo, el resto dependería de él mismo.

En los pueblos donde la vida es monótona el único que está en aptitud de combatir la tristeza es él y si no lo pone en vigor es por la falta de estímulo, ¿por qué no ofrecerle buenamente las ocasiones de extender por ese lado la acción cultural?

Hágase del Maestro en cada localidad el sujeto a quien se deben y se tributan toda clase de consideraciones y que nadie, en ningún tiempo, le reste las que se merece y con ello se le mantendrá en el elevado predicado que su alta misión le otorga.

*
* *

Ha mucho tiempo que alentamos el deseo de que se establezca para los Maestros de Instrucción Primaria un Centro donde puedan juntarse y celebrar no sólo las reuniones que su mejoramiento cultural precisa, como Cuerpo Docente, sino todas las que como entes sociales requieren, propendiendo de modo práctico y efectivo al mutuo acercamiento de las unidades laborantes de uno y otro sexo.

Miembros cultos y entusiastas del gremio, tanto en esta capital como en Santa Ana, Sonsonate, San Miguel y otros lugares del Estado, han intentado desde tiempo inmemorial, en repetidas ocasiones, llevar a cabo la institución de sociedades, en que, integrándose en núcleo considerable el esfuerzo común los ampare a todos; pero no cundiendo el espíritu de solidaridad y fal-

tando la perseverancia y el tesón, después de una animación galvánica, superficial, verborreica, ha sobrevenido el desaliento y todo ha pasado sin más consecuencias que las fatales de persuadir que el Cuerpo Magisterial carece de cohesión y que no llegará día en que deponiendo toda prevención puedan sus miembros, sin ayuda extraña, estar en perfecta comunión espiritual, convergiendo, con toda su potencialidad reunida, hacia un ideal común.

Esos conatos repetidos de unificación son indicaciones claras de una ansia de algo que le precisa, de una necesidad insatisfecha existente de larga data y al mismo tiempo de que en su seno hay carencia de efectivos elementos para llevar a su fin los deseos que entrañan aquellas manifestaciones. ¿No podría el Estado acudir a indagar cuáles son esos elementos y prodigarlos, una vez conocidos? Creo que sí y a poca costa se alcanzaría un inmenso beneficio, porque todo lo que beneficie al Cuerpo Docente, es cosecha para la Patria.

En Argentina se ha proyectado la fundación de la *Casa del Estudiante*, con finalidades como las siguientes:

a) Constituir un lugar común de reunión para estudiantes, para los profesores y pa-

ra todos aquellos que quieran aprovechar sus beneficios.

b) Hacer efectiva la función social de la Universidad.

Para esto la *Casa del Estudiante* se valdrá:

- a) De disertaciones y conferencias.
- b) De lecturas de libros, folletos, diarios y revistas.
- c) De conversaciones públicas, en las que se tratarán problemas culturales, artísticos, filosóficos, literarios y científicos.
- d) De reuniones familiares.
- e) De toda otra iniciativa que sea compatible con los fines fundamentales de su creación.

Integran la *Casa del Estudiante*:

- a) La biblioteca... que se instalará en su edificio.
- b) La sección «El libro usado».
- c) La Imprenta.
- d) Las salas de juego, de música, etc... Las canchas de deportes. El gimnasio. La pileta.
- e) El taller de educación estética... que se ubicará.
- f) La «Exposición del mal gusto».



DON RODOLFO SERMEÑO
Subdirector de la Imprenta Nacional

- g) El Museo.
- h) El teatro.
- i) La carpintería.
- j) La chacra.

En la *Casa del Estudiante*, tendrán sede permanente la F. U. y los centros estudiantiles.

Dirigirá la *Casa del Estudiante, ad honorem*, una comisión compuesta de dos delegados de la F. U. y el Rector del Colegio Nacional!

Haciendo las sustituciones del caso, podrían aplicarse entre nosotros estas bases a la *Casa del Maestro de Escuela*.

En mi revista *La Palabra Docente*, allá por el año de 1915, exterioricé mis deseos al respecto, en un artículo acerca de Asociaciones de Maestros, lo que consigno para que no se crea que mi adhesión al altruista pensamiento es de última hora.

Si se llevara a la práctica algo semejante, ampliaríamos todo lo que fuera necesario para indicar qué es lo que aprovecharía al Maestro Nacional.

¿Qué se necesita para erigir este templo de alto estímulo? Proporcionar al Magisterio una casa adecuada con los muebles principales y el tiempo se encargaría de completar los vacíos.

Y los miembros del Magisterio Nacional, todos los de la total comprensión del Estado, serían los elementos componentes y por ningún motivo los que se encuentran en actual servicio dejarían de pertenecer a la *Casa del Maestro*, si para la institución se adoptara esta denominación; y tendrían derecho al ingreso los Maestros jubilados y aun los que no ejercieran y desearan formar parte de ella.

Las consecuencias inmediatas serían la **identificación de propósitos**, la **inculcación objetiva de que la difícil carrera del magisterio tiene sus compensaciones prácticas, que es sagrada y meritoria** y que honra a los que la ejercen o la hayan ejercido y se les aprecia como entes sociales: en resumen, se promovería una digna emulación y sobrevendría el mejoramiento moral e intelectual, por medios seguros y sin trabas, debido a que nadie dejaría de esforzarse por ser acreedor constante del aprecio que se le concede en gracia de la profesión.

Con una sede central, se establecerían sucursales en las ciudades principales, que podrían ser las cabeceras departamentales. No habría sacrificio, ni mayores gastos, y el provecho sería de honda repercusión.



V

PENSEMOS EN EL NIÑO Y EN SUS PADRES

No menos importante es la atención que merecen los niños y por acto simpático sus padres en lo que se refiere a los asuntos educativos.

Abiertas las aulas y provistas de todos los menesteres que el buen servicio urge, es consecuente que se procure evitar los motivos de deserción por parte de los niños. Muy sabido es que la pobreza ejerce de imperativo categórico en muchos casos, y los padres de familia se excusan con ella, alegando que no les es posible dar a sus hijos una alimentación a tiempo y proveerles de suficientes vestidos para que asistan constantemente aseados y decentes. En ciertos casos es verdad lo que se alega, en

otros es un asidero para evitarse de los apremios consiguientes.

Se legisla para los niños; todas las consideraciones y cuidados de que es el objeto la Escuela encuentra en las circunstancias especiales de la naturaleza infantil su móvil principal: las horas de entrada, las de salida, la armónica alternabilidad del trabajo con el descanso, la intercalación de las asignaturas intelectuales que requieren un mayor esfuerzo espiritual entre otras mecánicas en que la primordial cualidad es la habilidad de la mano o los ejercicios corporales que promueven con el movimiento una desviación conveniente de la tensión de las disciplinas fuertemente lectivas que continuadas producirían la fatiga mental, tan temida por sus desastrosos efectos; las especulaciones psicológicas obligadas, sin las cuales se majará en vano en el yunque aún informe de los impúberes; la previsión acerca de correctivos, tan indicada, tan recomendada y tan descuidada, en lo ordinario; y la suma, en fin, de todas las prevenciones escolares se sujeta a lo que acomoda a las tiernas inteligencias de los niños. Y es perfectamente lógico que así sea, puesto que la Escuela es el campo donde el germen del ciudadano recibe los elementos que en las

luchas venideras lo guiarán y no se ha de querer que por insuficiencia de ellos fracase: no se trata sólo del individuo, éste no es más que la unidad que compondrá el núcleo potente, vigoroso, que la patria requiere para continuar camino del progreso en el desarrollo de sus destinos.

Lo dicho y mucho más que se podría enumerar y que por no ser prolijos se evita, presupone que el Niño está en plena habilidad de concurrir a la Escuela todos los días lectivos.



Hagamos una digresión. Supongamos, que se trata de la alimentación de un pueblo, que se desea y que es indispensable una cosecha abundante y variada. Conociendo los medios naturales necesarios para que la tierra dé su contingente hasta el mayor grado se preparan abonos, pidiendo a la química su decisivo concurso; se canaliza y se acopia el agua en un depósito de donde el riego es fácil; se reúnen las herramientas, se examinan sus cualidades, se corrigen los defectos, se llevan los ganados al repasto y se cuenta de seguro con los brazos suficientes para el magno trabajo;

el grano escogido está listo para la siembra y llega el tiempo de sembrar y nos disponemos a la obra. A última hora falta lo principal—la tierra,—tenemos una poca pero no la bastante para que coja todo el grano. Y es tarde para buscar otra, porque la siembra no se presta a ejecutarse en cualquier tiempo. Sembramos algún grano, no nos podemos cruzar de brazos, pero la mayor parte nos queda y si no se pierde del todo porque lo consumimos no se obtendrá la producción que nos aseguraba el porvenir. El ganado se come los pastos, los hombres a quienes ocupamos su único capital,—su tiempo,—hemos de retribuirlos y los retribuimos, en efecto, porque ellos no han de pagar nuestra imprevisión o nuestra locura. El hambre sobreviene, la gente desesperada, emigra y la que se queda es víctima del agio, del tributo que rinde al extraño en cambio de algo que lo alimente y recibe la escasa ración a precios inverosímiles y no se sacia y algunos mueren y otros quedan desvigorizados, impotentes a salvarse por sí mismos. Una miseria general es la última consecuencia.

Tal sucede en el campo de la Escuela Primaria; se prepara todo para sembrar la ciencia, pero a última hora los niños que son

el terreno que la recibirá, faltan. El sembrador, que es el Maestro, se queda con mucho grano y después de cuantiosos esfuerzos gastados inútilmente o al menos no aprovechados hasta donde era de esperarse, sobreviene el hambre escolar, —la ignorancia,— y luego todos los desastres que la vida ciudadana resiste sin ver una luz que desvanezca el caos.

¿De quién es la culpa? Qué importa de quien sea! El hecho es el fatal; pero debemos procurar que no se repita.

*
* *

La Cocina escolar iniciada tímidamente ya, se impone como una necesidad del presente y hemos de llegar a su establecimiento sistemado y formal. Dando a los niños más pobres el almuerzo en la Escuela se facilitaría la concurrencia de muchos que no la conocen.

El vestido del escolar también en igualdad de casos, debe ser provisto en la Escuela. La administración del Ramo de Guerra, que necesita imperiosamente del soldado, lo asila en el cuartel y allí le proporciona vestido, incluyendo calzado y sombrero y le dá de comer.

El Niño es el ciudadano en ciernes. Los soldados de ahora que en su cuartel esperan la emergencia posible para constituirse defensores de la Patria; los servidores del Estado denominados empleados civiles, desde el humilde amanuense hasta el alto Ministro; los profesionales de todas las facultades, los periodistas, los tribunos, los catedráticos, los maestros de escuela; todos los que hoy manejan o cooperan de algún modo en el manejo de los asuntos públicos o privados, serán sustituidos en su día por los rapazuelos que en los que corremos reciben las primeras letras, pasando como si diéramos, por la Escuela Primaria que, salvo el sitio, por ella han pasado los Alejandro, los Césares, los Sénecas y Catones; los Napoleones, los Chateaubrianes, los Pits, los Delgados, los Arces, los Ingenieros, los Rodós, etc. y seguirán pasando los que en lo venidero quieran poner luz en sus cerebros.

No ha de omitirse, pues, ningún medio que prometa éxito para que los funcionarios por venir llenen en su oportunidad satisfactoriamente sus respectivas labores y no sólo limitándose a una mera imitación sino que recibiendo los efluvios del progreso puedan resolver sus problemas con el acierto que una mayor cultura precise.

*
* *

Sugiramos. Todos los años se invierten regulares sumas de colones en obsequiar, sin plan ninguno, vestiditos y juguetes a los *niños pobres*; acto benévolo nacido al calor de un sentimiento muy levantado y que revestido con clámide caritativa refluye en bien de una legión de infelices, que faltos aún del rubor que mueve a ocultar los deseos que no se pueden satisfacer de modo decoroso, con sus miradas preñadas de ansias contemplan a otros que más dichosos que ellos pueden solazarse, perfectamente indumentados, hartos, felices, complacidos con valiosos juguetes costeados por sus padres que son pudientes o imitadores de éstos en los dispendios. El acto sentimental que ya constituye costumbre se practica todos los años; la mayor parte del dinero que se invierte se provee de las arcas nacionales y el resto lo obtienen las graves señoras que acometen la empresa de comerciantes ricos y de otras personas bondadosas.

Asimismo se gastan algunos miles de colones en entradas, mogigangas, pólvora y festivales de naturaleza variada y de un va-

lor relativo, en honor a remotas tradiciones y en obsequio del *pueblo*, que las goza hasta donde le es posible, no hay duda, ya que se le ofrecen, pero que, como ligeros accidentes placenteros, no son suficientes a amenguar ninguna de las dificultades de la vida, que es factible a esos mismos a quienes se consagran los festivales y pasan por ellos, con su fardo de pesadumbre a cuestas.

Pues bien, tratando de obrar con juicio sujetándolo todo a un orden, ¿no sería mejor atender a lo útil antes que a lo agradable ya que hay necesidades ingentes que satisfacer y que van quedando relegadas para un plazo indefinido que nadie pone y que no llegará nunca, si siempre se le posterga? ¿No sería mejor dar de mano, por de pronto a las mogigangas, a las entradas fastuosas, a los bailes obsequiados a las directoras e invertir el dinero que consumen en establecer decididamente la Cocina y el Vestuario Escolares? El pueblo se divertiría menos, no llegaría a sus oídos el estruendo de la cohetería ni vería las *gracias sin gracia de los viejos*, pero se lograría una asistencia regular a las escuelas públicas y los niños, alegres, robustos, alentados, verían transcurrir la época más bella de su exis-

tencia, en una felicidad relativa y los buenos sentimientos de las caritativas señoras, amplios y generosos se empeñarían, no en proporcionar un placer efímero que se extingue al romperse el juguete que, por lo regular, es un instante después de puesto en manos del agraciado o incompleto porque a veces no coincide con la aspiración de quien lo recibe. Harta compensación sería para los elementos populares ver a sus hijos beneficiarios del servicio inestimable de no faltar a la escuela y llevar constantemente un vestidito aseado que la misma le provee para que no la deje.

Las nobles damas y sus colaboradores contribuirían no a un ligero interregno de placer, contrastado por muchas causas, si no a una obra perdurable de la mayor importancia y el empeño al ser más justificado hallaría más eco en todos los contribuyentes.

Con el sistema de obsequiar, puesto en práctica, no se satisface a todos los que apetecen al regalo y en infinidad de casos no es éste adecuado a las personas. Con los vestidos que son de unas telas de ínfima calidad, la más barata que se halla y de una confección hartamente delicada, que se deshacen al tocarlos, sucede que a un niño gran-

de le ofrecen uno chico y viceversa y son aceptados porque peor es nada.

Esto no es una censura para la intención que al fin es bondadosa, sólo es una exposición de lo que ocurre, en el deseo de inspirar que se otorgue en una forma distinta al procedimiento seguido, en la seguridad de que su proyección será más efectiva y por tanto más beneficiosa.

Es un hecho desgraciadamente verdadero y frecuente que las aulas permanecen vacías por la deserción de los alumnos, por todos los motivos posibles, pues bien, ¿por qué no se establece un acuerdo entre el maestro y los obsequiantes, de manera que el obsequio tenga lugar en la escuela y precisamente entre los niños matriculados en ella? ¿Quién mejor que el Maestro conoce a los niños más dignos? El obsequio sería una recompensa para los asiduos y un estímulo para los que no asisten y de antemano se confeccionarían las listas y a cada cual se otorgaría lo más conveniente, y se evitarían las filtraciones, que de otro modo son inevitables.

El obsequio sentimental es bueno, pero es mejor el que se practica sujeto a una forma definida que se proponga un fin utilitario como el propuesto. Los juguetes pue-

den suprimirse si es necesario; la suma que hubieran costado, de comprarse, invertida en víveres y telas para la Cocina y el Vestuario de la Escuela aprovecha más. No es imposible su establecimiento y sostenimiento si los esfuerzos dispersos en homenaje de los niños se adunan y se encauzan a este desideratum.

Cuando por primera vez se agitó el problema de las prisiones, que eran pudrideros o antros donde los reclusos se corrompían más, en el sentido de mejorar la vida de estos desgraciados, se palpó como inmenso muro un cúmulo de dificultades; pero la humanidad en su expresión más generosa triunfó, se superaron los obstáculos, y los presidios infamantes, degradadores, con trabajos forzados, se trocaron en penitenciarías, es decir en escuelas y los focos tenebrosos de abyección y de toda clase de infortunios, lo fueron enseguida de regeneración. Haciendo extensiones se pensó en la niñez descarriada y nacieron las Escuelas de Corrección. Hemos visto funcionar una. Casi se convirtió en asilo, porque sin más motivo que la pobreza y ver el trato que los asilados obtenían, muchos padres de familia solicitaban plazas para sus hijos y si las obtenían se consideraban relevados éstos de la miseria.

No veamos en la obra escolar las barreras que impiden su funcionamiento, no consideremos que necesita océanos de dinero porque si ello es cierto, los millones se constituyen por centavos. A través de las dificultades observemos la obra que se realizaría y sus vastas proyecciones de bien general. Animémonos, tanto más cuanto que lo único que hay por hacer es encarrilar todas las actividades en una sola vía y obrar en conjunto.





VI

EDIFICACION ESCOLAR

La evolución en su incesante marcha imprime cambios muy leves en la esencia de las cosas en metamorfosis, tanto que ellos son casi imperceptibles de un paso a otro: por ejemplo, la comodidad que encontraron los hombres primitivos de la copa del árbol que les prestaba refugio más que abrigo, a la caverna, es muy poca; y en la sucesión de cada una de las transiciones, determinadas por las necesidades y el progreso, en la continuación y mejoramiento de la vida, ocurre lo propio. Pero si comparamos dos grados, dejando varios de por medio, hallamos profundas diferencias, tan intrincadas algunas veces, que ha sido necesario que los hombres de ciencia se entre-

guen exclusivamente a la investigación para dar con el punto de enlace entre unos eslabones y otros. Hablando de la vivienda, haremos notar que entre el marmóreo y bronceo palacio o los rascacielos neoyorkinos y el árbol que guareció a nuestros antecesores y la cueva que le siguió, existe tal diversidad de aspectos que no parece que éstos hayan dado al hombre idea para la construcción de los primeros.

Es posible que el hombre primitivo no se acomodara a hacer discurrir su vida en la reclusión de una casa, así fuera esta un palacio; pero es indubitable que el hombre moderno se acomodaría menos a la regresión buscando asilo en la copa de un árbol o disputándole su cubil a una fiera.

En los tiempos de atrás a la casa de escuela le bastaban el techo y las paredes y no importaba que aquel fuera de paja y estuviera éste claraboyado como una criba; pero paulatinamente, la sordidez y la miseria se han ido relegando y de cambio en cambio, se han adquirido más comodidad y belleza y se ha llegado a la persuasión de que los edificios escolares, los de Enseñanza Primaria, particularmente, deben conciliar en perfecta simultaneidad varias circunstancias, en relación inmediata con la



EL AUTOR

Pedagogía y la Higiene, pues una y otra no sólo no se perjudican sino que se auxilian poderosamente y si se agrega el ornato, hemos de convenir que las casas escolares no han de ser por más tiempo obra del acaso, ni confiarse a la rutina porque se requiere que reúnan condiciones de capacidad suficiente para el número de educandos de cada localidad y las de sanidad precisas y que al mismo tiempo sean amenas y bellas y por tanto alegres y atractivas.

La Escuela moderna no se preocupa ya sólo de la parte intelectual, no tiene por único objeto almacenar conocimientos abstractos en los cerebros infantiles, cuida también de la parte física, tan interesante y noble como la espiritual y se propone que el desarrollo muscular del niño se opere paralelo al psíquico y que, en resumen, ambos se ayuden para corregir los vicios adquiridos o naturales y ésto no se consigue más que en casas amplias, con patios y terrenos adyacentes extensos lo suficiente para que la expansión indispensable a la edad y al trabajo mental de los educandos, pueda realizarse.

Todo llega por sus pasos contados, dicen los fatalistas, refiriéndose a lo inevita-

ble y la experiencia de la vida nos induce a creer que estos fríos razonadores tienen bastante penetración cuando se expresan en esta forma; pero no hemos de cruzarnos de brazos y esperar a que la necesidad con su imperiosa fuerza nos obligue a efectuar festinadamente y mal lo que podemos hacer a conciencia con la preparación suficiente.

El grado de civilización de los tiempos actuales y el que nos corresponde a los pobladores de estas tierras ístmicas nos impulsa a no rehuir las labores que lo sostienen y lo acreditan; LA EDIFICACION DE CASAS PARA ESCUELA, toca a nuestras puertas y no debe retardarse el instante de atender a su reclamo.

Deseamos desvanecer todo prejuicio que abultando los hechos pudiera ocasionar desánimo para acometer la empresa y con los números como testimonio, presentamos la siguiente minuta en que fijamos categorías y número de edificios, basándonos en los recursos y la población de cada localidad, admitiendo un 20 % de población escolar de la total probable; para cada 50 alumnos se determina un aula.

No olvidemos que hay que resolver o preparar la resolución de varios problemas:

del orden social como el de la coeducación, que desde mucho tiempo atrás viene preocupando seriamente a los hombres pensadores, entre otros. Emilio Zola, que la preconiza en su obra «El Trabajo»; del orden económico como el que reza con la capacidad de los edificios, que debe ser superior a la asistencia máxima, en previsión del aumento de población; del emplazamiento y costo, que ha de ser el menor posible, ya que los recursos que se requieren son cuantiosos y las dificultades para obtenerlos no pocas.

HE AQUÍ LA MINUTA

1a. Categoría

- A { 20 casas de col. 50,000 cada una.
Constan de 20 aulas, capacitadas para mil plazas, quinientas para cada sexo.
Cuestan col. 1.000,000 y corresponden a San Salvador.
- A { 20 casas de col. 20,000 cada una.
Constan de igual capacidad que las anteriores.
Cuestan col. 400,000 y corresponden: 8 a Santa Ana, 8 a San Miguel y 4 a Sonsonate.

2a. Categoría

- B { 32 casas de col. 10,000 cada una.
Constan de 10 aulas, capacitadas para quinientas plazas, doscientas cincuenta de cada sexo.
- C { Cuestan col. 320,000 y corresponden 4 a cada una de las cabeceras departamentales siguientes: Ahuachapán, Cojutepeque, San Vicente, Santa Tecla, Usulután y Zacatecoluca; y 2 a las siguientes: Chalatenango, La Unión, San Francisco y Sensuntepeque.

3a. Categoría

- C { 50 casas de col. 5,000 cada una.
Constan de cinco aulas, capacitadas para 250 plazas, 125 de cada sexo.
- C { Cuestan col. 250,000 y corresponden a las ciudades siguientes:

Tonacatepeque, Tejutla, Suchitoto, San Pedro Nonualco, San Pedro Masahuat, Olocuilta, San Sebastián, Ilobasco, Chinameca, Jucuapa, Santiago de María, Alegría, Berlín, Santa Rosa, Chalchuapa, Metapán, Atiquizaya, Nahuizalco, Izalco, Armenia, Juayúa, Jayaque, Tepecoyo, Quezaltepeque y Opico,

en total 25 poblaciones, en su mayoría cabeceras de distrito.

4a. Categoría

- D { 480 casas col. 2,500 cada una.
Constan de dos aulas, capacitadas para cien plazas, cincuenta de cada sexo.
Cuestan col. 1.075,000 y corresponden a las poblaciones siguientes:

Texistepeque, Candelaria de la Frontera, San Sebastián, El Porvenir, Masahuat, Santiago de la Frontera, Santa Rosa Guachipilín, Tacuba, Apaneca, Jujutla, Concepción de Ataco, San Pedro Pustla, Guaymango, San Francisco Menéndez, San Lorenzo, Turín, El Refugio, Santo Domingo, Sonzacate, Acajutla, Nahulingo, San Antonio del Monte, Ishuatán, Cuisnahuat, San Julián, Caluco, Salcoatitán, Santa Catarina Masahuat, Comasagua, Colón, Nuevo Cuscatlán, Tamanique, Zaragoza, Zacacoyo, Teotepeque, La Libertad, San José Villanueva, Chiltiupán, Talnique, Jicalapa, San Pablo Tacachico, San Matías, Soyapango, Cuscatancingo, San Sebastián, Paleca, Me-

jicanos, Aculhuaca, Ilopango, Ayutuxtepeque, Apopa, Guazapa, San Martín, Nejapa, El Paisnal, Santo Tomás, Santiago Texacuangos, San Marcos, Panchimalco, Rosario de Mora, San Isidro Labrador, Comalapa, Concepción, Quezaltepeque, San Antonio de los Ranchos, Carrizal, Las Vueltas, San Luis del Carmen, Cancasque, San Francisco Lempa, Arcatao, Nueva Trinidad, Las Flores, Nombre de Jesús, La Laguna, San Antonio de la Cruz, Potonico, Azacualpa, San Miguel de Mercedes, San José Ojos de Agua, Citalá, San Francisco Morazán, El Paraíso, Nueva Concepción, San Ignacio, Dulce Nombre de María, San Fernando, Santa Rita, Tenancingo, Candelaria, El Carmen, Santa Cruz Michapa, San Ramón, Santa Cruz Analquito, San Pedro Perulapán, San Rafael, Monte San Juan, San Cristóbal, Perulapía, El Rosario, Oratorio de Concepción, San José Guayabal, San Juan Nonualco, Santiago Nonualco, San Rafael Obrajuelo, San Emigdio, Jerusalén, Santa María Ostuma, Paraíso de Osorio, Mercedes la Ceiba, San Antonio Masahuat, El Rosario, San Miguel Tepesontes, San Francisco Chinameca, Cuyultitán, San Juan Talpa, San Luis, Apastepeque, Verapaz, San Cayetano, Istepeque, Tecoluca, Guadalupe, San Lucas Te-

pitán, San Lorenzo, Santo Domingo, San Esteban, Catarina, San Ildefonso, Santa Clara, Dolores, Guacotecti, Victoria, San Isidro, Jutiapa, Cinquera, Moncagua, Uluazapa, Quelepa, Ciudad Barrios, Chapeltique, Chirilagua, Comacarán, Lolotique, El Tránsito, San Rafael, Nueva Guadalupe, Sessori, San Luis de la Reina, Nuevo Edén de San Juan, Carolina, San Gerardo, San Antonio, Jiquilisco, Ozatlán, Santa María, Santa Elena, Jucuarán, Ereguayquín, Puerto El Triunfo, San Buenaventura, Nueva Granada, Estanzuelas, Pueblo El Triunfo, Tecapán, Mercedes Umaña, San Agustín, California, Guatajiagua, Lolotiquillo, San Carlos, Sensembra, Sociedad, Chilanga, Jocoro, Yamabal, Osicala, Corinto, Yoloayquín, Delicias de Concepción, Cacaopera, San Simón, Gualococti, San Isidro, Jocoaitique, Torola, Joateca, Perquín, Meanguera, Arambala, El Rosario, San Fernando, Yucuaiquín, Bolívar, Conchagua, San José, San Alejo, Yayantique, El Carmen, Intipucá, Pasaquina, Nueva Esparta, Lislique, Anamorós, El Sauce, Polorós y Concepción de Oriente, en total 215 poblaciones.

5a. Categoría

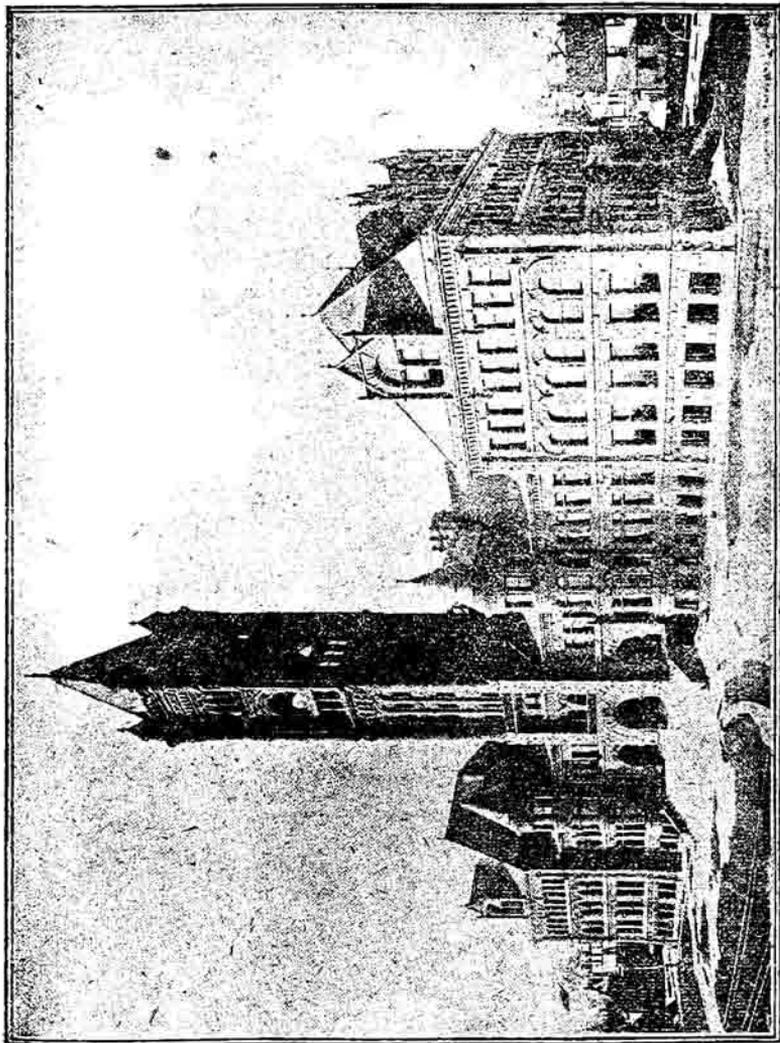
198 casas de col. 2,500 cada una.
 Constan de un aula, capacitada para cincuenta plazas, 25 de cada sexo.
 Cuestan col. 495,000 y corresponden a los predios rurales de toda la República.

RESUMEN

1a. Categoría:	20	casas	de	col.	50,000	=	col.	1.000,000
"	20	"	"	"	20,000	"	"	400,000
2a.	32	"	"	"	10,000	"	"	320,000
3a.	50	"	"	"	5,000	"	"	350,000
4a.	430	"	"	"	2,500	"	"	1.075,000
5a.	198	"	"	"	2,500	"	"	495,000
	<u>750</u>							<u>3.540,000</u>

La edificación de los 750 edificios escolares, máximo de los que por hoy necesitamos, costaría, pues, la suma no muy crecida de *tres millones quinientos cuarenta mil colones*, a los cinco precios calculados de 50,000, 20,000, 10,000, 5,000 y 2,500 colones, que son muy racionales y que en conjunto dan un precio medio de *cuatro mil setecientos veinte colones*, por edificio.

En amueblar a la moderna y dotar del material necesario los 750 centros educativos, puede invertirse la suma de *dos mi-*



Escuela Superior en Duluth, Minnesota

lones cuatrocientos sesenta mil colones, que completa la suma de *seis millones de colones*, que es el total mínimo a recoger.

La suma, como se ve, no es para asustar a nadie, es modesta y muy modesta, tratándose de un pueblo joven y vigoroso como El Salvador.

Los 750 edificios tendrían *dos mil quinientas veintiocho aulas*, capaces cada una de *cincuenta alumnos* y se descomponen así:

1a. Categoría	800	aulas
2a. " "	320	"
3a. " "	250	"
4a. " "	960	"
5a. " "	198	"
	<hr/>	
Total	2,528	

La capacidad total, pues, es para ciento veintiséis mil niños, que, por de pronto, cubre la población escolar.

A la edificación oficial sucedería la particular, porque notando el reducido costo y no siendo factible por las leyes que sobrevendrían instalar Colegios o Escuelas en casas inadecuadas, los que quisieran fundarlas, tendrían que cumplir lo preceptuado.

*
* *

Si el recuerdo de lo realizado puede servir de estímulo, hemos de decir que en el país, para su honra, existen obras de gran aliento que han consumido cuantiosas sumas de dinero, aprontadas directa o indirectamente, para su erección, por el pueblo.

Hay Penitenciarías, donde los desgraciados que han delinquido, a la vez que purgan sus desvíos, aprenden un oficio y mejoran su individuo moral.

Hay un magno Hospital, justo orgullo de todos los salvadoreños, que presta asilo a nacionales y extranjeros, sin hacer distinción de ningún género y donde los desamparados de la suerte que se ven con la salud perdida ocurren a recuperarla o a encontrar alivio. En sus diversos pabellones, cómodos e higiénicos, reinan la sencillez peculiar de un centro de esta naturaleza y la elegancia y el aseo; rodeado de flores y de árboles, el ánimo de los enfermos se reanima con los perfumes y los colores y las salutíferas emanaciones.

Hay un Palacio Nacional, que por sí solo cuesta una fortuna; un Teatro monu-

mental, en esta capital y otros de gran belleza y no pequeño costo en varias ciudades de la República; hermosos Palacios Municipales en gran número de ciudades y otros edificios para los distintos servicios de la administración pública, en los que no faltan los cuarteles de vastas dimensiones; lindos paseos y múltiples lugares de diversión; y tantas obras de ornato y de utilidad pública, todas llevadas a cabo, merced a fuertes cantidades de dinero y enormes esfuerzos.

Hay servicio esmerado de Telégrafos, Teléfonos y Correos; la inmensa mayoría de los pueblos cuenta con cañerías para la introducción de agua potable; luz eléctrica en muchas ciudades, e infinitas cosas más, que puestas en uso, revelan al país ante los vecinos y los extraños como culto y progresista, rico y entusiasta, cuyos ciudadanos no se detienen en el camino, del mejoramiento privado y público.

¿Por qué se ha de retroceder ante la Edificación Escolar, que hace falta y tantos bienes acarrearía?

¿Se quieren hijos sanos, instruidos, limpios de cuerpo y alma e imprudentemente se les condena a alojarse en lugares insalubres, impropios por todo concepto del

servicio a que se les obliga? Nótese bien que el mal rendimiento escolar y el desdén de que es víctima la Escuela, no tienen otro origen, en gran parte, que el del mal edificio.

Las casas malsanas y los muebles inadecuados son causa de muchos perjuicios para los niños; en ellos adquieren enfermedades de los órganos de la vista por la mala distribución de la luz; vicios en la sangre, por la respiración continua de aire enrarecido; reumatismos por la humedad de los pavimentos; dolencias de las vías respiratorias por la absorción eterna de polvo, que lleva miríadas de microbios; desviaciones de la columna vertebral por el defectuoso pupitre y mucho más, que sería prolijo enumerar.

Una casa como las que nuestros hijos se ven obligados a frecuentar en los primeros y más delicados años de su vida, no infunde amor, no ejerce atracción ninguna en su ánimo y los que asisten, lo hacen obligados por la necesidad; pero los de temperamento delicado y nervioso, los indolentes, y una serie de reacios que se valen de la menor astilla para desecharla por su propia cuenta, la abandonan, dando margen a muchos males, de los que no es el me-

nor la inasistencia, causa de otro más grave que teóricamente se lamenta en todos los tonos, el del gran porcentaje de analfabetos, que como feo lamparón afea a la masa del pueblo, que atrasa la industria, que reduce los oficios a una deprimente rutina y mantiene a la nación en un estacionarismo angustioso.

Del mal de la *casa no escolar* y ocupada, sin embargo, como Plantel de Enseñanza, no se libra nadie, porque el único medio de remediarlo es cambiar por edificios *ad hoc* fabricados, tales centros, y en el país no los hay.

Deber de todos, es, pues, e imperioso, procurar que desaparezcan esas dolorosas consecuencias, atacando y abatiendo en su origen una de las causas fundamentales que las producen y ello se logrará, no cabe dudarlo, levantando EDIFICIOS ESCOLARES A LA MODERNA, saludables y bellqs, sobre todo saludables, para lo que se necesita el celo de todos.





VII

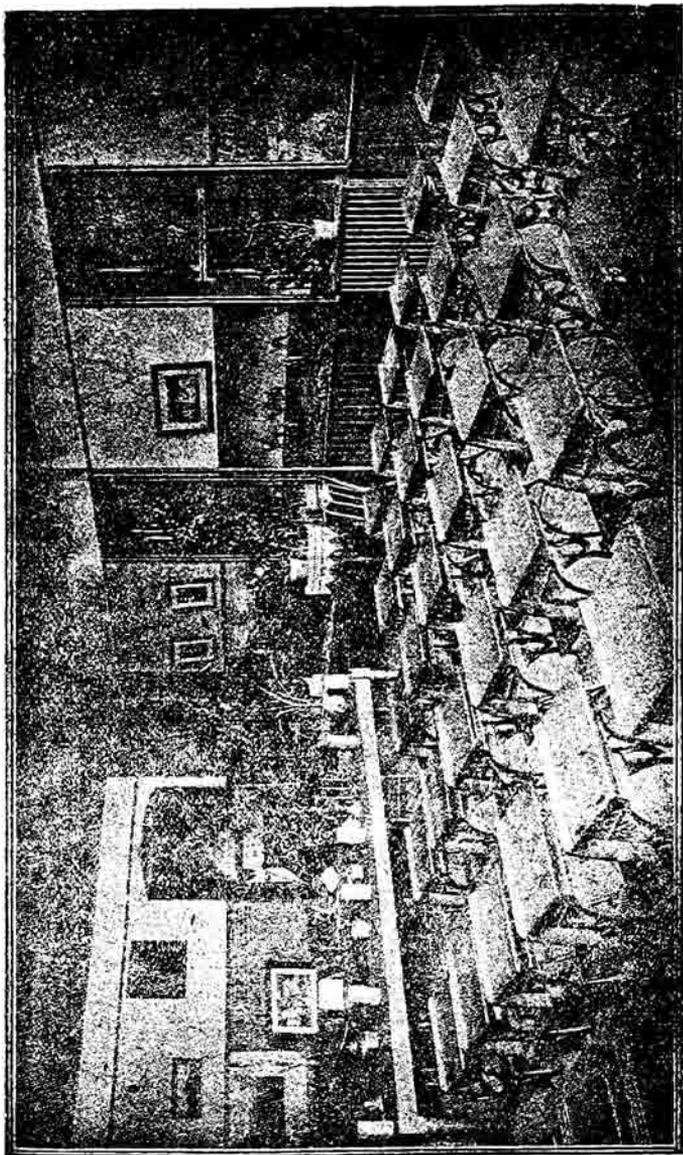
BENEFICIOS DE LA EDIFICACION ESCOLAR

El Edificio Escolar higiénico pedagógico trae beneficios inmediatos y mediatos de gran trascendencia que queremos esbozar: en gran parte realiza la labor de la Enseñanza, facilitando en todo sentido su difusión; contribuye a la conservación de la salud de maestros y educandos; entusiasma a los niños y les comunica afán de frecuentarla, con lo cual se logra que en la edad propicia adquieran los conocimientos que marcan los programas; es fecundo e inagotable manantial de excelente ejemplo: los niños de uno y otro sexo se habitúan a lo correcto; el aseo y la buena crianza entran en sus costumbres y el hogar se influencia de ellas, pues siendo objetiva y prác-

ticamente inculcados ni se olvidan ni dejan de cumplirse: es el termómetro que marca la cultura de los pueblos y del interés que se toma por la educación; determina para la edad post-escolar una fuente de gratos recuerdos que en los momentos de cansancio y de fastidio en las luchas por la vida, son paréntesis de dicha; resuelve definitivamente una parte de la subsistencia del Maestro proporcionándole habitación segura; allana el obstáculo de local adecuado para establecimiento de la escuela graduada; da lugar a una considerable economía al evitar el gasto en arrendamiento; permite que se uniformen y armonicen las construcciones, sujetas a los tipos que las necesidades de cada localidad determinan.

Además consiente abandonar el mobiliario escolar anticuado y pernicioso que aun obstruye la acción de los centros lectivos. El pupitre moderno de un solo asiento, higiénico y verdaderamente pedagógico sustituiría a los incómodos bancos de la actualidad, rígidos como el dogmatismo de los prehistóricos *pedantes*, cuyo recuerdo perpetúan aún algunos rezagados que se valen del zurriago para impartir sus incongruas disciplinas.

El pesado banco arcaico, con pujos de modernismo, (en cuya factura jamás ha inter-



Modelo de un Salón de Escuela Primaria

venido el médico higienista pedagogo, desconocido entre nosotros,) según lo aseguran sagaces observadores, entre otros la doctora María Montessori, es el deformador de la espina dorsal de los adolescentes, es el conservador y propagador de bacterias que se cultivan en los propicios depósitos de polvo, y en una palabra, es cómplice criminal de la mortalidad infantil y cuando menos, provoca la miopía y facilita el contagio.

Con el pupitre individual vendrá el estrado para el Maestro, insospechado hasta la fecha en los centros docentes oficiales y con él la ventaja de que éste pueda dominar la clase por numerosa que sea, sin que necesite, como ahora ocurre, recorrer el salón cual alienado, para guardar el orden, sin conseguirlo más que parcialmente.

Se obtendrá material moderno con todos los accesorios que faciliten su uso y garanticen su buena conservación por mucho tiempo: Gabinetes de Física, Laboratorios de Antropometría y de Química; herramientas para el Trabajo Manual, en todas sus ramificaciones desde el sloyd hasta las obras artísticas; útiles de Cartografía para la factura en relieve de la orografía e hidrografía de los lugares, lo que revolucio-

nará la enseñanza de la Geografía y de la Historia, que se tornarán estudios gratos, fáciles y amenos y no el castigo de la memoria que provoca fatiga a los alumnos buenos y odio para tales asignaturas a los alumnos flojos. La Historia y la Geografía, simultaneadas perfectamente, llenarían su misión educativa y por ellas, como lo han insinuado con sólidos argumentos muchos filósofos-pedagogos, se entraría al estudio de los demás ramos objetivamente hasta donde ello fuera posible, siendo factible abandonar el intelectualismo de que se abusa por incomprensión del procedimiento objetivo que hace *bachilleres* y *pedantes* y no hombres prácticos que son los que se necesitan.

Los Ejercicios Físicos, que en los tiempos que corren se les ha reivindicado, dispondrán de patios especiales y de todos los instrumentos.

La Biblioteca Pedagógica, será un hecho en cada centro docente y no el ansia insatisfecha de los institutores, que viven sin ella en una tiniebla absoluta de lo que en el mundo se efectúa en pro de la Enseñanza y de sus derivados, por lo que, en último resultado, encarnan rutinarios empedernidos e impenitentes con una provisión intelectual nunca renovada ni refrescada.

La Cocina Escolar, será posible y con ella, el paso, después de la Edificación Escolar, de mayor eficiencia en la bierandanza del proceso indeclinable de la educación popular.

Seguirá el *Vestuario Escolar*, cuya administración proveerá a los niños el segundo elemento para la asistencia cumplida y se evitará la vagancia y todo pretexto a los indiferentes para abandonar la Escuela.

La Huerta Escolar, tan aconsejada y cuyo implantamiento se ha dificultado aun en las escuelas rurales, siendo también como la Biblioteca Pedagógica, una aspiración de los Maestros, tendrá un sitio de preferencia y dará su contribución de cultura y con todos sus frutos aliviará la vida del Maestro, ofreciéndole una ocasión de cambiar de labores con tareas agrícolas.

Como una extensión vendrá el *Botiquín Escolar*, la consulta médica gratuita, no digo sólo de los escolares sino de los padres de éstos y de todos los vecinos pobres del contorno y el suministro de medicinas más indispensables y como principio y fin la institución definitiva y científica de la INSPECCION MEDICA ESCOLAR.

Y tal vez llegue un día, que la Escuela Pública, hoy cenicienta desdeñada, se

convierta en la reina dispensadora de justicia, no de favores, a todos los necesitados que por errores sociales padezcan hambre y como la Escuela de Tuskegee de Booker Taliaferro Washington, que comenzó por la modesta posesión de un mulo, y fué más tarde la redentora de miles de seres humanos, sea el refugio de todos los moradores de cada localidad, su orgullo y su puerto.





VIII

EMPRENDAMOS LA EDIFICACION ESCOLAR

Ahora bien, si la Escuela Primaria, por su alta misión educadora es un derecho de los pueblos, los más interesados en que funcione regularmente y bajo los mejores auspicios, desde luego, son los pueblos mismos y por tanto no deben ser indiferentes a que su normalidad sea efectiva y por el contrario es urgente que pongan el más acucioso empeño en que se vigorice aquel funcionamiento y si hay algo que lo entorpezca, aprestarse con su concurso sincero a salvar todo obstáculo.

Los individuos que ejercen autoridad, desde su punto de vista de funcionarios públicos tienen algún interés en que las escuelas primarias de su jurisdicción sean cen-

tros decentes, que dispongan de locales aceptables, pero si les faltan los elementos monetarios para las obras no hacen nada y no se creen obligados a hacerlo y dejan que todo marche como se pueda y aún se conforman a que no marche de ningún modo, si su propia responsabilidad puede escudarse en alguna forma; pero los padres de familia no están en el mismo plano, su interés por tener de lo mejor es un deber y su indiferencia es trascendente y los que pagan las consecuencias son sus propios hijos y en resumen ellos mismos. Si las condiciones de la escuela son malas el perjuicio es general para los que a ella concurren y ya se sabe que los locales estrechos, mal ventilados y peor aereados son como cunetas donde toda incomodidad tiene su asiento y la salud de maestros y alumnos está en inminente peligro. No se desconocen los que acarrear la aglomeración imponderada y el contacto forzoso de unos niños con otros que torna posible la contaminación de enfermedades.

Hasta el día no se ha dado un tan solo paso que acerque la adquisición de buenos Edificios Escolares. El Gobierno que ve entorpecidos sus mejores proyectos por la escasez monetaria y que se encuentra en apu-

ros para responder a los enormes gastos de la administración, harto hace con sostener el tren de la enseñanza dentro de los límites bastante avanzados, en verdad, como lo observamos y sorteándose diversos cuidados, gravísimos, de atención inmediata, les presta la que merecen; dejando para ocasión más propicia, los que, como la enseñanza, *pueden esperar*, determinando así una preterición indefinida.

Las autoridades locales emprenden lo que está en su mano, que no es mucho, menos por imposibilidad de ejecución que por falta de costumbre o por creer que sólo al Gobierno corresponde la tarea y así asignan de los fondos procomunales una cuota mensual para cubrir el arrendamiento de los locales y si esto no les es posible, solicitan del Gobierno cubra el gasto.

Las familias se creen en absoluto desligadas de toda obligación escolar y aun se resisten a mandar sus niños a la escuela y no se mueven jamás en el sentido de introducir innovaciones que se traduzcan en beneficio de la enseñanza y ni remotamente cruzan por su imaginación que deben promover el adelanto.

Todos murmuran, todos se quejan, todos protestan y descargan en el Gobierno; po-

nen el grito en el cielo por la falta de progreso, pero niegan su óbolo, al menos no lo ofrecen nunca de buen grado ni se prestan desprendidamente a ser factores sinceros de ninguna tendencia viable de adelanto.

Pero no se debe seguir en tal guisa. El sentimiento del público progreso ha de despertarse y servir de estímulo a todos los elementos sociales. Atrás lo hemos dicho, existe latente el deseo del bien público y solicitado oportunamente, movidos los resortes del altruismo todos aportan su grano de arena a la obra común. Múltiples ejemplos se cuentan que dan fuerza a este aserto y la valía de la ayuda popular es enorme cuando secunda a los que piden su concursó. Ello nos demuestra que lo que se requiere para sacarle fruto es encarrilar las energías y sumarlas para obtener la potencia que puesta en servicio llevará al triunfo seguro.

Coloquemos esa potencia al servicio de la Edificación Escolar y en un tiempo relativamente corto, como Puerto Rico, como Estados Unidos, veremos erguirse en los mejores predios de las localidades hermosas casas de escuela.

Como unidad los más ricos son pobres, pero en conjunto, adunadas las fuerzas, se constituiría un conglomerado poderoso. No

nos falta juventud y por tanto energías y entusiasmo para dar cima a esta muy alta empresa y al concluirla dejaríamos de ser los pueblos turbulentos que no se toman en cuenta por su falta de seriedad e insignificancia y la vida nacional no sería más, obra del acaso, de la suerte, sino de tendencias perfectamente definidas y encaminadas al bien y al progreso públicos.

Si la obra resultara un poco tardada y no sirviera para nuestros hijos, ¿qué importa?, serviría para nuestros nietos y conquistaríamos, y bien justificado, el nombre de cultos y merecedores de los más altos destinos, y para ellos métodos de vida más en consonancia con el orden y la disciplina, de que por hoy carecemos.





IX

UN SIGLO DE VIDA INDEPENDIENTE

Un siglo de vida independiente llevamos y mucho se ha conseguido en el sentido de civilizar a las masas, pero todo ha sido a la ligera, con carácter provisional, esperando siempre un plazo indefinido para fijar la acción, comunicar más consistencia a la obra e imprimirle más eficacia.

Con el *statu quo*, aunque a pasos muy cortos se va adelante y ésto nos torna conformes y nos adormimos a la halagadora idea de que así, a poca, muy poca costa, estamos bien, que nada más necesitamos para nuestro bienestar y para la felicidad común, que se ha conquistado sin trabajo.

El ejemplo de los vecinos progresistas y de los lejanos adelantados nos deja como nos

encuentra engreídos con la perniciosa ilusión de que podemos parangonárnosles superando a muchos y no cediendo a ninguno, pues cuando menos somos sus iguales. Cuando se habla de inventos, de mejoras, realizados por allá suponemos que las condiciones de medio, de estímulo, de facilidades, etc., son las que los determinan y fundamos en el lucro todo impulso generoso, todo desvelo por un ideal, y como entre nosotros el medio es en verdad raquítico y no alienta los impulsos que piden ese empuje, nos quedamos a la vera del camino pobres tributarios de la industria, de la ciencia ajenas.

Nos disculpamos de mil maneras y decimos que la falta de guerras, (antes de la europea, cataclismo mundial, era ésto algo razonable), de la antigüedad de los pueblos, de la riqueza que se ha podido adquirir mediante dilatadas y perseverantes labores ofrecen un margen para el altruismo con el exceso de bienestar del hogar individual que se aplica sin sacrificio ninguno a la comunidad. No se piensa que las virtudes que inspiran tales acciones existen entre nosotros y los elementos para ponerlas en vigor también; nos ciega la indiferencia que nos impide la iniciativa oportuna o secundar la sollicitación que nos llama; se carece de la

costumbre de ayudar a los asuntos públicos si no es para motejar la acción gubernamental por lo que no se ejecuta bien o deja de ejecutarse, persuadidos de que nuestras incumbencias no traspasan el hogar doméstico particular y aunque nos sobre pujanza y no la utilicemos dentro de sus muros, toleramos el desperdicio, el deterioro antes que aplicarla a ayudar al vecino que está siempre padeciendo, falto de recursos y se ve que la comunidad languidece sin excitar el menor deseo de apoyarla.

No olvidar que generalizamos y que admitimos el renglón de las excepciones, que, como los oasis en los desiertos la feracidad de la tierra, testimonian que los buenos sentimientos se hallan en el valle de las lágrimas.

El mercantilismo como una enorme desgracia pesa sobre las sociedades modernas; la oferta y la demanda ocupan demasiado espacio en las mutuas relaciones de la convivencia, el egoísmo como un círculo máximo divide con infranqueables barreras a los seres racionales de todos los continentes y la propiedad privada en que vence el más ambicioso, el más glotón, el de tentáculos más prolongados, deja a las multitudes en la indigencia. En la lucha de la competencia

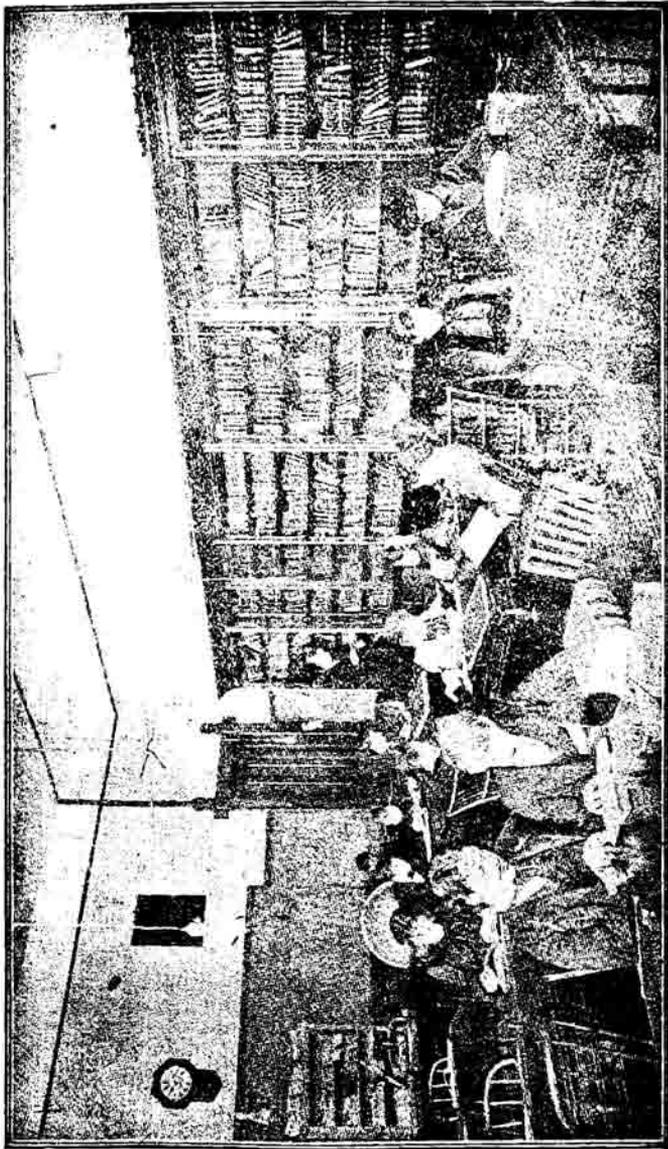
de compra y venta el lucro se disputa la primacía y siendo muchos los que pueden obtener son más los que ansían, los que nada pueden conseguir y por fuerza se han de conformar con lo perentorio, si son dichosos en alcanzarlo. La abundancia excesiva de unos cuantos marca la miseria lacerante de infinitos.

En los pueblos del viejo mundo, la experiencia ha enseñado muchas cosas buenas, y los pueblos vigorosos del nuevo de ellas han abrevado como en fuente inagotable la linfa del progreso y se han adaptado lo que más les ha convenido: y así oímos de continuo la relación que se nos da de su altruismo, magníficos hospitales, asilos para huérfanos y para toda clase de inválidos, incluso donde la miseria y aun el crimen pueden contar con un refugio para el hijo infeliz cuya madre engañada o viciosa, si se quiere, deposita el fruto de sus entrañas que de otro modo perecería, sin que sea forzoso exponer su rostro a la vergüenza y dar parte de su dolor o de su cinismo. Hay centros de asociación para los que estando saludables quieren asegurarse la conservación en el mismo estado y prever con una ayuda mutua la escasez de los tiempos malos. Enseñan que la mano

de los poderosos se tiende al que busca esfuerzo y que todos, según sus clases, sus gremios, sus tendencias, sus aspiraciones forman bloques compactos en donde las unidades integrales se hallan perfectamente garantizadas de no perecer porque la solidaridad que las liga las defiende.

Si de la Educación Pública se trata, sabemos que nadie es indiferente; que el concurso general permanece interesado y que se la cuenta como una obra que incumbe a todos y es claro nunca se oye decir: *eso no es conmigo*, si de impulsarla se habla y nadie niega lo que se le pide, y como las reglamentaciones adecuadas son de todos conocidas, cada cual con prudente anticipación conoce sus obligaciones y las cumple sin que requiera apremio.





Tipo de Biblioteca Escolar



X

LA RECAUDACION PROMOVERIA ACERCAMIENTO

Lo hemos dicho y lo vemos palpablemente, el Gobierno hace bastante por sostener en buen pie la institución escolar, se esfuerza cuanto le es posible por introducirle las innovaciones que las necesidades aconsejan y año con año gasta ingentes sumas en la complicada administración. Hay unidad y armonía en los trabajos que se realizan, pero el empuje podría ir más adelante, si la ayuda particular, sincera y bien intencionada aportara su valioso concurso y acuerpara la obra gubernamental con sanos propósitos: se adunarían dos grandes fuerzas y, encarrilados los quehaceres, todo marcharía con buen suceso, siendo así que no

sólo desaparecería la oposición sino que vendría una cooperación digna de loa.

Desgraciadamente los particulares no se creen con obligación de secundar desinteresadamente las obras que el Gobierno emprende y cuando a alguno se le pide tributo, a su vez pide la remuneración que cree corresponderle; la colaboración patriótica, honoraria, se presta mal o no se presta; las excusas llueven en los cargos gratuitos y cuando se aceptan por nadie son bien servidos, y se habla de ellos como de una carga, de un estorbo. De modo, pues, que las obras emprendidas en provecho del pueblo nadie las secunda si no es por un sueldo, acomodado, no al trabajo que en trañan sino a la categoría de la persona a quien se encomiendan. Aun los mismos trabajos remunerados son mal servidos, si no hay una útil inspección, ya por falta de idoneidad de quienes los aceptan, ya por indolencia, ya por otros motivos, lo cual pone de manifiesto la carencia de probidad profesional y quizás el antipatriotismo.

Claro está que hacemos referencia a los cargos que no ocupan tanto tiempo, una o dos horas semanales y fuera de las de trabajo, pues obligados a ganarnos la vida no se podría abandonar lo que la sustenta.

Pero hay obras de carácter público por emprender, que hacen tanta falta a los buenos servicios sociales y que realizadas producirían tanto bien que nadie debe rehusarse a yudarlas del modo que se le solicite y si para ellas la iniciativa privada es nula, que se oiga la voz del Gobierno cuando las emprenda. Tal es la obra grandiosa de la EDIFICACION ESCOLAR, a la que todos podemos y debemos prestar un contingente eficaz, sin gravamen de ninguna especie, porque en nada se amenguarán nuestros negocios ni los asuntos domésticos.

En este entendimiento, pues, si se acoge esta insinuación, convendría organizar por nombramiento directo las corporaciones que se encargarán de recaudar los fondos indispensables; éstas podrian llevar el nombre de *Juntas Populares, Recaudadoras de Fondos para la Edificación Escolar*, que, con un Reglamento *ad hoc*, funcionarían en toda la comprensión del Estado.

Tales Juntas se integrarían con elementos de todas las clases sociales y se harían presidir por los Jefes de los Ayuntamientos, y así habría en ellas hombres y mujeres, jóvenes y viejos para que resultaran corporaciones en las que el consejo juicioso y positivista se adunara a la acción vigorosa

del torrente juvenil para entre todos operar el ansiado resurgimiento.

La vida en los pueblos es por lo general monótona: se echan de menos distracciones cultas que produzcan grato esparcimiento; las familias que no están en abierta hostilidad, permanecen alejadas unas de otras sin querer relacionarse mutuamente; afectando con todo ello no sólo la vida privada, que resulta cansada y casi sin objeto, sino la acción social que jamás arriba a la comunión espiritual que mejora costumbres y torna a los individuos solidarios en sus intereses más elevados, haciendo caso omiso de los que llevan envuelto el tanto por ciento, egoista y cruel, que si asegura la vida material, relaja los sentimientos más puros de la humanidad y como una poderosa fuerza repulsiva separa las unidades de las colectividades que tienen destinos comunes y que debieran mantenerse adheridas firmemente y sin restricciones.

Con las reuniones a que daría lugar la Recaudación habría pasado sobrado para el íntimo acercamiento de las familias de cada vecindario y manteniendo una vívida emulación con los del contorno y aún con los más lejanos, estimulados por el aguijón de

conseguir mejor suceso para los propios trabajos, la comunicación sería general. El amor de la patria chica, sentimiento superior a todos los demás, sostendría en vigor el deseo de superar y de ello vendrían relaciones con todos.

Despertado el interés por la Edificación Escolar, lo que se verificaría con la mayor facilidad, pues todos comprenderían su utilidad máxima, una mano generosa tocaría todos los corazones y las puertas de la felicidad común se abrirían en un no lejano porvenir y ya no se cerrarían y darían paso a los moradores de todos los pueblos.





XI

ENTUSIASTAS LABORES DE LAS JUNTAS

Instituidas las Juntas, como se ha dicho, con elementos variados, con Reglamento a propósito para introducir a los trabajos la conveniente unidad, tendrían a su cargo la tarea de acumular en el menor tiempo posible, la suma indispensable a la erección de los Edificios Escolares que cada población demandare por su categoría.

Organizadas las Juntas y ya en el pleno de sus funciones establecerían Comisiones filiales auxiliares que cooperaran con ellas en todas las labores de la recaudación y pusieran en práctica los arbitrios ya conocidos como de buen efecto para el objeto y otros que en la práctica irían surgiendo al calor de la inventiva que aguzaría el entusiasmo.

Todos los pueblos tendrían en la absoluta comprensión del Estado una Junta de Recaudación y en las aldeas y cantones las habría dependientes de las del centro jurisdiccional y simultáneamente se acometería la empresa el mismo día.

En la sesión inaugural, a la cual se procuraría llevar el mayor número de personas de cada localidad, particularmente de las pudientes, se iniciaría la suscripción primordial en la que se admitirían las ofertas de dinero, de materiales o de simple trabajo personal para cuando las obras se realizaran.

En esta labor comunal ningún concurso sobra y toda cooperación es útil: los hacendados pueden obsequiar maderas u otra clase de materiales, prestar sus semovientes o sus vehículos para un tiempo dado, contribuir con brazos y ceder los terrenos o parte de ellos y los que no tienen más que su esfuerzo propio, como se ha dicho, pueden ceder una semana o más de trabajo.

Yo he visto un pueblo entusiasmado, en alegre caravana, ir en preciosas tardes estivales una y otra vez a acarrear materiales para la construcción de un templo; yo mismo, como en la más jocunda fiesta, con la bella exultación del momento, ajeno tal

vez a la magnitud de la obra a que daba mi colaboración en esa forma, me confundía entre la muchedumbre, pleno de la satisfacción de acompañar a personas estimadas. Se trasladó así mucha de la teja y del ladrillo que se ocupó. Manos sedosas sin temor a desangrarse con lo burdo del barro calcinado, envueltos en pañizuelos de fina batista o colocados en la cabeza sobre toallas de seda condugeron dos o tres ladrillos o tejas, que luego argamasados convenientemente enhiestaron los muros e integraron los techos del que en lo sucesivo fué templo donde los fieles piadosos concurren a elevar sus tiernas preces a la Divinidad de sus creencias, a hacer sus peticiones y desahogar sus pechos.

Con un fiel guía el pueblo es capaz de todas las acciones altruistas y en las humanas dados los tiempos que corremos, ninguna supera en interés a la que se propone la erección de Casas de Escuela para alojamiento de la niñez, depósito sagrado que la naturaleza ha confiado a los hombres, otorgándoles el amor para estimularlos a no abandonarla en ningún tiempo. Las Casas de Escuela, sacros templos adonde se ocurre a recibir los oráculos racionales que aclaran y desvelan el porvenir;

fuentes cuyas aguas tenemos el deber de mantener tranquilas, limpidas, puras de todo cuerpo extraño que pudiera sedimentarlas y enturbiarlas: en ellas se sumerge el ser llamado niño y adquiere su purificación o su contaminación.

En las *fiestas de caridad*, vemos a la juventud femenina de todas las clases sociales, hasta de las más refinadas, como graciosos y perfumados ramilletes de polícromas flores esparcir su alegría y su belleza como dones maravillosos al solicitar gentil y gárrulamente el óbolo público para la obra pía.

También a los atildados caballeros, apuestos y galantes, ansiosos de ser requeridos y acceder gustosos a la petición, que reciben como un favor, de las lindas solicitantes, los vemos, dando cuatro veces más de lo que se les pide con el doble fin de complacer a quienes solicitan y contribuir a la obra piadosa.

El entusiasmo cundiría por todos los rincones del Estado y las escenas alegres se multiplicarían en cada lugar si se lograra interesar en la Recaudación de Fondos para la Edificación Escolar a la bella falange de recaudadoras de esta especie que en cada localidad se podría reclutar.

¿Creéis que negarían su ayuda? ¿Creéis que no se obtendría el éxito más brillante si ellas la tomaran bajo su égida?

¿Cuánta animación no habría en todas las poblaciones al emprenderse en pro de la Recaudación de Fondos todas las reuniones que se podrían verificar?

Es entendido que todas estas actividades se desarrollarían cuando las faenas ordinarias de la vida doméstica, los negocios, lo permitieran, como en las tardes, a la entrada de las noches, en los días festivos. En una alternabilidad deliciosa se sucederían las más gratas distracciones: veladas, rifas, entradas, bailes, paseos campestres, en que gozando de los placeres más sanos y culturales se obtendría dinero sin sacrificio mayor.

La Edificación Escolar daría margen a otro derivado de trascendencia, y no es broma lo que digo, con la sociabilidad y el conocimiento mutuo, se originarían los matrimonios entre personas que hoy se encuentran distanciadas por el hielo de la incomunicación, de modo, pues, que desde sus trabajos iniciales sería la Edificación Escolar una fuente de bienestar y de dicha.

El resultado, en todo sentido, sería de un éxito brillante; y despertaría el univer-

sal entusiasmo, enseñando a abandonar la apatía por la cosa pública y marcaría, para todos los tiempos, nuevos y seguros derroteros a las actividades de quienes, por hoy, no saben que hacerse de ellas y desperdician un buen caudal de hermosas disposiciones para el progreso, anuladas en un desánimo abrumador y en una inercia letal, cuando no las dedican a persecución de placeres egoístas y efímeros a perjudicar a terceros.





XII

FONDO DE EDIFICACION ESCOLAR

No será cosa breve, sin duda, la recaudación de los varios miles de colones que cada población, según su categoría, necesitaría para la erección de sus casas escolares, pero trabajando con fe, sinceridad y empuje, con la perseverancia propia de lo magno de la obra, si se logra interesar en ella a todos o a la mayor parte de las personas residentes, en un tiempo que resultará corto, cualquiera que sea su duración, si por fortuna se lleva a cabo, se tendrá lo suficiente.

El trabajo es de hormigas y ya se sabe que estos industriosos insectos, que no se cansan jamás, nos muestran, de modo objetivo, un ejemplo palpitante de actividad,

de unidad en la heterogeneidad, digno de gran atención.

El fondo para la Edificación Escolar lo formarán, pues, las sumas que se obtengan por medio de las Juntas aludidas y lo que el Gobierno destine de los suyos, que pueden ser los arbitrios siguientes:

1o.—El fondo de caminos, mientras dure la recaudación.

2o.—Lo que en cada localidad produzca la exoneración de cargos concejiles y de milicianos.

3o.—Un % equitativo sobre el producto de ventas de plazas en cada localidad.

4o.—Un % equitativo por cada litro de aguardiente, si durante la recaudación aún existe esta renta.

5o.—Un % equitativo sobre la venta de puestos comerciales en las ferias.

6o.—El producto de multas, íntegro, por vagancia y por ebriedad.

7o.—Un % equitativo sobre los muebles o inmuebles que se vendan en subasta pública.

8o.—El producto de alcabala interior.

9o.—El producto de la cédula de vecindad, creada expresamente para mientras dure la recaudación.

10o.—Cinco centavos por cada telegrama que se despache a los particulares.

11o.—Cinco centavos por cada carta ordinaria que se expida al interior.

12o.—Cinco colones por cada pasaporte que se expida al exterior.

13o.—Cinco colones por cada persona que penetre por los puertos del Estado, si es posible establecer este derecho sin violar alguna ley internacional.

14o.—Cinco colones por la matrícula de cada perro urbano.

Los particulares podrían testar a favor de la Edificación Escolar.

Podrán dejar mandas o legados para el mismo fin.

Y todos pueden donar lo que a bien tengan.

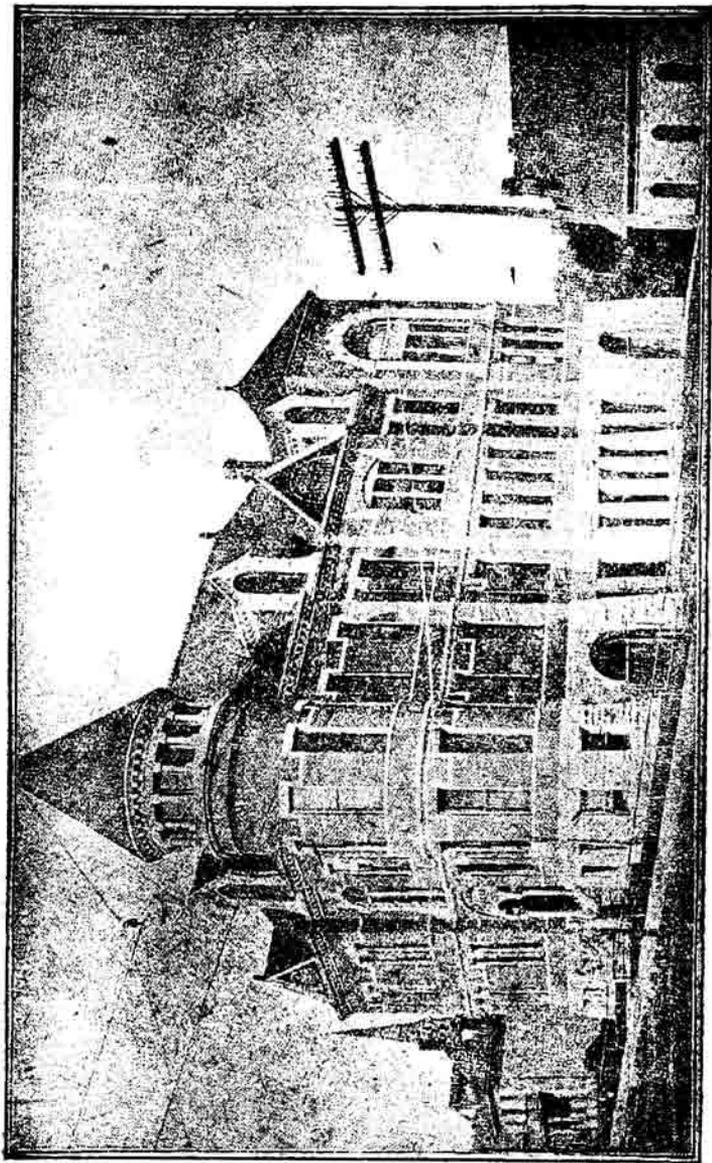
Las Juntas harán propagandas en este sentido, por medio de la tribuna o de la prensa, en los diarios o en sus propios boletines. Podrán colocar alcancías en los hoteles; en los restaurantes, en los mesones y casas de hospedaje, en las estaciones de ferrocarril, en las confiterías, en los cafés, en las escuelas públicas y en todos los demás sitios que se tengan por convenientes, con rótulos a propósito y en sitios bien visibles.

La educación del pueblo es útil a nacionales y extranjeros y aún a las relaciones de unos pueblos y otros, de modo, pues, que poner a contribución a todas las personas que habiten el Estado, cualquiera que sea su nacionalidad, en lo magno de la causa no será anómalo.

Aumentar cinco centavos a cada telegrama y a cada carta ¿será excesivo? Es un pequeño sacrificio, no hay duda, que la realización de la obra demanda; pero es tan vasta su proyección, que promete una compensación recrecida, un porcentaje insospechado.

En este concepto es de esperarse que nadie se disgustará por el ligero aumento, que será temporal, a sabiendas que se contribuye a la Edificación Escolar y con ello a la resolución de multitud de problemas, indicados en otra parte de estas sugerencias.

No debemos esperar que el Gobierno esté en aptitud de aportar él sólo todos los millones que la obra exige, porque no se llegará el día que eso suceda. Si se contratara un empréstito, como tengo idea de que se ha hecho ya en otra parte, para su pago hay que aumentar los derechos aduaneros, es decir, las rentas del Gobierno y nadie más que el pueblo ha de pagarlo.



Escuela Superior en Stillwater, Minnesota

Métase el hombro en la forma dicha al proyecto y dentro diez años, a lo más, veremos la esbeltez de los edificios alegrando con su nota clara todos los distritos escolares.





XIII

TIPOS DE EDIFICACION ESCOLAR

La Secretaría de Instrucción Pública, bajo cuyo patrocinio y control estarán las Juntas Recaudadoras, cuando lo juzgue oportuno abrirá un *Concurso de Planos* para los Edificios Escolares, comprendiendo, por lo menos, tres tipos distintos, en relación con las dimensiones y capacidad, o sean escuelas de un aula, de dos o de más de dos.

En los tres tipos habrá dependencias comunes: como habitación para profesores y otras que se mencionan a continuación.

En la obra del educacionista Baldwin «Dirección de las Escuelas», encontramos lo siguiente, que se refiere a Escuelas Rurales:

«La escuela no tendrá más de un piso en los distritos rurales; se dispondrá de una sala aparte *para cada cincuenta discípulos inscritos en lista*; si excediera el número de cincuenta, deberá destinarse una sala especial para las recitaciones. Esto permitirá al maestro realizar más, pues podrá tener alumnos que se estén preparando para la enseñanza, que se encarguen de dar algunas clases; en todos los casos, sin excepción, habrá puertas de entrada con pórticos exteriores y separadas para los niños y para las niñas; los pórticos han de ser siempre salientes del cuerpo del edificio; las salas de clases deben estar bien ventiladas; se hará que las vidrieras de las ventanas se corran y sostengan por medio de poleas y contrapesos. Los antepechos de las ventanas estarán a una altura de cuatro pies sobre el suelo; toda escuela debe estar provista de una campana; si el edificio es de ladrillo, las paredes deberán ser huecas, pero cerradas de modo que el aire no pueda penetrar en el espacio hueco, de lo contrario estarán siempre húmedas por dentro; se proveerán mesas, asientos, encerados, mapas, *biblioteca surtida* y demás material necesario para el mejor resultado del trabajo en la escuela; los excusados o

retretes y sus entradas deben disponerse de manera que no estén a la vista; se hará que la senda o paso que conduzca a esos lugares esté lo menos expuesta posible al agua o al lodo; nada desagradable han de sentir en ellos la vista y el olfato; las paredes de los retretes se conservarán enteramente limpias de rayas, letreros y dibujos y todo indicará el mayor aseo; en toda escuela donde se reúnan discípulos de ambos sexos, habrá, lo menos, dos excusados, tan separados entre sí, que ni de uno a otro ni al pasar cerca de cualquiera de ellos, se pueda ver u oír nada. Esto no se consigue por medio de un simple tabique de separación, sino poniéndolos a conveniente distancia uno de otro o a favor de paredes muy gruesas de piedra o de ladrillo, cimentadas en el suelo. Siempre que se omitan estas precauciones se cometerá un grave error; la altura del techo de la sala de clases no debe pasar nunca de catorce pies».

Hasta allí Baldwin.

En la actualidad hay mucho donde escoger sobre la interesante materia y entre sacándolos del *Manual del Maestro* para las Escuelas de Puerto Rico, damos los datos que siguen;

«La escuela, sus departamentos, pórticos y vestibulos, han de formar un todo completo y armónico, una sinfonia en efectos de colores, un léxico en arte, historia y patriotismo: el orgullo y la alegría de la comunidad entera. Todos los ciudadanos deben poder decir al forastero: *«Queremos enseñarle a Ud. nuestra hermosa escuela»*. La decoración de la sala de la escuela, desde el punto de vista arquitectónico, debe ser apacible y armónioso en color y arreglo. El color de las paredes se elegirá según la luz del salón. Si éste es caluroso y asoleado, necesitaría un tinte más oscuro y fresco que aquel que no recibe la luz del sol. Evítese el uso de los colores tristes, como el pardo o apizarrado. Los pasillos y cercanías deben cuidarse tanto como el edificio y si lo permiten sus tamaños, colóquense algunas repisas con bustos y moldes de yeso entre las puertas y en los vestibulos, fragmentos de arquitecturas y bocetos decorativos de yeso. Todo salón de escuela debe tener un busto o retrato de algún ciudadano eminente o patriota de la localidad, que se pondrá sobre el escritorio del profesor y a su alrededor se plegarán los colores de la patria: éste será el relicario del patriotismo.

«La cuestión del medio ambiente tiene tanta importancia que podría hablarse extensamente sin agotar nunca el tema.

Instintivamente comprendemos todos la influencia que ejerce sobre el carácter del niño lo que le rodea: los buenos libros así como las maneras finas. Si falta esa influencia en el hogar, puede suplirla la escuela. El lado estético de la naturaleza del niño, reclama especial cuidado, en modo tan imperativo, como las más atenciones que las escuelas están llamadas a satisfacer. La decoración de la sala ejerce su artística influencia sobre las facultades y fuerzas del niño. La momentánea impresión que pueden producir al discípulo los grabados no es el fin que se desea conseguir; no es ese el objeto artístico del adorno de la escuela. Deben presentar primeras líneas generales, colorido después, hasta llegar a formar gradualmente una combinación con el todo. Procuremos despertar en el niño el sentimiento de la unidad y de la armonía, cultivemos el respeto y amor por la belleza, llevándole a la idealización que es el gran poder del arte; procuremos, por fin, por medio del dibujo y de los recursos del lenguaje, aumentar la habilidad que requiere la instrucción artística.

«Un plano especial para la decoración interior de los edificios escolares de más pretensiones, como el expuesto recientemente ante la Asociación Nacional de Educación, deberá cumplir los siguientes requisitos:

«1o. Las paredes y ventanas han de ser pintadas de gris apagado o bien con los colores de la parte media del espectro solar, empezando por el azul.

«2o. La parte superior de las paredes ostentará un friso, y el cielo rasó de cada sala se podrá cubrir también con adornos de diferentes estilos históricos, colocando los más antiguos en los grados más bajos. Empléense modelos de pintura y escultura, colocando siempre en las clases inferiores los adornos más sencillos y de menor relieve.

«3o. Que se escojan las obras de arte en escultura, pintura, fotografía etc., para que sirvan a la literatura, al arte, a la historia y a la geografía que se estudian en los distintos grados.

*
* *

DISTRIBUCION POR GRADOS DE LAS OBRAS
DE ARTE

«*Sala del primer año*—El friso y el cielo raso consistirán en una pintura de estilo egipcio, representando flores de loto, escarabajos, un globo alado, y el manuscrito enrollado. Seguramente no hay planta alguna del mundo cuya influencia en el arte ornamental halla sido tan considerable como la de la flor de loto, pues desde la India hasta el estrecho de Gibraltar, los pueblos la han copiado durante miles de años. Además el niño podrá apreciar mejor, tanto en la forma como en el color, la sencillez con que las primitivas razas la copiaban. La literatura más apropiada para ese período de la niñez consiste en la relación de los mitos de Apolo y Cinderella, las historias del palacio de Circe, Ariadna, Pegaso, así como también Daniel en la cueva de los leones, Hércules etc. Que los demás trabajos artísticos se escojan para ilustrar estos últimos, usándolos como lectura, estudio o conversación.

«*Sala del segundo año*—El friso y el cielo raso de esta sala deben ostentar adornos griegos, grecas, serpentinas, los astragalos y las molduras del óvalo y la flecha. Los demás trabajos artísticos se escogerán de las historias de la Biblia, (1) las fábulas de Esopo, el matrimonio de Thetis, la Manzana de oro, el Arca de Noé, Robinson Crusoe etc.

«*Sala del tercer año*—El friso y plafón podrán presentar una decoración romana: por ejemplo, las hojas de acanto, las volutas, los capiteles, así como también los animales monstruosos, tritón, grifón y quimera. Los demás trabajos artísticos podrán ilustrar la historia de Pegaso, de Hércules, del rey Midas, del Bellerofón, el caballo de Troya, Pigmalión y Galatea, la carrera de Atlanta, Tántalo, el Río de Oro, por Ruskin, el Daffi-Down-dilly de Hawthorn la imagen de Niobe. etc.

«*Sala del cuarto año*—El friso y techo tendrán adornos bizantinos; es decir, decoración cristiana; se emplearán, pues, el lirio, la viña, la media luna, trébol, quatrefoil,

(1) El autor es protestante, téngase presente. N. del A

cinquefoil, etc., así como también los capitales bizantinos y todos los demás modelos. Por medio de fotografías, esculturas y pinturas, se explicarán las historias o mitos de Vulcano, Pandora, Orfeo, Júpiter, La Bella dormida, Proserpina, Marco Polo, el del Alfarero Bernardo Palissy, los cuentos de Hadas de Grim y otros apropiados a estegrado.

«*Sala del quinto año*—Decoración sarracena o morisca, florones, ribetes árabes, cintas, la estrella de Salomón, adornos de la Alhambra serán a propósito para el friso y cielo raso. La literatura de este grado, ilustrada por obras de arte podrá consistir en las fábulas de Júpiter, Mercurio, Carón, la Iliada y Odisea, los Peregrinos, Viajes de Gúlliver, Hiawatha, Hans Brinker, Antiguos cuentos Alemanes, la Alhambra de Irving, el Robinsón Suizo, etc.

«*Sala del sexto año*—Decoración gótica, como el diente del perro, el ballflower y las molduras en zigzag, la flor de lis, vidrieras de color, servirán para el friso y el plafón. La literatura ilustrada por medio del arte podrá consistir en la historia de Polidoro de Virgilio, de las Driades, y del flautista, de Ciro, Darío y Jerjes; el mito

de Cupidó, Rip van Winkle, Lady How y Madam Why, Reynard la Zorra, Tom Brown's Schooldays, etc.

«*Sala del séptimo año*—La introducción de la decoración del Renacimiento para el friso y techo, suministran una excelente oportunidad para repasar los diferentes estilos y demostrar su desenvolvimiento. Para lectura, ilustrándola por medio de las obras de arte, se tomará el mito de Laocoón, Teseo y la Amazona, el Sueño de una Noche de Verano, los Artistas Italianos por Vasari, Rasselas, el Rey de los Alamos por Goethe, Evangelina, Great Stone Face por Hawthorne, Sir Launfal por Lowell, Sir Galahad de Tennysón, etc.

«*Sala del octavo año*—Los adornos de esta sala que sean de moderno estilo en el friso y plafón. Escójanse los ejemplos de modo que ilustren lo mejor posible los principios del arte ornamental de todas las épocas. La literatura ilustrada por el arte, podrá consistir en la Athena de Rocken, Efigenia de Eurípides y de Goethe, Prometeo, Ben Hur, el Vicario de Wakfield, Ivanhoe por Scott, Niebelungen Lied, Pepy's Diary, el Fausto de Marlowe, Prue and I, la Velada Estatua de la Verdad por Schiller, etc.

«Grados de la Escuela Superior.

—Debiera explicarse en toda escuela superior un curso de historia del arte, independiente de la historia general o en conjunción con ella. Para ilustrar este curso habrá una colección de láminas representando obras de cerámica, arquitectura, escultura y pintura.

«Para la cerámica ténganse fotografías y dibujos de vasijas y vasos egipcios, griegos, romanos, chinos, japoneses de forma antigua y moderna.

«En arquitectura el Partenón, el templo de Vesta, el Coliseo y San Pedro de Roma, Santa Sofía de Constantinopla, San Marcos de Venecia, las catedrales de Colonia, Milán, Estrasburgo, Amiens, Reims (1), etc., y algunos monumentos notables de la patria.

«En escultura el friso del Partenón, el Apolo de Belveder, la Venus de Milo, el grupo de Niobe, la Diana y el Ciervo, Laocoón, el Moisés de Miguel Angel, el Seuz Olímpico de Fidias y otros.

«En pinturas, obras maestras como el juicio final de Miguel Angel, las figuras del

(1) Fué destruida por los alemanes en la última guerra. N del A.

techo de la Capilla Sixtina, la Transfiguración de Rafael, la Madona de la Sixtina, la noche del Corregio, la Cena de Vinci; la Sagrada Familia y la Inmaculada Concepción de Murillo, son algunas de las muchas obras de arte que se pueden estudiar en la escuela superior.

Es evidente que un proyecto de decoración interior tan completo y estudiado como éste sólo puede aplicarse a edificios de mucha importancia, pero, teniendo que llevarse a la práctica un completo plan de educación, no hay motivo para que en las importantes poblaciones no se construyan los edificios de un modo enteramente conforme, no sólo con los más altos ideales del arquitecto y del decorador, sino también con los del experto higienista y del pedagogo» En otra parte del mismo Manual, encontramos lo siguiente: «Es un asunto demasiado extenso para poder tratarse en este Manual, el que se refiere a la arquitectura escolar. Ya hemos hablado de la conveniencia de presentar la Escuela como un adorno de la ciudad, como un símbolo de sus ideales, como un tributo de respeto hacia la sociedad.

«Sólido y amplio habrá de ser el edificio, para que, en caso de huracán o de in-

endio pueda servir de refugio a la población entera si necesario fuese. Su capacidad debe ser suficiente para acomodar con comodidad a toda la población escolar del distrito reservando más locales en previsión del probable aumento de población de los niños. Donde el edificio sea de madera, que esté edificado sobre postes suficientemente elevados para que por debajo pueda establecerse la libre circulación del aire, pero desde el piso del establecimiento debe bajar hasta el suelo un enrejado que impida la entrada de los niños y de los demás animales. Que no esté situado, ninguno de los departamentos de la escuela, ni aún parcialmente bajo el nivel del suelo. El piso más bajo de un edificio, si es de mampostería, deberá hallarse a dieciocho pulgadas por lo menos del suelo, y al terreno se le dará, si es necesario, una inclinación del centro hacia fuera para que las aguas de los recios aguaceros no puedan estancarse debajo. La luz solar es necesario que ilumine todos los departamentos de la escuela en cualquier hora del día, y sobre todo durante las horas de clases; y que no haya árboles cuya sombra produzca humedad u organismos patógenos. Téngase en cuenta que el sol es un gran destructor de gérme-

nes, que purifica y desinfecta todo cuanto toca. Combate todo lo que alcanza la insalubridad.

«Los planos y reproducciones fotográficas que se hallan en este libro darán idea de lo que se quiere, y los municipios que desean construir buenas escuelas podrán utilizar las indicaciones que en ellas se bosquejan.

«Los edificios públicos construidos con fines educativos y que pertenezcan al distrito, resultan a la larga más económicos que los establecimientos alquilados. Para alojar 1.160 escolares durante el año 1899 1900, de un modo imperfecto y no satisfactorio, y en condiciones muy apartadas del ideal pedagógico o sanitario, la ciudad de San Juan pagó nueve mil docientos cuarenta pesos anuales, moneda americana. Esta suma representa el interés anual al 6% de ciento veinte mil pesos, es decir, una cantidad suficiente para construir y equipar una escuela modelo igual a las más adelantadas de los Estados Unidos. Se nos asegura que la relación que existe entre el alquiler y el valor de los edificios destinados a escuelas en los distritos del campo, llega al veinte por ciento y en algunos casos al cincuenta por ciento, es decir, que con la ren-



Una clase primaria en estudios del natural

ta de dos años se podría edificar el Establecimiento.»

Hasta aquí el *Manual del Maestro* puerorriqueño.

El señor Aguayo, en su excelente obra de Pedagogía, expone lo siguiente:

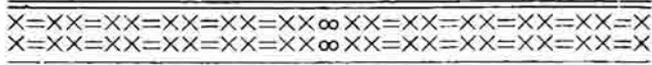
«*Educación estética.*—El gusto estético es, según digimos, producto de la educación. El hombre abandonado a sí mismo no adquiere sino una capacidad muy limitada para la apreciación de la belleza en la naturaleza y en el arte.

De aquí la necesidad de la educación estética del niño y, sobre todo, del adolescente. Esta educación puede llevarse a cabo por tres medios: 1o. formando en la escuela (y desde luego también en el hogar) un ambiente favorable al cultivo del buen gusto y la influencia provechosa del arte y la belleza; 2o. enseñando al joven a apreciar y a gozar de la belleza en la naturaleza y en el arte; y 3o. utilizando las artes escolares, el dibujo, el canto, el modelado, la composición literaria, la danza, el trabajo manual y la lectura y la escritura como medios de despertar, desenvolver y depurar el sentimiento estético.

«El edificio de la escuela debe ser bello y atractivo, y esta misma cualidad deben reunir las pinturas y el revestimiento de los muros, el mobiliario, el material de enseñanza (sobre todo los libros) y todos los demás objetos que la escuela emplee. El enemigo más implacable y cruel de la educación estética se halla en la vulgaridad del medio, en la influencia deprimente del mal gusto reinante en la escuela, en la casa, en la calle, en la vida social, en la prensa periódica, en los espectáculos públicos, en el arte popular. La escuela debe estar al servicio del buen gusto, presentándose siempre como modelo de elegancia y distinción, que no se oponen de ningún modo a la modestia y sencillez bien entendida.»

El adorno de la escuela pues, no solo atiende a la presentación agradable del mueble, sino, lo que es más interesante, a la educación estética del niño.





XIV

UN VISTAZO AL ESTADO ACTUAL DE LAS CASAS ESCOLARES

No pretendemos exagerar esta nota con el objeto de causar impresión y acrecentar el interés sobre el asunto que nos ocupa. Conocemos *de visu* casi todas las escuelas del Estado y estamos al tanto de sus condiciones y la exposición siguiente no es más que un vago reflejo de la verdad. Apelamos al testimonio de los señores Inspectores Escolares y al de los propios vecinos de las localidades de quienes esperamos ser leídos.

Los edificios escolares en la actualidad, por la propiedad, se dividen en nacionales, municipales y particulares, y en la mayoría de las poblaciones del país no se distin-

guen de las viviendas particulares más que por el abandono en que se les deja. Los nacionales se les repara cuando se pretende favorecer a un contratista o cuando están para caer, después de un largo lapso de descuido; igual cosa sucede con las municipales; en cuanto a las de algún propietario privado muy creído éste de que la suya está prestando un servicio nacional y que por lo tanto no está obligado a repararla, antes que hacerlo prefiere que se caiga por partes.

Las casas escolares nacionales han llegado a poder de la nación no por las ventajas que ofrezcan sino porque los propietarios no saben que hacer de ellas y contando con relaciones de personas influyentes las venden al Gobierno, dedicadas para las escuelas. Las municipales han sido tal vez hechas exprefeso, pero sin plano ninguno, no llenan sino de muy mala manera su objeto.

Tanto unas como otras han sido construidas para habitación de gentes que para nada toman en cuenta la comodidad o que se ven limitadas en sus gustos por la estrechez del terreno y otras circunstancias, se componen de cuartos oscuros, sucios, bajos, mal ventilados, que dan a patios reducidos e inmun-

dos o a calles ruidosas en las ciudades de movimiento, y tales inmuebles, habilitados a todo evento por la ingente necesidad en casas escolares, ejercen incalculables maleficios. En ellas hay que alojar dos o más grados en una misma sala, a otros en cuartos tenebrosos donde la respiración es difícil y que serían ideales para un tétrico alquimista de la Edad Media, mas no para un apartamento donde tres, cuatro y hasta cinco docenas de criaturas se envenenan el cuerpo buscando nutrir y fortificar su espíritu.

Después de estar los infelices estibados como fardos en bodega, ávidos de movimiento para desentumecer sus miembros rígidos por el encogimiento forzoso, son sacados a patios minúsculos en que apenas se pueden agitar y no les es posible dar pábulo a sus necesidades de saltar y correr y ésto cuando son afortunados, pues en algunas partes salen a la calle pública adyacente, por carencia absoluta de patio y allí están peor, pues los maestros temiendo las censuras no les permiten ni hacer ruido, menos las expansiones que precisan y que les son indispensables.

Infinidad de casas carecen de excusados: los niños deben ir a sus clases exonerados

de las secreciones naturales, porque en la escuela no hay local destinado a este interesante propósito y ya puede imaginarse lo aflictivo de la situación de los infelices que de momento se ven acometidos de una exigencia súbita, de carácter improrrogable; o soporta la horrible presión o tiene que perder el tiempo lectivo correspondiente para conducirse a lugar propicio. Ya se comprende que si hay escuelas sin excusado, las que los tienen, con rarísimas excepciones, son de pozo y en los que el aseo brilla por su ausencia. La *Oficina de Uncinariasis*, últimamente, se ha ocupado de una útil propaganda en el sentido de fabricar retretes de modo conveniente, obedeciendo a medidas sanitarias.

Algunas escuelas del Estado disponen de servicio de agua, pero la absoluta mayoría no cuenta con tan urgente dependencia y los niños, tan propensos a la sed, se ven en el caso de llevarla de sus casas en botellas u otros recipientes, presentando un mal aspecto.

Los pisos, por lo común, de arcilla cocida ordinaria, como los desiertos africanos están perennemente ávidos de una gota de riego y la escoba, cómplice forzado de las enfermedades contagiosas, manejada por las

manos de los propios niños, levanta nubes de polvo, que con el desgaste existe desmenuzado en cantidades increíbles y con él millonadas de bacterias que la saliva y los esputos han acumulado. Este polvo cultivado flota en el espacio reducido y se acomoda donde halla lugar: las narices, las bocas, los oídos, la piel, los vestidos de infantes y adultos y un buen remamente queda a buen recaudo en todos los muebles, de donde es desprendido para que haga de las suyas con la más ligera ráfaga de brisa y alguna parte se eleva y halla sitio en los hoyos de las paredes, que se convierten en estrellas, gracias a las arañas, esas artistas naturales que las tejen después de haber llenado de inverosímiles festones, de poliforme dibujo, las esquinas, las vigas y todo lo que ofrece un sustentáculo colgante, haciendo uso de una libertad que nadie les coarta.

Una flor jamás ha puesto su pincelada de belleza en el cuadro sombrío de tales escuelas, el jardín no entra ni en el terreno de las posibilidades y el árbol, con su nota verde y su oxígeno, está muy lejano del plantel.

En éste reina la aridez, en disputa de su imperio a la tristeza; la imaginación in-

fantil, huérfana, está constantemente sin paso a las evoluciones a que dan lugar los objetos bellos. Para el niño, nostálgico de las caricias y suavidades del hogar doméstico, alegrado con la presencia de los padres y de todos los miembros de la familia, todo es torturante en las escuelas de esta laya: la cara hosca del dómine, desnutrido, sin sueldo, que, víctima de la sociedad, a su vez, inconscientemente, se venga en él, incapaz de resistir a los impulsos que en su miseria le asaltan; las casas destartalladas, feas, repulsivas; las lecciones, como dogma inflexible impuestas, fatigando su memoria; la violencia con que sus padres lo estimulan a frecuentarlas, no porque se aprovechen del bien que en ellas se imparte, sino temerosos de que les impongan las multas con que a diario los están amenazando; y, todo, en fin, lo que se encierra dentro del círculo de la enseñanza, que para él, el infeliz impúber, es un continuado suplicio, máxime desconociendo como desconoce la utilidad de su sacrificio.



XV

EL INDIFERENTISMO AMBIENTE POR LA ESCUELA

Si salimos de los muros escolares y damos una paseada por la población, nos sorprenderá el desconocimiento absoluto de la generalidad de los vecinos en lo que atañe a la educación.

Si conversamos con un vecino de la clase pobre, nos hablará mal del maestro y de la escuela; si le preguntamos qué idea tiene de los beneficios que reporta la enseñanza, nos dirá que lo ignora, si es que entiende nuestra pregunta y con una especie de rencor afirmará que la escuela le ocupa el tiempo de sus hijos impidiéndole emplearlos en faenas que ayuden al hogar y, sobre eso, que no es poco, está

precisado a alimentarlos a hora fija y a vestirlos con decencia y a mantenerlos constantemente aseados, cosas todas a que en realidad está obligado en su calidad de padre, pero que, en otras circunstancias, no le serían una carga; y después de todo, como si no fuera bastante, lleva sobre sí la amenaza perenne de una multa por las faltas, que si no se hace efectiva, lo mantiene en continua zozobra; en resumen, la educación gratuita para este vecino y con él para la clase entera, es un sacrificio y una serie prolongada de disgustos y contrariedades.

Si el vecino es de los pudientes o de los medianos, que para el caso es lo mismo, nos dirá con el más profundo desdén, que no ocupa la Escuela pública y que por tanto le es indiferente su existencia y todo lo que con ella se roza. No sabe como se llaman los maestros, no los ha visto nunca y si algo de ellos ha llegado a su noticia, es que trampean, que son borrachos, indolentes, ignorantes, azotadores, inútiles, que escandalizan con su conducta y que nadie los estima. Si le preguntamos su opinión sobre la enseñanza, dirá, si presume de entendido, lo que bien puede suceder, que los niños de la gente pobre no necesitan de la instrucción, dados los trabajos a

que están fatalmente destinados, que lo ordinario es que pierdan el tiempo durante los años lectivos, pues si algo aprenden, que es remoto, no podrán aplicarlo y si salen regulares para las letras, en lo sucesivo odiarán los trabajos rudos del campo y los de un oficio y que por ello hay abundancia en las grandes ciudades de individuos que se dedican al vagar forzado, pretendientes de empleos públicos o privados, parásitos presupuestívoros, empleomaníacos empedernidos. Si lo interrogamos acerca del interior de la Escuela nos contestará que no la ha visitado nunca, sumamente extrañado de semejante inquisición y pensando para su camisa, «¿creerá este hombre que soy loco?» o bien, «este hombre es loco, sin duda».

Si nuestra plática es con algún miembro de la autoridad local, obtendremos algo como lo siguiente, extracto de lo que opina el Secretario Municipal, al má del Concejo: «Los maestros de escuela son muy inconsiderados, a sabiendas de las dificultades de los pobres padres de familia no perdonan ninguna falta de los niños, perfectamente seguros de que, como ellos no hacen efectivas las multas, la responsabilidad no es para ellos; por su zaconería llue-

ven las enemistades y para evitar éstas, aunque los tales maestros ponen el grito en el cielo, se echan las listas a la basura o se archivan para memoria de su intransigencia; además, la escuela no marcha, por la incapacidad pedagógica de los encargados de ella; la enseñanza siempre está en mantillas, atrasadísima, y como los muchachos no aprenden nada, los padres a una se niegan a mandar a sus hijos». Total, que hay bancarrota escolar, y que la autoridad local, bien hallada con la inercia, no ayuda y contribuye, deseando evitar sus responsabilidades, al descrédito educativo.

Los miembros de la Comisión de Educación, agricultores, artesanos o profesionales, por lo regular no visitan la escuela; entregados de lleno a sus quehaceres, no pueden dedicar su tiempo a esa tarea gratuita. Entre la clase más incipiente, no faltan algunos *dedicados* que hacen acto de presencia con más frecuencia que la precisa en los planteles y tomando por lo serio su papel se irrogan atribuciones que no pueden habérseles encomendado, como son las de la técnica de la enseñanza, y haciendo a un lado la asistencia de los niños, en que pudieran prestar buen concurso, procurando aumentarla, piden al profesorado

que examine y luego, huecos, hacen redactar el acta por el Director o un profesor para afirmar que todo marcha a las mil maravillas, incluso la asistencia, exceptuando el día presente que por una *contrariedad* ha rebajado a una tercera parte de la matrícula, debido a las pestes reinantes. Esta acta se concluye indefectiblemente por pedir al Director confeccione una lista de los útiles más indispensables para ordenar su inmediata provisión. En tal lista se consignan escobas, tapetes para las mesas, cántaro para agua y vasos, etc., y luego la de los niños faltistas sin causa justificada. Se excita al señor Alcalde para que a la mayor brevedad conceda todo lo pedido y que apremie a los padres de familia por las faltas de sus hijos. Y allí pára todo; ni se dan útiles, ni se citan los huyones.

Si nos encontramos con algunos niños, no vemos que se distingan por su buena crianza, no saludan a nadie, vociferan como carreteros, van mal trajeados, parecen consentidos, pequeños y terribles tiranuelos que hacen lo que se les planta, sin sujeción a nada. Si conversamos con alguno nos dirá que en la escuela lo flagelan porque no sabe la lección, porque llega tarde, porque no lleva útiles, porque su ropa no tiene boto-

nes, por delación de sus compañeros, por todo; lo que avisa que la pena de azotes está acordada para todas las faltas, aunque éstas no sean precisamente del niño, como la decapitación en las leyes de Dracón. Si queremos saber de sus labios si ama la escuela, nos dirá que no la ama, porque no le produce más que disgustos. El maestro *siempre está bravo*, jamás sonríe y es despiadado para castigar y lo hace de todos modos, cuando habla, con insultos que degradan, cuando acciona con golpes en cualquier parte del cuerpo hasta levantar chichón si es en la cabeza o dejar las huellas si es en otra parte. Por eso él le huye y se resarce *capeando* lo más que puede.

Si nuestra conversación es con el Director de la escuela o con algún individuo del personal docente lo encontraremos quejoso de la falta de protección que se nota para el magisterio y para la enseñanza y todas sus dependencias; nos pondrá al corriente de que el abandono en que las familias tienen la educación pública es rayana en lo inverosímil y que no se explica más que por la prevención hacia el maestro, que todos tienen en el más completo olvido si de su protección se trata; nos hablará de cierta hostilidad que se nota de parte de las au-

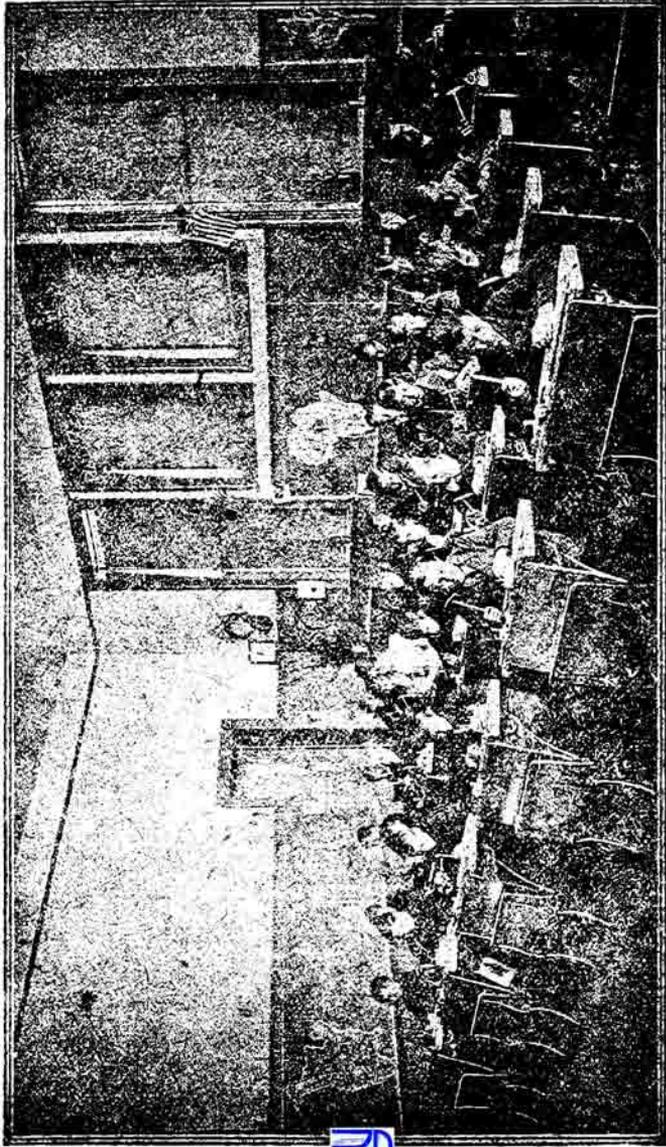
toridades locales las que lejos de convertirse en protectoras son sus opositoras en confirmación del dicho del gran filósofo español Eduardo Benot, quien afirma que la escuela puede resumirse en esta frase: *lucha entre el Maestro y el Alcalde*, en que vence la tiniebla que está al lado del segundo.

En la *Escuela Rural* la nota se acentúa más. Las gentes de los campos son anuentes y mandan sus hijos a la escuela, no comprenden el valor de la enseñanza, puesto que ellos están al margen, pero respetuosos a las disposiciones superiores obedecen de buen grado; son ingenuos por la misma sencillez en que viven y mandan a sus muchachitos hasta de cuatro kilómetros de distancia, con el almuerzo para evitarles dos viajes. La pobreza del techo en que se alberga la escuela, que en nada semeja un templo de Minerva, guarda paridad con todo lo que bajo él se asila: incluso la incapacidad absoluta de la maestra, que reclutada en algún barrio de la capital del departamento u otra ciudad, no cuenta con más luces que el *decorado en libro* y el conocimiento de las cifras arábicas, sin nada que se roce con sus leyes.

El lugarón es áspero, desolado, triste hasta más no poder; las gentes, en su mayo-

ría colonos de alguna propiedad aledaña, viviendo en la más completa estrechez, son, tal vez a su pesar, inhospitalarias y no ayudan a combatir la miseria que rodea a la maestra. Esta pobre mujer que se encarga de abrir y cerrar la escuela y tener bajo su custodia durante las horas lectivas a los campesinitos, participa en grado máximo de las escasez ambiente y sólo porque de otro modo no puede ella ganarse la vida soporta una situación tan precaria y tan inmutable.

El ánimo se contrista al contemplar tanta lobreguez, orfandad tanta, tal lejanía del ideal escolar reunidos en el mismo reducto: no sólo eso, la vida con la menor cantidad de expansión se echa de menos: la civilización apenas está representada por algunos cuadros murales en pésimo estado, algunas barritas de yeso, de que la maestra es avara en la certidumbre de que la reposición es dificultosa al agotarse la provisión, en unos cuantos libritos y algunas pizarritas, el mapa regional; el resto de lo que en el ámbito se contiene es rústico hasta lo imponderable y el servicio que presta es forzado. Los niños se sientan en trozos de madera o en piedras y a veces en el santo suelo. ¿Qué finalidad persigue la vida que en ta-



Clase de ejercicios manuales en el Salón de una Escuela de St. Paul, Minnesota

les condiciones se puede llevar? No es halagadora, y por ello las luces están en bancarrota en la pobre *Escuela Rural* y ésta no saldrá de su abatimiento si no se imprime un cambio radical en su actual régimen.

En los predios rurales se ve gente honrada, bondadosa, tímida, que no opone más que su rusticidad sencilla a las disposiciones superiores; niños tal vez traviesos, que ello está en la naturaleza humana y maestras sin la menor experiencia en el oficio que desempeñan y en lo absoluto desprovistas de dotes pedagógicas. Así como ellas aceptan el empleo por ser su único medio de vida, a ellas se las acepta porque son las únicas que se pueden avenir a una vida de tantas privaciones en un medio tan ingrato.

*
* *

¿Qué sacamos en limpio de tan difusa relación? Que hay muchos anhelos de cultura, y que para conseguirla se invierten cuantiosas sumas, por parte de los dirigentes; pero que todo queda neutralizado en cuatro quintas partes de su eficacia por el poco acierto en la escogencia de medios para reali-

11-

zarla. No se ha conquistado para la Escuela ni siquiera la confianza de que es ella la redentora de los pueblos, no se ha podido restar la prevención ancestral de que ha sido infeliz objeto desde su fundación y nada se espera de ella y por eso se la relega, resignada como está en manos de quienes nunca la redimirán ni levantarán de su fatal abatimiento.





XVI

LA NUEVA ERA

Supongamos que ya se ha efectuado la Edificación Escolar, precisamente por el sistema que proponemos y que, en consecuencia, todas las ciudades, pueblos, aldeas, y cantones del Estado cuentan con apropiadas casas de escuela.

Observamos que nadie es indiferente a los monumentos, «adorno de la población, símbolo de los más bellos ideales y tributo de respeto a la sociedad» y es que en ellos todos tienen puesto su grano de arena, todos se enorgullecen de las obras reconociendo en ellas el más legítimo producto de los esfuerzos más nobles y levantados y las ven con amor y al compararlas con las de sus vecinos las hallan mejores por

un sentimiento disculpable y permanecen interesádos por su buena conservación y se apresuran, es claro y justo que lo hagan, a aprovecharse del servicio para el cual se han erigido y nadie rehusa su concurso en ningún sentido y menos se niegan a enviar sus hijos a recibir el fruto espiritual que en ellas se imparte.

Las personas que antes han desdeñado la escuela comunal para sus hijos, cuya educación han podido costear de su peculio, ya en su propia localidad o enviándolos a otras partes, desaparecidos los motivos que determinaban su conducta los matriculan gustosos en ella. Prontos y magníficos resultados vienen con múltiples satisfacciones a colmar sus anhelos, sin ocasionarles gastos extraordinarios, por lo cual se felicitan una y otra vez de contar en su propio vecindario un centro educativo ideal; y así, los que antaño contribuían con una actitud hostil al desprestigio de la escuela popular, teniéndola en menos que en poco, en nada, en una palabra, son ahora sus más celosos defensores y los incansables voceros de sus reconocidas excelencias.

En lo anterior, por un acto de vanidad reprochable, puesto que se fundaba en el más escueto egoísmo, se vanagloriaban *de*

tener a sus hijos en el Colegio; hoy, con legitimidad, con causa efectiva y noble se enorgullecen de no necesitar separarse de sus hijos para educarlos, porque la Escuela Primaria de su localidad da pábulo a las mayores exigencias y satisface por de contado todas sus naturales y justas aspiraciones en este sentido. La educación básica de sus niños no les causa gastos extra y los fondos en ello empleados, que no eran pocos, los aplican buenamente a otras atenciones del hogar o en beneficio de la propia Escuela.

Hay mancomunidad de intereses educativos con lo que han desaparecido ciertas divisiones irritantes, se ha generado una fuente de relaciones cordiales entre los habitantes todos de cada población y el retirar beneficio no está en razón directa de la mejor condición social sino de las mayores cualidades de talento y dedicación de los propios escolares; la emulación entre éstos es positiva en un terreno lícito; no hay hostilidad y no existe humillación en aceptar el servicio gratuito de la Escuela Primaria, a la que estiman por igual ricos, medianos y pobres, y todos la buscan como a la bienhechora universal, la amorosa madre de todos, que sólo ve hijos en los que

en ella reciben la luz, y no prefiere a nadie, ni siquiera a los virtuosos y a los de más talento.

Unos reciben sin retribuir nada, en ninguna forma, porque son pobres, pero nunca contribuyen al descrédito nacional abandonando las aulas; otros, si a bien lo tienen y lo tienen en efecto, son protectores de la propagadora de bondades y recibiendo a manos llenas, brindan su cooperación para el mantenimiento perfecto de la institución, pues si es cierto que el Gobierno sigue velando aun con más asiduidad y con mejor éxito el progreso escolar, la ayuda particular, individual y colectiva le viene bien, siempre que se le imparte.

Ha pasado a la historia y ocupa las páginas que no se abren nunca para evitarse un sentimiento agudo de pena, la indiferencia, la hostilidad, que en los tiempos de atrás, que alcanzan hasta los que actualmente corremos, se tuvo por la instrucción primaria y poseídos todos de la indiscutible influencia de su alta misión civilizadora, les parece exageración lo que se narra sobre este particular.

Y todo justifica la preferencia y cuidado de que es objeto la Escuela Primaria y todo lo que se roza directa o indirectamen-

te con la educación. En efecto, los Profesores, a cuyo cargo corre su difusión, ya no se improvisan, no se toman ya del espumón que las aguas del vivir forman en la superficie de las sociedades, y que sin lastre mental flotan en las ondas de la ineptitud, llamados a desaparecer, como las pompas, convertidos en una ligera cantidad de gas. No se permite que individuos sin ningún criterio educativo, sin la suma de conocimientos generales y particulares que garanticen un buen servicio, vayan con su mala conducta, con su ineptitud, a frustrar todos los cálculos, todas las previsiones, todos los justos anhelos que han dado vida y vigor a la magna obra y fe para su sostenimiento; todos se niegan a alojar fracasados intelectuales en los olímpicos alcazares levantados por el esfuerzo común a Palas Athenea.

Los maestros todos, son, por el contrario, individuos, si bien modestos por el cabal sentimiento que tienen de su misión, correctos, preparados extensa e intensamente en todos los menesteres de la profesión y nunca desdican de ella ni con el poco celo que dedican al cumplimiento de sus deberes sociales, para lo cual disponen de los elementos indispensables, ni sin los más

interesantes que reclama imperiosamente el cargo. Merced a su inteligente influjo, como a la del sol y la benéfica lluvia, la útil germinación de las plantas, en todos los predios crecen las nociones de las virtudes sociales y las disciplinas que cultivan el espíritu y provocan amor al estudio, curiosidad por la investigación científica y la de los densos misterios que rodean la existencia y dan margen a la más profunda admiración por lo creado y su Autor, que permanece inasequible. Los Maestros, en una palabra, son sacerdotes dignos de los templos que se han erigido.

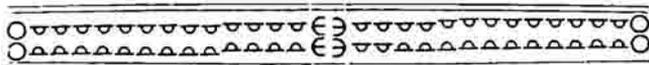
Los edificios no admiran por su lujo sino por su sencillez y elegancia; en ellos nada es arbitrario ni imprevisto, la disposición de cada cosa responde a la satisfacción de una necesidad y su orden es normativo de disciplina para todos en la localidad; prevalecen juntamente la utilidad y el buen gusto en un feliz consorcio.

El ornato de los Edificios Escolares está justificado por mil títulos. Los que no hemos tenido la dicha de nacer en países refinados o de viajar por ellos y que sabemos de la existencia de algunas cosas bellas por lecturas, tenemos por fuerza, una idea vaga, imprecisa, inexacta de las sutile-

zas del arte; cuando hay buena memoria se retiene un fárrago confuso de lugares comunes y de técnicos que, sin aplicación al objeto real que describen y se ha querido que evoquen, se confunden en la mente como los colores del espectro solar se confunden, hasta perderse, en la obscuridad. No es posible la concepción de algo que no tenga el asidero de una forma antes vista, de una impresión anterior aunque no sea más que vaga del objeto y todas las explicaciones que se nos den para que las comprendamos son vanas. La imaginación individual tiene sus propias tendencias y cada cual ve o percibe las cosas de un modo que le es peculiar. Por ejemplo, yo conozco una plaza, muchas plazas, si me refieren algo acaecido en alguna, aunque no sea de las vistas por mí podré localizar el asunto: oigo y mentalmente construyo; veo un sitio conocido y en él imagino las escenas. Despertada mi curiosidad si es posible el reconocimiento del lugar en que los sucesos se han efectuado, voy a él con el propio narrador que repite la narración. Noto que la imagen que me había forjado del lugar en nada se parece al real aunque tenga los mismos accidentes. Igual cosa ocurre con las personas, la figura que con-

cebimos de ellas no se les parece nunca. La representación material, pues, es urgente cuando queremos comunicar ideas de cualquier naturaleza, por eso como atrás queda dicho, al reproducir lo pertinente al decorado de las salas de clase, los buenos ejemplos de belleza deben multiplicarse ante los ojos del niño, y que éstos sean vaciados en tipos de arte puro y bello y en nuestras construcciones escolares existen en persecución del doble papel de producir una impresión hermosa, haciendo bella la mansión de la niñez y el más interesante de preparar a sus componentes despertando sus sentimientos estéticos para que en su oportunidad sean productores de arte y puedan imitando los modelos con que sus facultades se han familiarizado adivinar los secretos que la naturaleza reserva al genio.





XVII

LA CONVERSION

A la indiferencia glacial ha sucedido un entusiasmo remarcado y la enseñanza y todas sus dependencias son objeto del interés más palpable y legítimo.

Las casas escolares son bellas y ocasionan a los nativos un orgullo explicable, pues es hijo no del egoísmo sino del sentimiento patrio más levantado y noble; cuando algún forastero pisa el terruño es excitado a porfía a no marcharse sin visitarlas.

El acuerdo entre los padres de familia y los maestros es perfecto, el acto de presencia de los primeros en las aulas es constante y no para reclamar contra los segundos por alguna represión a sus hijos, sino para cerciorarse en qué forma pueden se-

guir prestando su valiosa cooperación en la labor que ahora interesa a todos y se tiene por común.

Las autoridades, protectoras de la educación, son proveedoras de elementos y su vigilancia y su celo ha cesado en parte, pues para nada se ocupa en estimular al profesorado al cumplimiento de sus deberes y en apremiar a los padres para que manden sus hijos, que ya no es necesario y ahora su misión se reduce a velar porque nada falte para el constante progreso que es positivo y visible. Tiene carácter de leyenda la relación tradicional de que en otras épocas se multaba a los padres de familia porque no eran cumplidos en mandar sus hijos a la escuela, y muchos optimistas y conocedores de las prácticas en boga, convencidos de los grandes beneficios populares rendidos por la educación se niegan a creer lo que tienen por fábulas para ponderar nuestro atraso.

Las Escuelas Normales, han producido maestros excelentemente preparados en número suficiente y todos los que funcionan, en su mayoría hijos y parientes de los que han dejado los puestos, forma que en parte compensa sus útiles servicios, son de la nueva generación, y cuentan con una ins-

trucción enciclopédica general y la parcial de un ramo que torna a cada uno especialista.

No hay incongruencia entre el Plan de Estudios racional, elaborado con vista de las necesidades ambientes, los Programas, la competencia de los institutores y los medios auxiliares.

La Escuela rural ya no se limita a recibir unos cuantos niños y niñas para que estén en su recinto unas cuantas horas; la maestra intonsa que la falta de recursos echaba antes a las huestas espirituales sin más preparación que un abecedario en su mochila, ha desaparecido por completo. No es la Escuela Rural la huérfana desamparada, recogida por la mendicidad intelectual y moral, sino la cultora de los hombres de los campos y de sus hijos; los maestros que en ella funcionan merecen bien de la Patria y de la diosa Ceres, que los ha dotado con las virtudes que inducen al hombre refinado por el estudio a sacrificar sus aspiraciones de sociabilidad y acomodarse a la vida rústica, que acaba por hallarle encantos. Así como la henchida mano de la hermosa vaquera extrae nutritiva leche de la ubre de la vaca, ellos sacan pasto para su espíritu de la agreste paz, arrullados por

el susurro del aire en las frondas, por el canto de los pájaros, atraídos por el perfume de esas flores silvestres, por los niños de los campos, que ellos han civilizado en su jardín, dulcificando la gárrula vocinglería de los discípulos que los aman, que progresan y que les ocasionan la satisfacción de ser llamados *Beneméritos de la Enseñanza*, por el Poder Público, premiado de sus esfuerzos, y viven felices, habituados a los placeres sencillos y fortificantes de la campiña, que ellos han sabido crear.

La Escuela, ubicada en el centro de la población escolar, es alba pincelada entre la verde arboleda que la circunda; es risueña, es encantadora, es el palacio montañés que una hada buena ha construido para una princesita hija de un rey poderoso: la *Niñez*; es el templo de Minerva, levantado en terrenos de Ceres, donde la flamígera antorcha de la ciencia ilumina las espigas del maíz. A ella se conducen los campesinos los domingos, a oír la palabra instructiva del maestro que para ellos tiene también su rutilante expresión, y a su influjo salen del limbo de una casi inconsciencia y penetran al cielo de las libertades públicas donde el sol brilla esplendoroso. El arte pictórico tiene en ella bellos ejemplares; la

música esparce sus ondas y satura los ámbitos de armonías; la estatuaria no es incógnita, los bustos de los grandes maestros de la Pedagogía y de los bienhechores nacionales se ven en las repisas, en los vestíbulos; la arquitectura tiene magnífico representativo en el propio edificio y el arte en todas sus manifestaciones se hace representar en alguna forma.

Se ha comprendido y se practica lo que dice el fondo del siguiente pasaje que tomamos de la fuente citada atrás:

«En ciertas partes de Francia y de Alemania se ha hecho mucho con el fin de mostrar los principios más elementales de agricultura, utilizando al efecto el interés que despierta en los niños el adorno del patio de escuela. La ciudad de Sparta, en Wuisconsin, tiene un hermoso parque escolar debido enteramente al trabajo personal de los alumnos, quienes le dedican su tiempo y labor, así como también sus escasos ahorros, con igual espíritu de público interés que anima a los más ricos ciudadanos de una municipalidad para la construcción de sus parques. El jardín de la escuela tiene su mérito económico. Un informe de Francia dice que, al principio, los labradores se ope-

nían a la enseñanza de la agricultura por libros, como llamaban ellos a esos trabajos, pero cuando vieron que aquellos productos resultaban superiores a los suyos propios, se apresuraron a recibir lecciones, y el Inspector General de Instrucción Pública, M. Boutan declara así en su informe: «Podemos citar varios departamentos en los cuales, gracias a la iniciativa del maestro, la riqueza del país ha aumentado anualmente, convirtiéndose la exportación de frutas finas en fuente de beneficios considerables. «No cabe duda de que la agricultura y el hogar serán favorecidos gradualmente por la general difusión de los conocimientos en horticultura y especialmente el cultivo de flores en el jardín de la escuela, bajo la dirección de maestros competentes.»

He aquí otra cita sugestiva del poder del buen maestro, que hace la buena escuela.

«Sabemos de una maestra que se hizo cargo en los Estados Unidos de una escuela del campo, aislada y descuidada; la sala estaba vacía y triste; las paredes desnudas y sin adornos, cubiertas sólo por una cubierta de yeso amarillo y toda agrietada; los muebles viejos y rotos. Dicha escuela, en fin, demostraba poco cuidado de parte



Minneapolis - sewing



St. Paul - Sewing



Minneapolis - Sewing



St. Paul - Cooking

Clase de Costura y de Cocina en las Escuelas de Minnesota

de la comunidad y de los mismos niños. Ella se proporcionó algunos sencillos adornos y con la cooperación de sus alumnos empezó a limpiar paredes y cristales, a sacudir el polvo y quitar las telarañas de los rincones. Colocáronse luego limpias cortinas, sencillos floreros con ramilletes de flores silvestres, arregladas por manos cuidadosas y grabados baratos en las paredes, acabando así con su desagradable monotonía. Se transformó de tal manera la sala en algunos días que era desconocida, y esa transformación influyó también muy favorablemente en los mismos alumnos. Se obtuvo más fácilmente el orden y la disciplina; los niños limpiaban sus zapatos sucios a la puerta, sin necesidad de advertencia o reprimenda de la maestra; se presentaban en la clase a la hora señalada y demostraban en sus trabajos un interés desconocido hasta entonces. Ese interés se extendió de los niños hasta sus padres y con el tiempo fué despertando la generosidad de éstos de tal modo que la escuela, que había sido lo más bajo en su género, llegó a ocupar el puesto más elevado en todo el vecindario»





XVI

LOS CENTROS DE LA CAPITAL

San Salvador, por su categoría de capital del Estado, por su población escolar numerosa y otras razones de gran peso, como la económica, ha sido objeto de especial atención: demandaba un esfuerzo mayor y no se ha omitido.

Con sus cien mil habitantes necesitaba cuarenta casas escolares de capacidad de quinientos alumnos cada una y ha fabricado veinte, elegantes, de dos pisos, que sirven de adorno a la urbe y dan alojamiento a mil niños, quinientos de cada sexo. Se ha entrado al modernismo, han desaparecido el miedo y las trabas de una mogigatería inconducente y bajo el mismo techo se albergan niños y niñas y de ese modo se

prepara para la sociedad futura una vida lógica en que no más los dos elementos que integran el género humano se criarán temiendo el uno del otro la traidora agresión, en espera de ocasión favorable para hacerse daño mutuo; el espíritu bravío del indio autóctono y la suspicacia del conquistador, morigerados paulatinamente por las prácticas de una vida culta ya no existen y el acceso a la coeducación que preconizaban los generosos videntes del pasado se ha ido facilitando por grados y se encuentra en la última etapa. Aun existen divisiones: las magnas casas constan de dos departamentos, para hembras el uno, para varones el otro, pero estando bajo el mismo techo hay actos varios en que todos se juntan y comulgan en la magia de la misma expresión: el hábito del conocimiento útil es lanzado ya por un maestro, ya por una maestra, en el mismo recinto.

Estas secciones cuentan por separado doce salones de clase, cada una, para cincuenta educandos; en previsión del aumento de la población, el exceso de capacidad; cuentan suficientes excusados inodoros, baños para profesores y alumnos y servicio de agua que va a las diferentes aulas por una red de cañería: hay asimismo, salas pa-

ra Trabajos Manuales, para Gabinete de Física y Laboratorios de Química y Actropometría, para depósito de útiles o almacén; pabellones para el profesorado y cuartos para la servidumbre; patios para Recreos y Ejercicios Físicos; jardín extenso y alameda.

Hay secciones comunes al servicio de las dos escuelas, como Museo, Biblioteca, Salón de Fiestas Escolares y de Actos Públicos; Apartamento para la Inspección Médica y Botiquín, y cuarto de consultas gratuitas para los vecinos pobres del contorno.

Rodeando el edificio hay una alta tapia, a cuya vera se ve una hermosa plantación de árboles frutales y de maderas preciosas, alternadas con eucaliptos; adyacentes hay un campo de experimentaciones agrícolas; un corral con aves y un establo con varias vacas que producen la leche que se consume por los moradores del Plantel.

El personal de cada Escuela se compone de un Director, un Subdirector^o y once Profesores auxiliares, todos especialistas y que trabajan por ramos: los individuos que antes recibían tal nombre, sin ser especialistas, han desaparecido. En cada sección del local se educan quinientos niños.

Hay una organización ideal, respondiendo al escrupuloso estudio que se ha hecho de las necesidades docentes, móvil y derrotero de la acción conjunta de todos los que labran de verdad en la roca de los intereses populares.

Véase el siguiente detalle, acerca del personal para cada dos escuelas, bajo el mismo gran local:

2 Directores, con c. 150 c/u c. 300.00;
2 Subdirectores, con c. 120 c/u c. 240.00;
22 Auxiliares, con c. 90 c/u c. 1.980.00; 1 Médico, c. 75.00; 4 Ayudantes, con c. 50 c/u c. 200.00; 2 Intendentes, con c. 50 c/u . . c. 100.00; 4 Sirvientes, con c. 30 c/u c. 120.00; 1 Encargado del Botiquín, c. 50.00. Total c. 3.065.00; que en cuanto al personal, es lo que consumen mil niños en un mes, por consiguiente en los 20 establecimientos capitalinos se invierten en el mismo tiempo c. 61,300.00 y en el año c. 735.600.00; de éstos corresponden por alumno c. 36.78; de donde deducimos que en el mes se gasta por alumno la pequeña suma de c. 3. y 39.60 de colón.

En lo anterior (1) había en San Salvador 12 escuelas primarias, seis de cada sexo,

1) Corresponde a los tiempos que corren.

con 96 profesores enciclopédicos y 54 especiales, en total 150. La dotación mensual de todos era c. 8,825 y se gastaba en arrendamientos c. 2.490 en total c. 11.315.00. Los alumnos matriculados en los 12 Planteles eran 2,464, de donde deducimos que por mes se gastaba en cada uno, c. 3.58 y si se incluía el gasto de arrendamiento subía el gasto por alumno a c. 4.67.

Nótese que ogaño hay servicio médico y otros servicios de que se carecía, y con todo, sólo se gastan c. 3 y 39.60; luego la enseñanza se ha mejorado y se ha abaratado.

Una sociedad de señoras, denominada «Protectora del Niño», extendida por toda el país, se ha encargado de la recaudación y administración de fondos para el fomento de la Cocina Escolar y el Vestuario, y diez mil niños de uno y otro sexo, pobres, reciben en los Planteles el almuerzo, cuyo gasto por cada uno se calcula en *cinco centavos*, es decir *quinientos colones diarios*, que al mes se convierten en la enorme suma de *ciento cincuenta mil colones*; reciben además dos uniformes, el de los días festivos y el ordinario del trabajo, con los repuestos suficientes.

Los mismos maestros, que así lo desean, residen en el Plantel, en pabellones

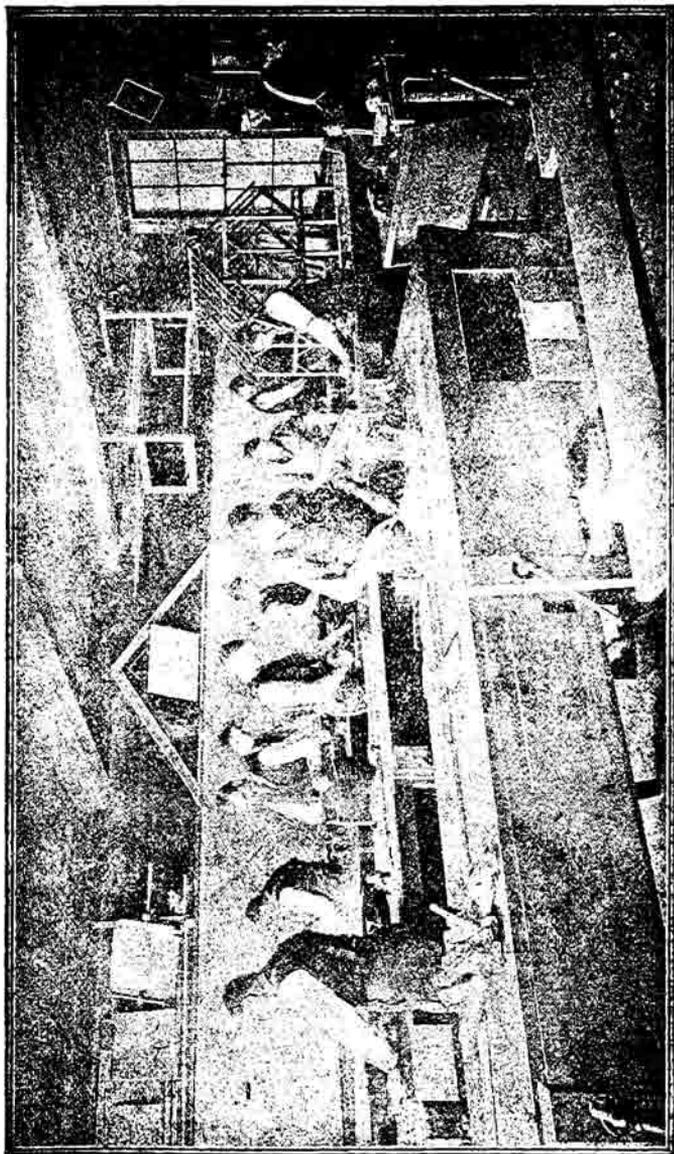
fabricados *ad hoc*, y enterando una módica mensualidad, comen en el Establecimiento, recibiendo por el precio más económico, sana y abundante alimentación. Con la contribución de todos se sostiene el *restorán*.

Los mozos de la servidumbre reciben gratuitamente su alimentación y viven en el Establecimiento.

La Biblioteca, el Museo, los Laboratorios y Gabinetes, son servidos *ad honorem*, y a turnos, por los profesores y por los alumnos adelantados de los Grados superiores.

Los Trabajos Manuales y las Labores Femeniles, consistentes en objetos de utilidad, son vendidos a beneficio de la Cocina y el Vestuario. La ropa de que se provee a unos y otros, se confecciona en el interior del Establecimiento y aun hay telares, a electricidad, donde se hacen las telas.

El Médico Escolar, que atiende a consultas gratuitas de los vecinos pobres del contorno, con los ayudantes mencionados, hace un servicio esmerado y aunque su asignación aparece reducida, no es así, porque dirige la Inspección Médica de cuatro Centros, con lo que se hace de un sueldo de trescientos colones mensuales.



Clase de niños en ejercicios manuales

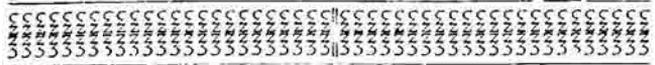
La vida en las escuelas es divertida. En las horas vacantes los profesores, se entregan a los quehaceres que a bien tienen: el estudio, la preparación de lecciones, la labor de un diminuto campo de su exclusivo servicio. Por la noche hay tertulias en el centro común de reuniones y *se hace* música, se baila, se recita, se leen versos o prosas ajenas o de los propios maestros y se realizan toda suerte de manifestaciones cultas. Los maestros de las diferentes escuelas se cambian visitas, y días hay en que la reunión es más numerosa y se da cabida a personas extrañas. Hay reuniones con fines artísticos y científicos, culturales, en una palabra, y desde la tribuna se esparce la simiente de nuevas y buenas ideas o modalidades que entrañan algún bien para la comunidad.

Los servicios nocturnos de clases para adultos, se llevan a efecto en los mismos locales y no simplemente para enseñar lectura, que todos saben, sino para otras disciplinas que no contiene la Enseñanza Infantil.

Los maestros de cada local cuentan con su periódico y por su medio les es posible dar a conocer sus ideas, sus avances y las de los otros que en distintas nacio-

nes se dedican a lo mismo. En su biblioteca y sala de lectura, se encuentran todos los libros nuevos que sobre la materia se van publicando y las revistas doctrinarias de todos los países. La comunión espiritual es efectiva y general, por no decir universal. Los idiomas cultos son familiares; pero el castellano, el armonioso castellano en que todos piensan, es el rey y se le acata y se le ensalza y no se le corrompe como atrás sucedía.





XIX

RECUESTO DE LA COSECHA

La Escuela Primaria, bien encaminada, ha sido como un río de aguas fecundas que además de servir de elemento a miriadas incalculables de seres, ha sostenido la vida terrestre a los que en su linfa han podido apagar su sed y luego, todavía, derramada por los valles ha fertilizado los campos que canalizados convenientemente, se han convertido en caminos.

Por la Escuela, el progreso en sus variados aspectos ha llegado a todas partes, a todos los rincones y no ha dejado sin recompensa a los que en ella se sacrificaron poniendo los primeros brotes del que hoy es bosque frondoso.



La enseñanza servida por el Estado no admite competencia y la de los particulares forzada a ceñirse a los preceptos de la oficial, se ha mejorado y aun desaparecido en muchas partes, pues son demasiadas las exigencias, particularmente en lo relativo a útiles y al edificio en que se imparte.

Hay menos doctores y más industriales. La Universidad que ha cambiado sus derroteros y ha multiplicado sus faenas, pues bajo su patrocinio se imparte la preparación docente en todas sus variedades, tiene pocos alumnos que pretenden ser médicos y abogados, pero los que abarcan estos estudios son arrastrados a ellos por verdadera vocación y son de lo mejor. El favoritismo ha huido, no porque no se le haga aura por parte de los incapaces, sino porque el pueblo completamente civilizado no se deja engañar con charlas insustanciales y con embolismos de ignaros profesionales.

Lo que abunda son Escuelas Normales, montadas hasta con lujo y que funcionan con intermitencias, para evitar la plétora. Siendo urgentes los maestros, no se ahorran medios por hacerlos lo más idóneos posible, y salen competentes, ilustrados y con capacidad de ganarse la vida, en el

ejercicio de cualquier otra profesión, pues su cultura es general, fuera de la especialización de un ramo.

No ha sido posible suprimir los soldados aún y todavía hay cuarteles, pero en éstos no sólo se ven indios analfabetos, porque todos los ciudadanos a cierta edad hacen el servicio reglamentario; por eso en las filas forman médicos, abogados, hasta curas, y nadie se escapa a la preparación militar.

No se sirven clases de lectura en los cuarteles, no son necesarias, no hay soldados analfabetos, pero en cambio existen surtidas bibliotecas y salones de recreo en donde se suceden sin interrupción esparcimientos cultos. Los soldados son obreros que trabajan en oficios en las horas que la instrucción militar les deja libres y en diversos sitios del territorio hay campamentos y cuadrillas de estos obreros que llevan a cabo vías férreas, puentes, carreteras, etc. y de ese modo el soldado es feliz productor y no obligado consumidor y a la larga zángano de la colmena social.

Los terrenos de que el Estado es dueño se cultivan por cuadrillas de soldados y no se hace la competencia a nadie y la oferta particular no se resiente, pero se pro-

duce bastante de lo que se consume en los reductos militares.

Se han podido conseguir grandes economías en todos los ramos de la Administración Pública, particularmente en el de Justicia: el porcentaje de criminales ha disminuido tanto, que no se dice más que de alguno que otro crimen pasional; los robos pertenecen a la historia y los atentados a la propiedad en todo sentido han amenguado; los señores Jueces, casi sin trabajo, en sus ocupadísimas oficinas de antaño, cultivan las artes liberales o un oficio para no fastidiarse en una vacación prolongada.

En lo que se gasta inmensamente más, aunque relativamente el rendimiento es menor, es en Educación Pública, pues no hay reducto de quinientos habitantes que no cuente con su escuela perfectamente servida.

También se han multiplicado el Telégrafo, el Teléfono y el Correo, y en cuanto a los primeros los hay de propiedad particular.

La Imprenta funciona en alto grado y la Escuela Rural publica periódicos. Los libros y folletos circulan como los frijoles, el maíz, el arroz, etc. porque así como nadie puede pasar sin comer ya nadie pasa sin leer.

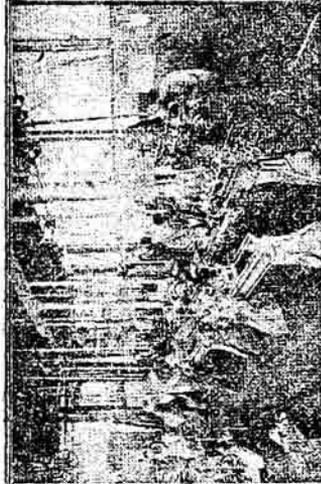
Las industrias verdaderamente patrias, en que todo es nacional, desde la materia prima que se saca de la fauna y flora de la región o las minas y canteras, hasta el bien acabado artefacto, se cuentan por centenares, y los obreros que las practican por miles.

Se ha aumentado la exportación de modo prodigioso, casi paralela a la disminución de la importación. Los mercados nacionales se han hecho malos para cierta producción extranjera, y en cambio, hay abundancia de magnífica oferta con que se les hace competencia. Las naciones europeas y la norteamericana han establecido pactos comerciales para el intercambio de artículos, y si recibimos sus frutos ellos se llevan los nuestros con precios dados por nosotros.

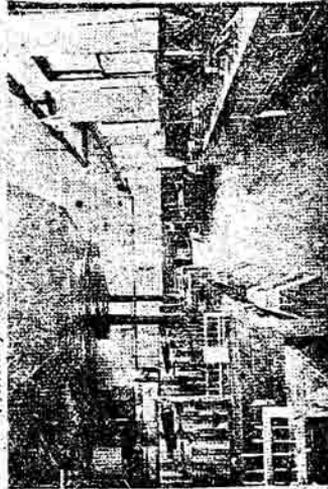




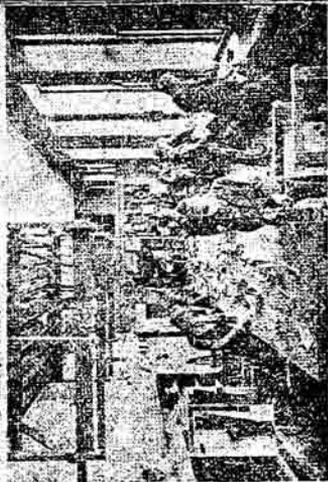
Minneapolis



St. Paul

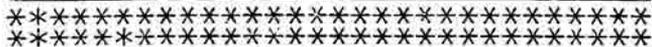


Duluth



Siftwater

Ejercicios Manuales en 196 Escuelas de Minnesota



XX

EL BARRIO PESTALOZZI

Muchos maestros quedaron sin trabajo, pero no se les abandonó a una suerte precaria.

Se discutió por algún tiempo si se les daría ocupación entre el personal no enseñante de los Establecimientos de Educación Pública, y por una generosa unanimidad se desechó la idea y se vino en conclusión de que habiéndose invalidado en el trabajo de enseñar, tenían ganado su descanso absoluto y que colocarlos entre la servidumbre sería rebajar la altísima profesión y de allí nació el acuerdo de levantar en la ciudad, en sitio conveniente, una serie de edificios con departamentos independientes unos de otros, capaces, cada uno para contener una

familia y que se destinaran a residencia exclusiva y vitalicia de los maestros retirados.

El porvenir de estos buenos servidores está, pues, asegurado, asimismo el de sus familias y, por ende, la adopción del Magisterio por los muchachos de mejor talento, garantizada para siempre. Por este poderoso estímulo, y por los otros mencionados se ha convertido el magisterio en la más noble y buscada carrera.



En un ángulo de la capital hay un reducto de casitas primorosas que se conocen con el nombre de *Barrio Pestalozzi*, sugestivo a más no poder.

Este barrio ha brotado al impulso del más generoso reconocimiento. Está habitado por Maestros de Instrucción Primaria y Secundaria, retirados, que han encontrado en él la más delicada hospitalidad y su asilo definitivo. Y se hace sentir perfectamente que no es la *caridad* la que lo brinda para persuadir a todo el mundo que es una retribución merecida y bien ganada.

Las viviendas son pequeñas, alegres, bellas; los colores más armoniosos se com-

binan para darles más atracción y las familias que en ellas se alojan no pueden menos de ser felices, hasta donde ello es posible.

Las calles se conocen con nombres de educacionistas nacionales y extranjeros y de benefactores de la enseñanza, fallecidos, cuyas biografías son familiares a los moradores del cuartel ciudadano que nos ocupa y de todos los residentes de la ciudad: hay la calle de *Juan Jacobo Rousseau*, la de *Federico Fröebel*, la de *Horacio Man*, la de *Plaza de Comenio*, el *Obelisco Padre Delgado*, el *Jardín Francisco Menéndez*, el *Teatro Francisco Gamboa*, la *Alameda Rafael Reyes*, etc., etc.

No se crea que es un barrio de inválidos, de enfermos escuálidos y repelentes, nada de eso, la infancia esparce sus risas alegrando el ambiente; las madres, las esposas, las hijas al lado de sus varones protectores, hacen con sus diversos oficios caseros, con sus quehaceres femeninos grata la existencia de todos.

Hay Biblioteca Pública selecta, y los maestros y maestras que no se dan al ocio, escriben obras didácticas en que recuerdan sus prácticas; la música y todas las bellas artes florecen en la pequeña comuna y se

gozan cultos y puros entretenimientos hay unión y solidaridad, el gremio de maestros retirados, puede creérsele una sola familia; y en efecto, entre todos integran la casta de los bienhechores más abnegados de la humanidad, que un día fueron explotados inicuaamente, escarnecidos, desdeñados, pero a la postre, reivindicados en todos sus derechos y rodeados de consideraciones de toda especie.

El sacrificio incruento ya no existe: ser Maestro es el título más honroso y más buscado y más apreciado.

La Escuela Primaria, humilde, modesta, ha sido ennoblecida y ella en retribución, ha redimido a los pueblos de todos los yugos, de todas las corruptelas y ha acarreado felicidad para todos.





XXI

¡EUREKA!

¿Cómo se han vencido tantas asperezas? ¿Cómo se han dominado los prejuicios, la apatía, la hostilidad? ¿Cómo, sin elementos de ninguna clase, pero ni siquiera los morales del optimismo y los del aliento que brotan de la fé, puesto que ni remotamente se sospechaba que la redención, la regeneración de estos pueblos, arribaría a bordo de la navecilla de la Escuela Primaria, tripulada por humildes Maestros, cómo se ha triunfado a pesar de todo? ¿Cómo se han destruido tradiciones retrógradas y se han construido castillos en el aire?

¿Porqué milagro se ha llegado a tanto?
Resueltamente contestamos:

Por el milagro que, según las simbólicas tradiciones sagradas, permitió a Moisés extraer agua de la roca viva, y que, sin duda, andando los tiempos, inspiró al sublime uruguayo, José Enrique Rodó, la inmensa parábola de aquel formidable anciano, que, en medio de la pampa estéril, hizo brotar el árbol generador de los bosques que después han sido productores de la vida de hombres y bestias.

Por el milagro que dió alientos al perseverante Cristóforo Colombo para esperar treinta años la realización de su atrevido proyecto, que antes de brindar un mundo a la humanidad, le proporcionó el dictado de loco.

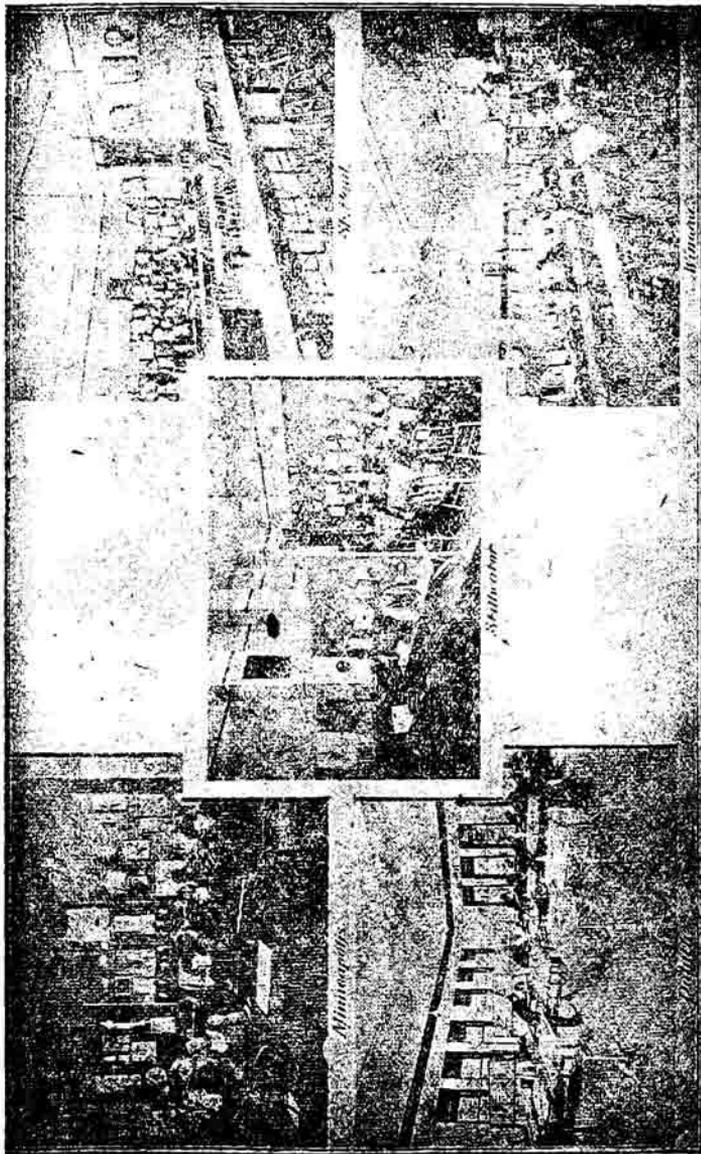
Por el milagro que infundió a Hernán Cortés, la atrevida acción, sin precedentes en las leyendas de los arrestos humanos, de quemar sus naves y aislarse del mundo de la civilización, entregando su vida a la desesperación de sus atribulados compañeros y la de todos juntos a las sorpresas de un aventurado acaso.

Por el milagro que mantuvo firme el ideal de los genios todos de la tierra, haciéndoles fuertes y superiores a las burlas y contratiempos de sus contemporáneos y de los elementos en contra, mientras una

bella realidad no iluminó con un éxito portentoso, la razón que les asistía y que la ignorancia y la malicia les negaban, como a Galileo, como a Pestalozzi, como a Fulton.

Por el milagro de la voluntad, que es la síntesis de todas nuestras fuerzas.





Salones de Escuelas Representativas en las Escuelas de Minnesota

APENDICES



APENDICE PRIMERO

REFLEXIONES A PROPOSITO DE PUNTOS DE LA CARTA DEL SR. MASFERRER.

Hemos vacilado mucho, por razones obvias, antes de decidirnos a dar a luz estos nuevos apuntes, pero a petición nuestra el señor Masferrer se ha dignado autorizarnos a ello. Nos apena mucho estar en desacuerdo con el gran escritor centroamericano que tanto nos ha favorecido y honrado ocupándose en nuestro trabajo, pero abogamos por una clase a la cual pertenecemos más por sentimiento que por otra circunstancia y en persecución de su bienandanza quisiéramos encontrar todos los argumentos favorables. El señor Masferrer, por otra parte, ha sido mantenedor de los derechos del Maestro de Escuela y a esfuerzos suyos se ha debido que en otras fechas los salarios en el magisterio sufrieran aumento.

Un pensador como el señor Dn. Alberto Masferrer, no emite un juicio que no sea producto de una meditación detenida, por la costumbre de estudiar en la vida misma la razón de las cosas, con la serenidad y reposo que su interés de mayor o menor cuantía merecen y cuando se notan asertos que no se conforman con el modo de pensar de uno, asalta el natural temor de equi-

vocarse y, por ello ir al ridículo, *viendo gigantes en los útiles molinos de viento.*

En la carta suya, incluida al principio de este libro nos estimula indulgentemente en lo que se relaciona con nuestra individual producción, mas hace severas apreciaciones de las citas con que ilustramos nuestro trabajo y ello nos ha inducido a forzar nuestro criterio y presentarle respetuosamente las siguientes *reflexiones*, en solicitud de desvanecer nuestras incertidumbres.

Declaramos que al hacerlo nos guía la persuasión, ya que este libro irá a manos de gentes que tienen fe en la palabra magistral del señor Masferrer, palabra autorizada, no hay duda, de que el juicio de algunos lectores vacilará y que no faltarán suspicaces que hallarán qué objetar y como se trata de tesis por nosotros lanzadas, por hoy, a la consideración pública, nos consideramos obligados a buscar, una buena inteligencia, de lo que han nacido las siguientes líneas.

He aquí algunos de los puntos a que aludimos:

a) *Que el magisterio debe ser una hermandad laica.*

b) *Que el arte antiguo no tenga asuntos para niños.*

¿EL MAGISTERIO UNA HERMANDAD LAICA?

SEÑOR DN. JOSÉ LINO MOLINA.

Director de «Pensamiento y Acción». -- Ciudad.

Estimado amigo, le agradezco mucho la fineza de mandarme copia de sus APENDICES, junto con su carta, tan amable. Por ahora, sólo deseo hacer una ACLARACION, que le ruego insertar donde corresponde, y es ésta:

La frase HERMANDAD LAICA no 'significa' ORDEN MENDICANTE, ni mucho menos. Es de simple buen sentido, de justicia primaria, que todo el que trabaja, sea maestro o lo que fuere, GANE LO NECESARIO PARA SU VIDA. Yo nunca he opinado lo contrario.

Cuando tenga el gusto de verle, conversaremos sobre los otros temas.

Suyo muy atento.

A. MASFERRER.

15 de octubre.

Nos cuenta Eugenio Sue, en alguna de sus obras, que hubo tiempo en Francia en que el *Maestro de Escuela* no era remunerado en la forma que después adoptó la civilización, inspirada en la justicia y la humanidad; que tal obrero, a su calidad de preceptor que enseñaba doctrina cristiana y lo que podía de letras, que era muy poco, unía las de campanero y enterrador.

Los sábados daba tregua a sus labores y con sus alforjas al hombro iba de casa en casa en solicitud de comestibles, los que recibía de los padres de familia, no precisamente como limosna, sino a título remuneratorio por sus trabajos; los vecinos estaban impositivamente obligados a ello por la autoridad respectiva.

Cuando entrada la noche, el múltiple obrero regresaba al tabuco que servía a él de morada y de *edificio escolar*, traía el recipiente henchido de los más heterogéneos artículos de primera necesidad, lo que desde luego no implica nada acerca de la buena calidad, pues dando de mala gana, por obligación irrenunciable, se le reservaba en las casas lo que sobraba, lo más ruin, lo averiado, en la certidumbre de que el infeliz nada podría rehusar, por no exponerse a la *dura lex* de las tripas vacías.

Su tiempo estaba consagrado todo a tan diversas faenas y no disponía siempre del que los demás destinaban al reposo. Al morir alguno, así fuera al filo de la noche más tenebrosa, avisado oportunamente el *dómine*, había de levantarse a doblar y para no alcanzarse en la horrible tarea de abrir agujeros, los *ratos de ocio* los dedicaba a la apertura de los más que podía, en el entendimiento cabal que lo acompañaba de que no habían de faltarle clientes.

Un maestro con tantas y tan diversas funciones no podía ser un pozo de la ciencia pedagógica, que aún estaba por venir con Pestalozzi; sería un jayán mofletado, especie de *oforasquin del monte* melenudo, de barba hirsuta, divorciado con el aseo, sabiendo leer y escribir por un acaso miraculoso, tragón impenitente que digería hasta palos, pues se mantenía en buen estado con la bazofia averiada que se le tiraba.

- Su oficio de cavador exigía fuerzas.

Algo consolador nos revela este procedimiento de pago y es que la *educación pública* incipiente y todo como era por razones varias era apoyada y sostenida por la comunidad, de buen o mal grado.

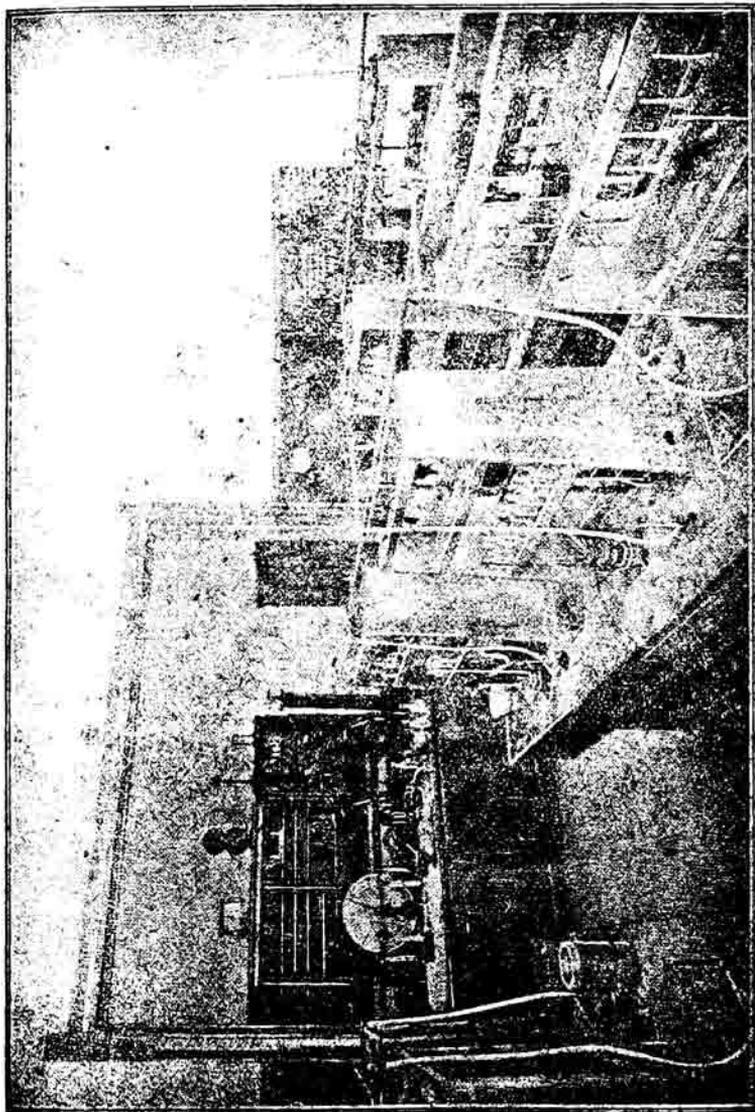
No dice el preclaro autor de los «Misterios de París» cómo se las componía el ma-

estro, cuasi sacristán y enterrador verdadero para agenciarse el vestido; pero es de suponerse que en este punto no fuera muy exigente. La vivienda era un rincón de la sacristía o un caedizo de la iglesia, colindante con el cementerio, y para dormir le bastaba un sitio cabe los sepulcros.

El cumplía todas sus obligaciones y la sociedad lo remuneraba en la forma dicha, y todos quedaban muy satisfechos. Pero tal procedimiento no podría emplearse en los tiempos modernos.

*
* *

Hay que convenir que el Maestro de Escuela no ha de ser mercenario, es decir, no ha de tener por único móvil el lucro al ejercer su profesión; en varios de mis trabajos tengo testimoniado mi sentir al respecto; pero si juzgamos serenamente, al individuo que enseña, no se le puede someter a la deposición de todo interés pecuniario, colocándolo, por tanto, en una situación anómala, en una *hermandad laica*, que supone el voto de pobreza, imaginario o muy relativo en otras hermandades, y que sería real y verdadero en la clase, ya que por hoy no cuenta con simpatías y sus haberes



Laboratorio de Física y Química en una Escuela Superior de Mankato, Minnesota

de Escuela tocaría más de los fondos comunales y no se vería el caso, repetido, de que un amanuense de cualquier oficina de las del mismo Gobierno ganara más que un Director de Escuela. Ni en el Estado hay trabajo más meritorio que el que se efectúa en la Escuela Pública, ni tampoco que demande mayor cantidad de esfuerzo. Si al Maestro no se le puede dar un salario alto, no debía haber otros empleados públicos que lo superaran, fuera de los que a una gran responsabilidad unen las exigencias de representación. Si el Estado pudiera hacer preferencias, había de ser por quien más le sirve, por quien gasta más energías en su servicio. Ante un Maestro de Escuela idóneo, desfilan toda suerte de dignatarios: ministros, alcaldes, gobernadores, jefes de Estado, y él, inmutable sobre la brecha, se mantiene firme, mientras la segadora común no le corta el nudo vital. Son los primeros unos potentados cargados de prestigios y de comodidades, y el otro, un miserable que da gracias si come todos los días.

Tornando a lo de la hermandad laica, observemos que las religiosas pudieron subsistir en su tiempo sin remuneración a sus componentes, por infinidad de circunstancias

que no concurren en el *magisterio*. Los individuos retirados del siglo, en los tiempos pasados, que se acogían a un monasterio, estaban libres de cuidados, al penetrar en sus recintos, contaban con todo: vivienda, vestido y una copiosa alimentación. Los que profesaban entregaban fuertes sumas de dinero como dote, y, en calidad de obsequios, llegaban a tales refugios toda suerte de elementos de vida. Tales instituciones eran propietarias de terrenos y cultivaban la tierra, no sólo para el consumo, sino para vender sus productos, sin pagar impuestos de ninguna especie.

Las hermandades modernas, como las de Misioneros, las de la Caridad, etc., pueden vivir sin remuneración crecida, porque todo se les da. Nada les hace falta, si no es la libertad que voluntariamente han declinado en aras de un servicio especial, ya la catequización o la enseñanza o la caridad.

Otro sí, los miembros de las instituciones religiosas carecen de familia, y aunque en realidad haya padres, madres, hermanos u otros parientes, es como si no los tuvieran, desligados como están de toda obligación para con ellos.

El Maestro de Escuela no tiene ninguna de estas ventajas y sí gran variedad de

inconvenientes, entre los cuales entra el de la multiplicación, a que rinde un tributo digno de mejor suerte.

Siendo esto así, para que el hombre que ejerce el Magisterio pueda conservar su porción de independencia, se le debe remunerar equitativamente, decorosamente.

Admitiendo que un ministro tiene mayores exigencias que un maestro de escuela, hemos de admitir que un maestro de escuela las tiene mayores que un mozo del tranvía, que una criada, que un alguacil, y siendo esto así, es claro, que el sueldo del mentor de la niñez ha de ser mayor que los que estos obreros devengan.

II

¿QUE EL ARTE ANTIGUO NO TIENE ASUNTOS PARA NIÑOS?

Atrás dejo dicho que la decoración de los edificios escolares, ante el magno proyecto de construirlos, es cuestión secundaria; pero si fuera factible ¿porqué no aceptar para la vivienda de los niños una conveniente y fácil familiarización con las obras

maestras del genio humano, puestas a su vista en la exornación interior, ya que en nosotros, los centroamericanos, se puede comprobar que faltó ese importante renglón en nuestra cultura y que adolecemos de escasa visión estética por carencia de modelos en tiempo oportuno?

La simple observación de la naturaleza por el ojo inexperto lleva al neófito de confusión en confusión, si un buen guía no asume el trabajo de una dirección indispensable en los primeros pasos de la iniciación artística. Con la certeza y exactitud de la visión viene como consecuencia inmediata la seguridad de concepción y así, de paso en paso, quien comenzó imitando grotescamente culminará, si la vocación le acompaña, *creando y produciendo belleza*.

¿Que el arte antiguo no tiene asuntos para niños?

Démoslo por cierto; pero observemos que el niño de la escuela es el hombre futuro y recordemos que la aritmética, el idioma, la moral y todo lo que se le inculca en ella, no es para que le sirva en la infancia, sino para su vida ulterior de hombre. Los asuntos infantiles exclusivamente podrían exigirse en un lienzo cinematográfico que se va a ver una vez y que más

que fines educativos se proponen divertir, pero no en lo que se ha de fijar para fomentar facultades creadoras y hacerlo perdurar en los sujetos.

Es un hecho observado por todos los maestros, que en los libros escolares son las escenas de la vida real las representaciones que más llaman la atención de los niños. Sus juegos habituales nos atestiguan también que ellos se figuran ser actores de una vida imaginaria e inventan mil cosas de que los poetas sacan bellos temas y los filósofos motivos para hondas reflexiones.

Las hembritas se creen madres de sus muñecas; los varones habilitan los palos de escoba en caballos y se tornan guerreros. Cuando los de uno y otro sexo se juntan, dramatizan al vivo sus actos todos y fingen la vida que ellos ven hacer a sus mayores, sin omitir detalles. Entonces es cuando algunos creen distinguir destellos de sus futuras tendencias, aunque ésto es engañoso en la generalidad de las veces. Los hombreritos se enfundan en una levita de su papá y se hacen llamar médicos, generales, etc. y recetan o tiranizan a su antojo, con los muebles o con las personas que a ello se prestan; las mujercitas, con ropas de su madre se creen en el deber de diri-

gir el hogar que inventan y titulándose mamás mandan, sin admitir réplica a sus órdenes.

Algunos autores de obras educativas, indican que es un error tratar siempre infantilmente a los niños; fuera de que se afeminan, ellos se sienten rebajados y humillados, cuando no se les toma en cuenta en su valor de hombres en ciernes.

Véase lo que dice a este propósito el gran observador Eugenio D'Ors, que ha inmortalizado el pseudónimo de *Xenius*:

«Pedagogos inhábiles escriben paciente-mente para los niños libros de imitado balbuceo en que se trata de niños. «Así, piensan, aquéllos pondrán en la lectura interés». Llegan los niños, y lo que hallan en la lectura es fastidioso. Mientras tanto, su imaginación vuela a imaginar aventuras de soldados, de bandoleros o de exploradores. Y si el antipedagógico, si el providencial azar hace caer en sus manos la *Odiséa*, se embriagan—literalmente se embriagan—de Homero».

*
* *

La nomenclatura de obras de arte consignada en su lugar y tomada del excelente *Manual de las Escuelas de Puerto Rico*,

elaborado por competente pedagogo norteamericano, expone planificadamente los temas de la decoración escolar, comenzando desde lo más antiguo, el arte egipcio, hasta las creaciones de los maestros de nuestros días. Una ornamentación en esta forma obedece a un propósito de cultura y no al mero hecho de hacinar figuras de adorno.

Llamemos la atención asimismo a este detalle. Los *mapas murales*, especie de cinta fija en que de milímetro en milímetro se pueden observar las etapas de la vida de la humanidad, puestos para el estudio de la historia y de la geografía, simultáneamente, podrían ser tildados de que no tienen asuntos para los niños; pero son campos de estudio, magníficos medios auxiliares de que los profesores expertos sacan incalculable partido. Es de verse a los niños, ávidos rodear a quien les está descubriendo misterios para ellos solos indescifrables, apropiándose, sin perder letra todas las evocaciones que las figuras promueven. Con localizaciones de esta especie, las clases son recreaciones a que los niños asisten con placer.

¿No sería posible que ciertas minucias o caprichos de artista, como los de que hace mención el señor Masferrer, inaccesibles

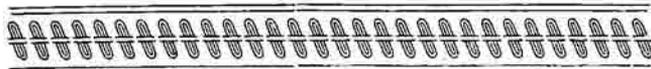
a un profesor lego y que hacen la felicidad de los *cicerones* que en ellos cuentan algo oculto que pueda justificar su existencia, no sería posible digo, que dieran margen a despertar en algunos la cualidad investigadora y por ello salir gananciosos estudiando a fondo el arte? En todo caso ello no sería motivo suficiente para desechar un sistema tan bien estudiado, fuera de que no es de rigor acogerlo en todos sus pormenores.

*
* *

La pobreza es la única razón de peso para sentir los anhelos de belleza sin poder darles cima, pero la pobreza del pueblo es relativa.

No hay poblado por ínfimo que sea que no tenga su iglesita y dentro de ella un modesto altar con su imagen: las ciudades importantes, poseen templos suntuosos con profusión de altares y sendas imágenes, valiosos ornamentos, rica mantelería, magníficas colgaduras y vasos y candelabros preciosos. ¿Cómo se han levantado y decorado? Con recursos del pueblo.

¿Por qué la Escuela Primaria de cada localidad no había de significar un poderoso esfuerzo de todos? Es cuestión de voluntad y de conducente iniciativa.



APENDICE SEGUNDO

UNA ACCION DIGNA DE IMITARSE

Don Demófilo Mentorio, Director de la escuela de varones de la pequeña ciudad de «La Esperanza», departamento de «El Porvenir», recibió por el correo un paquete esmeradamente cerrado; había tal meticulosidad en el pegue de los sellos que de inmediato se comprendía la desconfianza del remitente, lo que daba a entender que el contenido era muy valioso. Rota la nema con la premura que las dificultades de no estropear lo de dentro permitían, se encontró don Demófilo con un pliego dirigido a él y otro sobre cerrado.

La novedad, la extrañeza del texto fueron suficiente motivo para que el Maestro

leyera de cabo a rabo el pliego y no comprendiera de qué se trataba, y hubo de leerlo repetidas veces y aun así un sedimento de duda le impedía el asenso completo, y como se encontraba en el Plantel llamó a sus dos auxiliares, les leyó en alta voz el dichoso pliego, y después que éstos le aseguraron que la interpretación que él daba al asunto era verdadera, ordenó reunir a los alumnos en el salón más grande para participarles la gratísima nueva. Los rostros infantiles reflejaron el júbilo como los de los maestros lo reflejaron, al conocer el motivo.

He aquí el texto literal, causa de la alegría:

«Señor Maestro:—Sé que muchos niños de la clase menesterosa no van puntualmente a la escuela, habiendo quienes en absoluto no asisten, por falta de vestido; que los maestros padecen penuria porque sus sueldos, a pesar de ser muy exiguos, no se les pagan con puntualidad; que las casas escolares son en un todo inadecuadas para el servicio; y, por último, que niños de gran inteligencia y de habilidades especiales, se quedan rezagados por falta de recursos para seguir una carrera o aprender un oficio. Dentro del sobre cerrado que obra

en sus manos encontrará la suma de *veinticinco mil dólares*, y es mi deseo que Ud., de acuerdo con la Maestra directora y el señor Alcalde de esa ciudad, los distribuyan en la forma siguiente:

a) fondo para proveer de vestidos a los niños pobres de las escuelas;

b) fondo para anticipos a los maestros de escuela de la localidad, a título devolutivo.

c) fondo para la construcción de tres casas escolares, una para varones, una para niñas y la tercera para párvulos, cuyo establecimiento sugiero se efectúe al modo de las *case dei bambini* iniciadas en Roma bajo la dirección de la doctora Montessori; y

ch) fondo para la creación de seis becas, tres para varones y tres para niñas, que se adjudicarán en concurso a los que más las merezcan y que se comprometan legalmente a residir y servir en el pueblo, por lo menos los cinco años siguientes a la conclusión de su carrera o de aprendido su oficio.

Las sumas que deben señalarse a cada ramo quedan a la discreción y al buen juicio de Ud. y sus colegas.

Sé que es Ud. un hombre honrado y en esta certidumbre no he temido cometer a Ud. este asunto.

Arrebatado por la corriente de los negocios me faltó tiempo para hacer nada por ese pueblo que es mi patria natal; pero hoy, desligado de los intereses terrenales, entregado en absoluto al análisis que mi conciencia hace de la vida, creo que de ningún modo podría retribuir a mis compatriotas y a mis prójimos en general, más apropiadamente lo que en mi capital atesorado a centavos en largo lapso de especulaciones de toda especie, le corresponde a cada uno, que en la forma que lo hago. Sé que sobre mi nombre y sobre mi acción caerá la sanción pública; unos me aplaudirán, los que me conocen sólo por este rasgo; otros me befarán y escarnecerán, los que están enterados de mi vida comercial; tengo formado mi criterio al respeto y como para entonces estaré sepultado, no me importan ni la aprobación ni el denuesto. Quizá la posteridad me llame filántropo, quizás se me erija un busto, una estatua y se grave en imborrable relieve un texto sentido. No lo pido ni lo rehuso; lo primero porque no seré sensible al halago, lo segundo porque aunque así sea, puede halagar a los vivos y piensen en sus propios manes, y quieran, es posible, verse reproducidos y por ello imiten esta acción que refluirá en bien popular.

A Ud. y sus colegas, señor Maestro, les deseo el mejor éxito en esta empresa, sepa que me acompaña la seguridad de que Ud. como nadie, está capacitado para hacer el mayor bien con este dinero; lo saludo, y ojalá, que para dicha de los habitantes de ese pueblo, viva con fuerza aun por muchos años; yo quisiera al partir de la vida tener una hoja de servicios tan limpia como la suya, para presentarla como una petición de mi entrada en la mansión de los justos.

Suyo afectísimo.

MACABEO ALARCON.

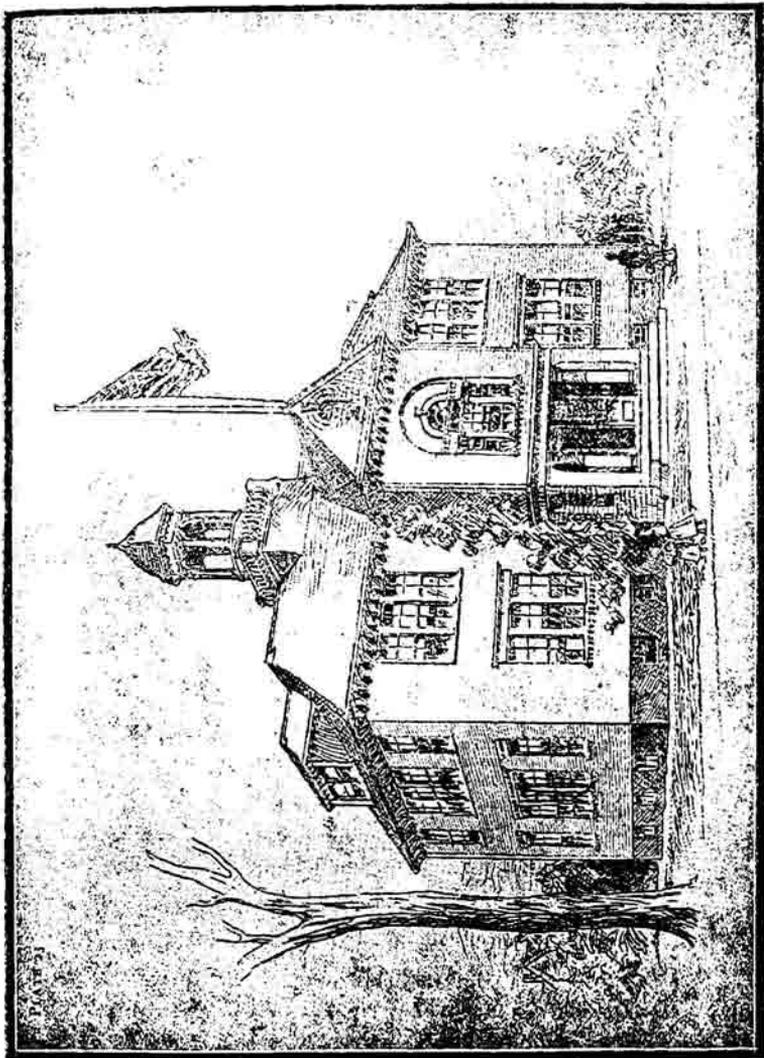
Hijos míos, expresó don Demófilo, dirigiéndose a sus alumnos,—concluida la lectura de la carta—, la acción de este hombre, cuyo corazón ha sido tocado por el dedo de la Providencia, va a tener una repercusión de grandes alcances para todos los habitantes de esta pequeña ciudad, perdida en la nomenclatura geográfica y desconocida por su pobreza más que por su pequeñez. Divulguemos en todos los tonos esta venturosa noticia y que sus lenguas infan-

tiles pronuncien con veneración, respeto y agradecimiento el nombre del bienhechor, don Macabeo Alarcón. Quiero que celebremos este día como uno de los de más grato regocijo entre los festivales escolares; en los tiempos pasados no ha habido otro que más lo merezca. Digan a sus padres y madres que vengan esta tarde a la escuela, pues quiero transmitirles por mí mismo la buena nueva.

*
* *

Por la noche, hubo reunión en el cabildo y se encontraron juntos los maestros de uno y otro sexo, los ediles, presididos por su jefe, el señor Alcalde, y muchas de las personas principales. Se repicaron las campanas, se repartieron refrescos a los niños, se iluminó la población entera, se reventaron cohetes y se comentó el obsequio y se habló de don Macabeo.

Según lo que allí se dijo, don Macabeo se había expatriado voluntariamente hacía muchos años y en ellos jamás dió muestras de acordarse de su tierra natal. Se había dedicado a negocios de todo género, en principal a los de la usura y logró reunir un capital que nadie sabía a cuanto ascendiera.



Edificio de la Escuela de Lincoln, Maine

Era tildado de avaro; pero visto el valioso obsequio que hacía a sus paisanos, se le perdonaba y aun se le ensalzaba. Las palabras irónicas sucedían a las de gratitud; no faltó quien lo disculpara diciendo que hiciera la vida que hizo por designios de la Providencia, que quería favorecer a «La Esperanza» en aquella forma; que don Macabeo vivió como pordiosero pudiendo haber nadado en comodidades, víctima de su propia y gran avaricia, obedeciendo aquellos designios. Estos comentarios se hacían en voz baja, con todos los caracteres de la murmuración; en voz alta, se encomiaba el rasgo de generosidad de don Macabeo. También se habló de la muerte del donante, señor Alarcón, y aun se dijo el rasgo de excentricidad final de tal hombre, que se había hecho enterrar en fábrica ínfima y por la policía.

*
*
*

Don Demófilo, de común acuerdo con sus colegas, comunicó a la Superioridad tener en su poder la suma de *veinticinco mil dólares*, donados por el señor don Macabeo Alarcón, indicando el fin para que

habían sido dados y pedía instrucciones para cumplir su cometido.

Como consecuencia, don Demófilo y el Alcalde fueron llamados a la capital, donde se les indicó que el Gobierno había recibido con gran beneplácito semejante noticia y para que tuviera más eficacia se les invitaba a depositar el dinero en el *Banco de la Nación* mientras se pensaba en la forma de efectuar una fundación perpetua y colmar así los deseos del donante y satisfacer varias necesidades públicas.

De resultas de este acuerdo, como una derivación del *Montepío Nacional*, se estableció una sucursal en «La Esperanza». Allí se prestaba dinero a los habitantes pobres de la ciudad y de los contornos. Los veinticinco mil dólares entraron en movimiento y los gastos fueron por de pronto de cuenta del Gobierno para ayudar en esa forma a la fundación. El interés que se cobraba era muy módico y con ser así, tomó la especulación tal auge que dentro del primer año se principió la realización de los fines del instituto. No sólo se proveyó de vestidos a los niños pobres, sino que se les pudo dar almuerzo, y se suministraron medicinas gratis a todos y se pagó la inspección médica.

A los tres años se ostentaban esbeltos y limpios como novios que van a desposarse los tres bonitos edificios, pedidos a los Estados Unidos, con sus respectivos mobiliarios y material escolar a la moderna. No había en los contornos construcciones de su índole que se les igualaran; los niños asistían con la mayor regularidad aseados y daban testimonio de los buenos frutos obtenidos, con su idumentaria siempre limpia, sus caras habitualmente risueñas y alegres; los maestros recibieron un sueldo suplementario y nunca más volvieron a tener retrasos, porque el Montepío proveía a los anticipos necesarios, pagando aquéllos un muy equitativo rédito.

*
* *

Don Demófilo continuó, hasta que por su vejez fué jubilado, como Director de las fundaciones y este buen hombre justificando su gracia que, como un símbolo, manifestaba amar con fervor al pueblo, veló por la institución que siempre cumplió sus fines. Hizo erigir un busto al iniciador de los beneficios. En los aniversarios se hacía el elogio de la buena obra y los niños eran exhortados a portarse mejor en homenaje a don

Macabeo, sin suspender las clases, porque don Demófilo decía que el seno de la escuela era el mejor templo y el trabajo la mejor santificación.

Los seis primeros jóvenes de la localidad que hicieron carrera fueron los continuadores bien preparados de la nueva vida que en ella se practicaba. Uno era médico, otro farmacéutico y el tercero un magnífico artesano. Entre las jóvenes una fué obstétrica, enfermera otra y profesora la última, siendo todas excelentes maternólogas y con una base de educación enciclopédica, de modo que reunidas tenían todos los conocimientos indispensables de inculcar en la escuela para los usos del hogar doméstico.

Recibiendo a diario el ejemplo pulcro de los maestros, residiendo por muchas horas en los recintos nítidos, los niños; visitando con la mayor frecuencia la escuela, los padres, se habituaron todos de tal modo a lo risueño del aseo que dentro de los diez primeros años siguientes a la edificación escolar todas las casas de la ciudad rivalizaban en blancura y pulcritud, sencillas es verdad, pero limpias y con sus jardines.

Los maestros consiguieron esa inamovilidad soñada por los profesores, pues siendo estimados por su buen comportamiento,

se estimularon y no tuvieron más afán que progresar; comían en la escuela, pagando ínfima pensión por alimentos sanos y nutritivos; cultivaban un pedazo de huerta; tuvieron a su disposición vacas lecheras que se mantenían en un campito en los alrededores de la ciudad y estaban, en fin, exentos del punzón de la necesidad y de las estrecheces de la vida.

«La Esperanza» no fué más un pueblo desconocido, una denominación perdida en la nomenclatura geográfica, como dijera don Demófilo, pues si continuó siendo pequeño, adquirió la notoriedad que dan el trabajo y la perfección de la obra que se realiza; sus artesanos eran llamados hasta de la capital y sus artefactos eran solicitados por su buen acabado y la excelencia de su calidad.

He allí la acción de un avaro, de un individuo que no quiso tributarse el póstumo servicio de hacerse enterrar con decencia; muchos hombres son enterrados con pompa, pero en su vida jamás se desprendieron por iniciativa propia de un centavo para una obra altruista.



abajo lo publico por primera vez, en el mes de mayo del año de 1922, el *Diario del Salvador*, de la imprenta del gran diarista centroamericano don Román Rivas; compuso los moldes respectivos para el grabado, el obrero *Lucas Chávez*.

* *

Se imprimió en el presente libro el mismo año, último de la Administración de don Jorge Meléndez.

Dieron las órdenes conducentes los doctores Hermógenes Alvarado H. y Arturo Argüello Loucel, Ministros de Instrucción Pública, y de Gobernación, Fomento y Agricultura, respectivamente.

* *

Intervinieron en la parte material de los trabajos, el Director y Subdirector de la Imprenta Nacional, caballeros don Leoncio Brito y don Rodolfo Sermeño; el Jefe de Taller don Onofre Antonio Angulo y los obreros tipógrafos *Alfonso Rivas Clara*, *Luis Ramírez B.*, *C. Salvador Rivas*, *Fernando Masferrer* y *Héctor Vásquez*, cajistas. *Salvador Rivas* y *Gerardo Espinoza*, prensistas. *Antonio Arriola*, fotograbador. *Juan Pablo Hernández*, *José Valenzuela*, *Julio Hernández*, *José Orellana*, *José Vásquez* y *Natalio Mijango*, encuadernadores.

Se terminó la impresión el 6 de noviembre de 1922.

